



Prohibido
confiar en

*Blake
Royal*

EMMA WINTER y
ELLA VALENTINE

Prohibido
confiar en
*Blake
Royal*

Emma Winter y
Ella Vallentine

1ª edición abril 2021

Copyright © Emma Winter y Ella Valentine

Todos los derechos reservados.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares de copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Índice

[Prólogo \(Blake\)](#)

[1 \(Arizona\)](#)

[2 \(Blake\)](#)

[3 \(Arizona\)](#)

[4 \(Blake\)](#)

[5 \(Arizona\)](#)

[6 \(Blake\)](#)

[7 \(Arizona\)](#)

[8 \(Blake\)](#)

[9 \(Arizona\)](#)

[10 \(Blake\)](#)

[11 \(Arizona\)](#)

[12 \(Blake\)](#)

[13 \(Arizona\)](#)

[14 \(Blake\)](#)

[15 \(Arizona\)](#)

[16 \(Arizona\)](#)

[17 \(Arizona\)](#)

[18 \(Blake\)](#)

[19 \(Arizona\)](#)

[20 \(Blake\)](#)

[21 \(Arizona\)](#)

[22 \(Blake\)](#)

[23 \(Arizona\)](#)

[24 \(Blake\)](#)

[25 \(Arizona\)](#)

[26 \(Blake\)](#)

[27 \(Arizona\)](#)

[28 \(Blake\)](#)

[Epílogo \(Summer\)](#)

[¿No quieres perderte ninguna de nuestras novelas?](#)

[Novelas anteriores de EyE](#)

[Novelas anteriores de Emma Winter](#)

[Novelas anteriores de Ella Valentine](#)

Prólogo

Blake



—Venga, chico, coge tus cosas y sube al coche. —La voz imperativa del hombre de servicios sociales, que se había identificado como Nolan Simmons, hizo que Blake apretara los puños y tensara el mentón con fuerza.

No pensaba marcharse a ninguna parte.

No sin Summer.

Miró a la chica menuda que observaba la escena bajo el umbral de la puerta de la habitación que ambos compartían. Sus ojos azules reflejaban el pánico que sentía en aquel momento y Blake intentó tranquilizarla con una sonrisa, sonrisa que desapareció cuando volvió a encararse al tal Nolan, que había irrumpido en la casa con intención de llevárselo con él.

Tenía quince años y llevaba más de diez dentro del sistema de acogida. De esos diez años, los últimos cinco los había pasado con Summer, sufriendo y padeciendo juntos a los distintos padres de acogida que les había tocado por suerte. De todos los lugares que habían habitado, aquella casa, era de lejos la mejor. Puede que la señora Fisher fuera un poco rara, escondiera la comida bajo llave y bebiera más de lo recomendable, pero, a pesar de todo eso, era inofensiva. No como los Cole, el matrimonio que los había acogido anteriormente, que habían usado el

cinturón como medida disciplinaria. O los West, que les había obligado a compartir un sótano lleno de humedades y falta de ventilación con dos niños más. En comparación con todo lo vivido, aquella casa cochambrosa les parecía el paraíso.

—Con todos mis respetos, señor, no pienso marcharme a ningún lado.

Nolan chasqueó la lengua con gesto cansado.

—No tengo tiempo para sandeces, muchacho. Vas a venir conmigo por las buenas o por las malas. Y, dado tu historial, me lo pensaría dos veces antes de hacer una tontería.

Los hombros de Blake se tensaron. Mierda. Aquel tipo tenía razón. Estaba a una infracción más de acabar en un reformatorio. En su defensa tenía que decir que la mayoría de faltas anteriores que le atribuían habían sido en defensa propia.

—Voy si ella viene conmigo. —Señaló a Summer con un movimiento de cabeza.

Nolan negó con impaciencia.

—Ella se queda.

—Entonces yo también me quedo.

—Quizás no me haya explicado bien, pero esto no es una negociación. —Sacó un papel del bolsillo interno de su cazadora y se lo mostró—. Este requerimiento del Estado de Nevada precisa que seas trasladado urgentemente a tu nueva casa. Puedes ponérmelo fácil, coger tus cosas y subirte al coche por voluntad propia, o puedes ponérmelo difícil, negarte y acabar en la parte trasera de un coche patrulla. Tú decides.

Blake notó el pulso palparle en las sienas.

No quería marcharse. Summer y él eran familia. Llevaban cinco años cuidando el uno del

otro y quería hacerlo durante mucho, mucho tiempo más. Sin embargo, negarse a obedecer no era una opción viable. Su custodia pertenecía al estado; si este había decidido destinarlo a otra casa de acogida, poco podía hacer él para cambiar esa decisión.

Soltó la furia que bullía en su interior en forma de bufido. No podía negarse. Joder, ¿no tenía opción!

—Dame un momento —masculló.

—Cinco minutos, chico. Nos queda un largo camino por delante y no me gusta conducir de noche. Te espero en el coche.

Con rabia contenida, Blake cerró la puerta de un portazo y entró en el dormitorio, seguido de Summer. Cogió la mochila de deporte que utilizaba en cada mudanza y empezó a llenarla con sus pertenencias, que no eran muchas. Summer seguía sus movimientos con el pánico grabado en su expresión facial.

—¿Dónde te llevan? —preguntó con la voz estrangulada.

—No lo sé, pero no te preocupes, Summer: todo va a salir bien —aseguró colgándose la mochila del hombro una vez tuvo todas sus cosas dentro.

—¿Cómo no voy a preocuparme? Te vas y ni siquiera sé dónde. Además, sin ti, nada va a estar bien. —Su voz se quebró, sus ojos se aguaron y unas lágrimas resbalaron mejilla abajo. El corazón de Blake se resquebrajó ante la imagen de Summer llorando. Sabía lo mucho que ella odiaba llorar, lo vulnerable que se sentía cuando lo hacía.

Mordiéndose el labio, la abrazó con fuerza. Hundió el rostro entre la mata de pelo rubio y desordenado que caía sobre sus hombros e inspiró su aroma, un aroma que, después de tantos años, era sinónimo de hogar. Aún le sorprendía notar curvas allí donde hasta pocos meses antes

no había habido nada. Summer era dos años menor que él, tenía solo trece años, pero en los últimos meses su cuerpo había cambiado considerablemente. Ya no quedaba nada de la niña de aspecto enclenque que despertó en él, al verla por primera vez, su instinto más básico de sobreprotección. Ahora era una mujer hecha y derecha, y despertaba en él otro tipo de cosas, cosas que aún no estaba preparado para afrontar.

—Escúchame, Summer —le susurró al oído, sin dejar de abrazarla—, volveré a por ti. Te lo prometo

—Pero ¿cuándo?

—En cuanto pueda.

—¿Y si no sigo aquí? ¿Y si me trasladan a otro sitio a mí también?

—Entonces no descansaré hasta encontrarte. Tú y yo para siempre, ¿recuerdas? —dijo, usando aquella frase que los acompañaba desde niños.

Summer asintió y rompió el abrazo para mirarlo. Sus ojos azules, humedecidos aún por las lágrimas, chocaron con los suyos, oscuros.

—Tú y yo para siempre.

No les dio tiempo a más, justo en ese momento el sonido de un claxon recordó a Blake que había llegado el momento de partir.

—Cuídate, Summer. Eres fuerte. nunca lo olvides.

Besó su frente con suavidad, salió de la casa y subió al coche, sentándose en el asiento del copiloto.

Nolan emprendió la marcha y Blake mantuvo el contacto visual con la cochambrosa casa de

la señora Fisher hasta que esta se convirtió en un punto diminuto en el infinito. Entonces, volvió a sentarse correctamente y soltó un resoplido frustrado.

—Venga, chico, sé que ahora te parece el fin del mundo, pero harás nuevas amistades en tu nuevo hogar. Pronto te olvidarás de ella.

Aquellas palabras le encendieron.

—No pienso olvidarme de Summer, ¡¡nunca!! Tú no sabes nada sobre mí. Ella no es una amiga, Summer es familia.

La mirada condescendiente que le dedicó Nolan, como si pusiera en duda lo que había dicho, no le gustó nada.

¿Olvidarse de Summer? Eso era imposible. La tenía grabada bajo la piel. ¿Cómo se puede olvidar algo que vive en ti?

Pensaba volver a buscarla en cuanto surgiera la posibilidad. Obviamente, no descubrió sus planes a Nolan. Fijó la mirada tras la ventanilla dispuesto a no volver a dirigir la palabra a ese cretino.

Dejaron atrás las últimas casas de Reno y se adentraron en la autopista interestatal. El paisaje desértico de Nevada, salpicado por algunas urbes o sierras, pasó frente a sus ojos durante las siguientes horas. Cuando al mediodía pararon a comer a un *dinner* a pie de carretera y Nolan le comentó que aún quedaba un buen rato de trayecto, Blake no pudo evitar preguntar:

—Pero ¿dónde está mi nueva casa de acogida?

—¿Casa de acogida? —Nolan negó con la cabeza—. No hay ninguna casa de acogida. Han presentado una solicitud para tu adopción. Vas a ser adoptado, ¿qué te parece? No es muy habitual que quieran adoptar a chicos de tu edad, y mucho menos a chicos problemáticos como

tú, así que puedes estar agradecido por haber tenido tanta suerte.

—¿Qu-qué?

El cerebro de Blake empezó a funcionar a toda velocidad. ¿Adoptado? ¿Él? Pero ¿por qué? Todo el mundo sabía que a partir de cierta edad los niños y niñas de acogida no eran una opción deseable. En su caso, además, estaba el agravante de su mal carácter. No era un chico fácil; no era sumiso ni obediente. Era rebelde, no se doblegaba ante la autoridad y tenía ciertos problemas con los límites y las normas. Además, era mestizo. Su madre era afroamericana, su padre blanco, y en un país donde el racismo seguía haciendo estragos, los niños como él solían ser rechazados por el color de su piel.

¿Quién en sus cabales quería adoptarlo?

Intentó sonsacar más información a Nolan, pero este parecía dispuesto a guardar el secreto hasta el final y el resto del trayecto se le hizo eterno. Solo cuando dejaron atrás la autopista y un cartel luminoso les dio la bienvenida a Las Vegas, el enigma empezó a disiparse. ¿Las Vegas? ¿La familia que quería adoptarlo vivía en Las Vegas?

Fueron recibidos por una orgía de luces y colores. Circularon por varias avenidas llenas de casinos, hoteles y restaurantes hasta detenerse frente de un majestuoso y lujoso edificio con un lago artificial en la entrada. En un cartel de neón enorme podía leerse: Hotel Royal Vegas. Su fachada era curvada y de color bronce. Blake abrió mucho los ojos y la boca cuando Nolan entró en el aparcamiento subterráneo de dicho hotel y estacionó su coche en él.

—¿Qué hacemos aquí?

—En un momento lo descubrirás —dijo Nolan.

Subieron en el ascensor hasta la planta baja y se dirigieron hasta la recepción. Blake no

podía dejar de mirar embobado a todas partes. El hotel era inmenso y por lo que había podido leer en los paneles informativos, tenía de todo: casino, sala de espectáculos, piscina climatizada, zona de spa, restaurantes, tiendas... Era como un gran centro comercial elegante y lujoso.

Nolan dio su nombre a la chica de recepción y esta los acompañó hasta el ascensor de uso privado desde el cual se accedía a la última planta, que era donde se ubicaban las oficinas. Minutos después, Blake estaba admirando las alucinantes vistas de la ciudad que podían verse a través de las paredes acristaladas de aquellas oficinas. Nunca antes había estado en un lugar tan lujoso como aquel, y aquello le incomodaba.

Una chica les estaba esperando para guiarles por el entramado de pasillos llenos de despachos que parecían enormes peceras acristaladas y se detuvo frente a uno ellos, uno de grandes dimensiones y cuya puerta se abrió en aquel mismo instante. Dos chicos, uno algo mayor que Blake, y otro unos años menor, salieron por la puerta con cara de pocos amigos.

—¿Es que siempre tienes que liarla? —le preguntó el mayor al menor. Se parecían tanto que era obvio que compartían genes. Ambos eran morenos, de complexión atlética—. Van a acabar echándote del instituto si sigues así.

—Yo no tengo la culpa de que el imbécil de Cedric Jones me busque constantemente —gruñó el menor.

—Puede que Cedric Jones sea un imbécil, pero tú tampoco es que seas mucho más listo. Siempre caes en sus provocaciones.

Los chicos echaron a andar por el pasillo y tras ellos apareció un hombre de mediana edad tan elegante que Blake se sintió un poco cohibido con su presencia. Tenía el pelo rubio oscuro, los ojos azules y una de esas sonrisas capaces de amansar a las fieras. Llevaba un traje que a simple vista parecía hecho a medida, de un color gris oscuro muy bonito, a conjunto con una

camisa azul y una corbata roja. ¿Cómo no iba a sentirse cohibido él que llevaba unos vaqueros roídos y una camiseta llena de agujeros? El hombre miraba con expresión resignada a los dos muchachos que se alejaban hablando entre sí. Pronto, sus ojos se fijaron en ellos. Sus ojos azules brillaron con reconocimiento al fijarse en Blake.

—¿Blake? Eres Blake, ¿verdad?

Blake asintió con desconfianza.

—Qué bien que ya hayas llegado, hijo. Te estaba esperando. ¿Quieres pasar? —Señaló el interior del despacho cuya puerta seguía abierta sin dejar de sonreír.

Blake no respondió.

—Muchacho, ¿estás sordo o qué te pasa?, te han hecho una pregunta. Deja de hacer el tonto y responde. —El desprecio era patente en su voz.

Blake abrió la boca dispuesto a responderle, pero el hombre trajeado se le adelantó.

—Disculpe, ¿cómo se llama?

—Nolan Simmons, de servicios sociales, para servirle —dijo Nolan con reverencia.

—Bien, señor Simmons, agradezco que haya traído a Blake hasta aquí, ha sido muy diligente. Sin embargo, espero que en el futuro no vuelva a usar un tono tan despectivo para dirigirse a él o a cualquier otro chico, de lo contrario, me veré obligado a informar de su mala praxis a mis contactos del departamento.

—Pero...

—Adiós —dijo cortante.

Nolan se marchó farfullando entre dientes y el hombre trajeado volvió a centrar su atención en Blake que lo miraba con la boca abierta. Estaba admirado. Nadie nunca antes le había defendido de esa manera, con tanto aplomo.

—Pero, ¿quién es usted?

—Oh, disculpa por no haberme presentado aún. Soy Max Royal, dirijo este hotel y, si te parece bien, me gustaría adoptarte. Ya te adelanto que ser un Royal no es fácil, estamos todos locos de atar y es probable que eso sea contagioso. A cambio, somos buena gente y no nos aburriríamos nunca. ¿Qué me dices? ¿Quieres formar parte de la familia Royal?

Hay días que cambian vidas; ese fue uno de esos días.

Ese fue el día que Blake entró por primera vez en el Hotel Vegas Royal.

Ese fue el día que Blake conoció a Max Royal.

Y ese fue el día que, sin saberlo, Blake empezó a trazar un camino que le alejaría para siempre de Summer y la promesa que le hizo.

1

Arizona



A menudo los hombres eran tan estúpidos como para creer que de verdad una chica podía ser tonta solo por tener una cara inocente y no ser muy alta. A sus 27 años, Arizona había aprendido muchas cosas acerca de ellos. Prácticamente todos se dejaban engañar por su sonrisa bonita. Que midiera 1,65 y no pasara de los 52 kilos hacía que el efecto angelical se intensificara. No sabía bien en qué se basaba para tener aquella teoría, pero estaba convencida de que así era. Su pelo rubio, sus ojos azul grisáceos y su sonrisa de niña buena le habían abierto más de una puerta. O, para ser literales, le habían conseguido más de una silla en torneos en los que, sin toda esa falsa dulzura, no habría podido colarse con facilidad.

Como jugadora de póker profesional lo había tenido difícil, pero no tanto como otras. Se valía de todas las armas que tenía a su alcance sin ningún pudor. La invitaban a timbas, legales e ilegales, porque la consideraban inferior, una niñita tonta con ganas de distraerse y perder dinero. Su fingida dulzura era de lo más valiosa. Salía de esas mesas vencedora en un alto porcentaje de las veces y, aun así, pensaban que era una cuestión de suerte. No había nada más patético que un puñado de hombres infravalorando a una mujer, pero, en aquel momento de su vida, a Arizona todo aquello le iba de perlas.

En aquel instante, sin ir más lejos, estaba sentada en uno de los altos bancos del inmenso y

lustroso hotel Royal Vegas. Lo había conseguido. Estaba jugando en uno de los casinos mejor valorados del mundo. Probablemente el mejor de Las Vegas. Abierto veinticuatro horas y con 26 mesas de póquer, aquello era como estar en el paraíso. El torneo al que quería inscribirse se celebraría en dos días y, si estaba allí aquella noche, era para hacerse con el lugar. Conocer el ambiente, a los repartidores, incluso. El modo de trabajar. Y, por supuesto, tocar las cartas, acostumbrarse a ellas y aprender a contarlas tan rápido y discretamente como fuera posible.

No era un juego muy limpio, el de Arizona. Eso lo reconocía, pero obtenía resultados. Con el tiempo, había aprendido que, al final, lo importante en la vida era eso. Los resultados lo eran todo. Ella jugaba para ganar y lo conseguía casi siempre. En aquel instante, sin ir más lejos, recogía las fichas ganadas a un señor con sombrero texano que maldecía con un entusiasmo que Arizona no pudo menos que admirar. La insultaba, sí, pero lo hacía con fervor y originalidad y eso siempre era de admirar.

—¿Jugará otra ronda, señorita? —preguntó el crupier.

Su tono era de ligera sospecha, pero en cuanto ella sonrió e inclinó la cabeza hacia un lado, adoptando una actitud sumamente dulce, él le devolvió la sonrisa.

—¿Cómo no hacerlo? Parece que es mi noche de suerte. Sería un poco tonta si lo dejara ahora, ¿no cree?

Una risotada resonó por la mesa y miró al hombre mayor de sombrero texano.

—¡Muchachita con suerte! —exclamó—. ¿De verdad no has jugado nunca antes al póker?

—Oh, no. Me crie en una zona muy tradicional con mi abuela. El póker es un pecado, señor.

—¿Y por qué estás aquí jugándolo, entonces?

—Oh. —Arizona se las ingenió para hacer aparecer un rubor en sus mejillas—. He hecho un

viaje con unas amigas, pero se han ido a dormir y yo me siento tentada de ser un poco... traviesa.

La mirada del hombre enseguida se intensificó y Arizona tuvo ganas de darle un puñetazo en la garganta. Sabía lo que pensaba. Quería meterla entre sus sábanas. Todos querían, en algún momento de la partida. Se convertía, de algún modo, en un trofeo más que ganar, muestra del machismo que había todavía patente en ese tipo de juegos. Otra se hubiera escandalizado, pero Arizona pensó que le venía bien que él se distrajera pensando en su deseo. Eso le haría perder y, por ende, haría que ella ganara.

Y eso era todo lo que le importaba.

Se tiró de la manga del jersey que llevaba. Tenía calor, pero debajo llevaba un top que dejaba al descubierto su ombligo y eso echaría abajo su máscara de niña buena, así que aguantó con él y los vaqueros desgastados, unido a las zapatillas blancas que se ponía siempre. Llevaba el pelo rubio suelto, lo que la hacía parecer más joven, y apenas llevaba un poco de rímel en las pestañas. Ese era todo su maquillaje. Se preguntó vagamente qué haría cuando su piel empezara a denotar el paso de los años, pero supuso que no había mucha diferencia entre fingir ser una jovencita idiota y fingir ser una mujer de mediana edad idiota.

El crupier repartió la mano, Arizona miró sus cartas y procuró no sonreír. Estaba hecho. Aun así, miró a su lado, al hombre de traje de chaqueta y ceño fruncido permanente que no había abierto la boca desde que se sentara, al señor de sombrero texano y a un hombre tan borracho que era un verdadero milagro que pudiera ver las cartas. Era tan fácil contar resultados que casi estuvo tentada de no hacerlo y ganar de forma limpia. No se arriesgó, claro, no era tan estúpida y no pensaba pecar de subestimar a sus compañeros de juego, como sí hacían ellos.

Tumbarlos con una pareja de ases no le llevó ni tres minutos de reloj. Volvió a ganar las fichas apostadas, más las que habían apostado los demás, y estaba colocándolas en torretas simétricas sobre el tapiz cuando un chico vestido impolutamente con un traje de chaqueta y una

chapa con el nombre de “Dave” se colocó a su lado.

—Señorita ¿sería tan amable de acompañarme?

Arizona entrecerró los ojos. Aquello era nuevo. Era evidente que se trataba de alguien de seguridad y, aunque sintió el impulso de tragar saliva, no lo hizo. Si algo había aprendido a lo largo de su vida era el arte de disimular, así que se limitó a sonreír y no moverse de su asiento.

—¿Hay algún problema?

El chico, lejos de amedrentarse o mostrarse avergonzado, sonrió.

—Es mejor que se lo cuente en privado.

Incluso los trabajadores de aquel hotel gozaban de una educación exquisita. Eso tenía que reconocérselo. En cualquier otro, seguridad se habría plantado ante ella con la amenaza de sacarla de allí a patadas si no movía el culo de inmediato, pero aquel chico solo esperaba pacientemente, como diciéndole “esto es lo mejor para ti”.

Arizona no era tonta. No se consideraba así, de modo que se levantó y se marchó con él sin mirar siquiera a sus compañeros de mesa. No le importaba lo más mínimo lo que pensarán de ella. Siguió al tal Dave por el pasillo rodeado de máquinas tragaperras y, cuando salieron del Casino, lo vio dirigirse a los ascensores.

—¿A dónde vamos?

—Lo verá enseguida.

Su tono esa vez fue mucho más duro, lo que corroboró la sospecha de Arizona. Solo la había tratado amablemente para no dejarla en evidencia públicamente. Guardó silencio, convencida de que era mejor no provocar su mal genio, y se metió en el elegantísimo ascensor. Dave sacó una

llave de su bolsillo, la metió en una ranura especial, sin número, y la hizo girar. Se tragó un gemido de frustración. Estaba claro que iba a la zona de seguridad y la habían pillado. No sabía cómo, porque se ocupaba de ser cuidadosa. Quizá, en alguna de sus cavilaciones, había movido un dedo o los labios, pero lo dudaba muchísimo. Era buena, maldita sea: ¡era la mejor! No entendía cómo había acabado allí.

Lo siguió hasta que abrió una puerta, se apartó y la hizo pasar primero. Arizona no lo pensó, entró en una gran sala llena de pantallas y gente que las observaba minuciosamente. Tragó saliva. No era una sala cualquiera. Había visto antes otras veces y aquella era lujosa. Dejaba ver la categoría del hotel incluso en algo tan básico como las cámaras que vigilaban el casino. Se tragó sus nervios como pudo y se dijo a sí misma que todo saldría bien. Adoptaría su actitud de niña tonta, negaría los hechos hasta el cansancio y, con suerte, saldría de allí en menos de diez minutos con una advertencia y poco más.

Por desgracia, no contaba con que la única persona capaz de derribar sus defensas, y a la que no veía desde hacía años, estuviera allí mirándola fijamente.

—Summer...

El corazón de Arizona se paró en seco. Se preguntó si sería posible morir así, de un paro cardíaco, pese a tener solo veintisiete años. Se quedó anclada a aquellos ojos oscuros que tanta seguridad le habían dado en el pasado. A aquellos ojos que la miraron cuando hizo todas las promesas que nunca cumplió.

Y supo, sin atisbo de duda, que salir de allí indemne de aquello no iba a ser tan fácil como pensaba.

2

Blake



El Hotel Royal Vegas era conocido por poseer uno de los sistemas de seguridad más complejos e innovadores de Las Vegas. Eso era algo de lo que Blake, como jefe de Seguridad del hotel a sus veintinueve años de edad, se sentía orgulloso. Hacía seis años que Blake ostentaba aquel puesto y no había pasado ni un solo día desde entonces que alguien no hubiera intentado, de alguna manera, infringir las normas. Si había un espacio que necesitaba especial atención en cuanto a medidas de seguridad, ese espacio era el Casino. Por fortuna para los clientes del Hotel Royal Vegas, Blake contaba con un equipo de hombres muy preparados, capaces de detectar el fraude en cuestión de minutos. Blake confiaba en sus hombres más que en sí mismo, por ello, cuando Dave le pidió que acudiera al centro de operaciones para valorar un posible caso de conteo, no dudó que estuviera en lo cierto.

Lo primero que hizo al llegar a la sala llena de monitores y agentes uniformados fue dejar que Dave le mostrara las imágenes de la partida en cuestión. Apenas se fijó en los rasgos de la mujer, lo hizo en sus gestos y en su forma de jugar. Era hábil, de eso no había duda, pero no lo suficiente para engañarlo a él, que llevaba desde los quince años detectando a contadores profesionales por pura diversión. Aquella mujer contaba, no había lugar para el equívoco. Pidió a Dave que fuera a buscarla y se preparó para la escena que estaba a punto de acontecer. Sabía que al principio ella lo negaría. Todos lo negaban al principio, todos, pero Blake siempre encontraba

la forma de penetrar en sus defensas para conseguir que confesaran. Era una cuestión de dialéctica, y en eso no había nadie tan bueno como él. También era posible que intentara seducirlo. Algunas mujeres buscaban ganarse su indulgencia a base de caídas de ojos, pestañeos y comentarios melosos, pero eso nunca funcionaba con él. Nunca. Blake Royal era imperturbable. No necesitaba recurrir a timadoras profesionales para echar un polvo, su físico era lo suficientemente imponente como para meter en su cama a las mujeres que quisiera.

La puerta se abrió y Blake dirigió su mirada hacia la mujer que, con reticencias, entró por ella. Era rubia, menuda y se movía con cautela, como una gacela a la espera de ser cazada por un león. Llevaba un jersey sencillo, unos vaqueros desgastados y unas zapatillas blancas, un atuendo atípico para los contadores profesionales que solían vestir con ropa de marca y accesorios ostentosos. Fue entonces cuando se fijó en su rostro y su ritmo cardíaco se aceleró. No podía ser... era imposible que fuera ella, aunque su físico no mentía: ojos grandes, azules y expresivos, nariz pequeña ligeramente respingona, labios llenos y sonrosados y una peca pequeña sobre la boca.

Notó la corbata cerrarse alrededor de su cuello robándole el aire. Oh, joder. ¿Summer? ¿Era Summer?

—Summer... —susurró sintiendo como se le formaba un nudo enorme en el pecho al mencionar su nombre después de años conteniéndolo.

El desconcierto duró apenas unos segundos en el rostro de aquella Summer adulta. Sus ojos brillaron con reconocimiento, pero enseguida elevó sus murallas y una expresión insondable ocupó su lugar.

—Summer, eres tú —repitió, acercándose a ella hasta tenerla tan cerca que pudo reconocer las motitas pardas en sus iris azules.

Summer se cruzó de brazos, cambió el peso de una pierna a la otra y se pinzó el labio con actitud defensiva.

—Señor, temo decirle que se equivoca. Me llamo Arizona.

Un puñetazo en el estómago no le hubiera dolido más que el hecho de que le hubiera llamado señor e hiciera ver que no lo conocía. Los ojos de Summer, o de Arizona según ella, le miraron desafiantes.

—Tú no te llamas Arizona, te llamas Summer.

—Le repito, señor, que se equivoca. Soy Arizona. No conozco a ninguna Summer.

Si volvía a llamarle señor estallaría en cólera. Puede que con los años hubiera aprendido a gestionar mejor las emociones, al menos ya no rompía cosas como sí lo hacía a los quince, pero seguía siendo... vehemente. Por decirlo de alguna manera.

—Mientes.

—Tengo un físico muy común, probablemente me confunda con otra.

—Sería capaz de reconocerte entre un millón de personas, Summer, no te hagas la tonta porque ambos sabemos que no lo eres.

—Yo lo único que sé es que me han traído aquí sin motivo alguno.

Blake le dedicó una sonrisa lenta e incisiva.

—Para jugar tan bien al póker, hay que ver lo mal que te marcas faroles.

Fue entonces cuando reparó en las miradas curiosas de los agentes que los rodeaban. Lo normal en una situación como aquella era que Blake acorralara al tramposo en cuestión hasta que

acabara pidiendo perdón y suplicando clemencia. Pero era Summer, ¡maldita sea! ¡Summer! Hacía catorce años que no la veía. Blake, a veces, aunque pocas, se había permitido imaginar cómo sería un reencuentro entre ellos. En todas esas ocasiones había habido abrazos y palabras bonitas. En ninguna de ellas, Summer era contadora de cartas en su Casino y hacía ver que no lo conocía.

Intentó recomponerse de aquella conmoción.

—Chicos, esta señorita y yo vamos a solucionar esta cuestión en privado, en mi despacho. —Miró a Dave y le sonrió—. Buen trabajo.

Abrió la puerta y la invitó a pasar delante. Ella titubeó, pero finalmente salió de la sala y le siguió por los pasillos de la oficina hasta llegar a su despacho de paredes acristaladas. Se sentó tras su enorme escritorio de madera maciza y Summer hizo lo propio al otro lado.

La observó en silencio unos minutos. Siempre supo que Summer se convertiría en una mujer preciosa, pero nunca imaginó que tanto. Sus facciones delicadas contrastaban con su expresión adusta. Parecía incómoda y evitaba mirarle a los ojos. Se preguntó qué había sido de ella, si habían llegado a adoptarla, lo que le habría deparado la vida.

—¿Por qué no dejas de fingir que no me conoces y me cuentas cómo has acabado contando cartas en el Casino de mi hotel?

—No me jodas. ¿Tu hotel? —Lo miró con perplejidad, bajó la guardia en el proceso e intentó enmendarlo rápidamente sin mucha convicción—. Es decir, no sabía que era un Royal, señ...

—Si me vuelves a llamar señor, gritaré.

Summer le miró entrecerrando los ojos.

—¿Perdón?

—Sabes que me llamo Blake, sabes qué tengo mal carácter y sabes que me estás tocando las pelotas a base de bien con ese juegucito que te llevas. Así que deja de fingir que no me conoces o te juro por mi vida que mandaré una foto tuya a los Casinos de todo el país para que te prohíban la entrada. Porque sí, soy un Royal, y te avanzo que los Royal tenemos mucha credibilidad en este mundillo.

Fue duro, lo sabía, pero funcionó. Además, era cierto: era un Royal desde hacía catorce años. Tenía un padre al que admiraba más que a nadie en el mundo, tres hermanos a los que quería como si fueran de su propia sangre y una abuela a la que adoraba por su sabiduría y carácter.

Ella inspiró hondo, cruzó los brazos y las piernas y le dedicó una mirada llena de rencor.

—Está bien, tú ganas. Sí, es cierto, nos conocimos de pequeños, ¿y qué? Ni yo soy la chica de entonces ni tú eres el chico que se marchó con la promesa de volver y no lo hizo.

Blake sintió un golpe seco en el estómago ante aquella acusación. Eso no era cierto, o no del todo. Había un motivo por el que no regresó a por ella. Se frotó el mentón intentando disimular la tormenta que le azotaba por dentro.

—Summer, respecto a eso...

—No tienes que darme una explicación, no me importa en absoluto, pasó hace mucho, prácticamente te había borrado a ti y a tus promesas incumplidas de mi memoria. —Se miró las uñas como si estuviera contemplando el estado de su manicura—. Y no me llames Summer. Hace años que dejé de ser Summer para convertirme en Arizona.

—Para mí siempre serás Summer.

—Y para mí siempre serás un mentiroso, así que mira, que cada cual que cargue con lo suyo. —Irguió los hombros con altanería.

—Para haberme borrado de tu memoria, noto mucho rencor en el tono de tu voz.

—Que haya olvidado no significa que haya perdonado.

Los ojos azules de ella resplandecieron en su dirección y Blake supo que aquel no era el momento para tener una conversación sincera sobre lo que ocurrió catorce años atrás. Los dos estaban tensos, abrumados y con muchas emociones que gestionar.

Blake se tocó la corbata, tiró hacia atrás la silla e hizo tamborilear los dedos sobre el escritorio, lanzándole una mirada incisiva.

—Bien, Summer, ahora que hemos aclarado este asunto, volvamos a lo que te ha traído realmente hasta aquí. ¿Qué hacías contando cartas? Es una práctica prohibida y penalizada. Ha sido muy estúpido por tu parte ponerte en evidencia.

—Yo no cuento —insistió ella mirándolo a los ojos sin parpadear—. Por lo que tengo entendido contar cartas es cosa de gente inteligente, y yo no lo soy. Ni siquiera terminé los estudios reglamentarios.

—Conmigo no te va a funcionar la carta de “niña tonta”, porque te conozco, y sé perfectamente que tienes un coeficiente intelectual superior a la media —dijo alzando las cejas—. Recuerdo que ganaste el torneo nacional de Matemáticas de tu curso a los doce, y que eras capaz de hacer operaciones complicadas con la mente en cuestión de segundos.

—La mente se atrofia, Blake.

Blake inspiró con fuerza.

—Estabas contando cartas.

—No, no lo hacía. Y, en todo caso, no puedes demostrarlo.

Blake la estudió con la mirada, en silencio. Sabía que podía pedirle a Dave una copia de las imágenes de la partida de Summer y demostrarle, punto por punto, porque sabía que había estado contando. Pero no lo hizo, no lo hizo porque, en realidad, que Summer contara cartas no le importaba demasiado. La importante era que ella estaba allí, frente a él, y que no iba a permitir que desapareciera de nuevo.

—Está bien, haremos lo siguiente. —Volvió a tirarse hacia delante, apoyando los antebrazos en la mesa y entrelazando los dedos—. Prometo olvidar este asunto si, a cambio, te unes a mi equipo.

—¿Qué demonios significa eso? —preguntó Summer con desconfianza.

—En unos días celebraremos uno de los torneos de póker más importantes de Las Vegas. En los torneos siempre hay un aumento considerable del fraude, ayúdanos a delatar a los tramposos.

—Eh... No me interesa, gracias —dijo mirándolo como si prefiriera perforarse los ojos con alfileres antes de trabajar para él.

—Verás, Summer, creo que no has entendido el punto. —Le sonrió de esa forma que solo sonríen aquellos que saben que tienen la sartén por el mango—. O aceptas mi propuesta, o cumpliré con mi amenaza anterior y mandaré una circular con tu foto a los equipos de seguridad de todos los Casinos del país.

—¿Me estás extorsionando? —preguntó Summer indignada.

—Bueno, yo no lo llamaría así. El verbo extorsionar suena muy fuerte, ¿verdad? Además, te pagaría bien.

—Tú estás loco. —Hizo ademán de levantarse, pero se lo repensó en el último momento y volvió a sentarse—. ¿Cuánto de bien me pagarías?

—Seis de los grandes. —Summer alzó las cejas—. Al día.

—¿Con gastos pagados?

—Con cuenta de gastos, habitación y todos los servicios del hotel gratis.

Ella le miró, dubitativa. Estaba claro que le había ofrecido una suma de dinero muy por encima de lo que solía pagar a sus colaboradores habituales, pero necesitaba atraerla con algo que sonara apetecible.

—Está bien —dijo ella al final, tras meditarlo—. Pero solo me quedará lo que dure el torneo. Después me iré y quedaremos en paz. ¿Trato hecho? —Alargó la mano hacia él.

Blake no pudo evitar que una sonrisa se dibujara en sus labios. No iba a dejar que se marchara, eso lo tenía claro. Aunque ya encontraría la forma de mantenerla a su lado a lo largo de aquellos días. Sin embargo, le estrechó su mano, que parecía diminuta en comparación a la suya:

—Trato hecho.

3

Arizona



Mientras miraba el rostro conocido y, al mismo tiempo, completamente desconocido de Blake Royal, Arizona pensó tres cosas.

1. Había rasgos del Blake que ella conoció en él, pero era evidente que el paso de los años había mejorado su aspecto. Estaba más... todo. Sus ojos oscuros seguían siendo tan duros como antaño, pero había ahora una calma en ellos que Arizona envidió al instante, porque ella no había conseguido sentirse en calma nunca. Sus hombros anchos, sus caderas estrechas y sus piernas larguísimas, aún con el traje caro que llevaba, dejaban intuir un cuerpo prácticamente perfecto. Su piel era del tono del chocolate más sabroso que se pudiera encontrar y... no. Mejor no seguir por ahí.

2. La había pillado con las manos en la masa. Era evidente. Sería de idiotas negarlo o pretender salirse por una tangente que ya no estaba disponible.

3. Aquel trabajo tenía que durar lo menos posible. No le quedaba más remedio que aceptar, pero mantendría firmemente las distancias y procuraría no acercarse a Blake más que lo justo y necesario.

Aquello, por desgracia, se fue al traste cuando él la llevó hacia su supuesta habitación y ella

se dio cuenta de que el ascensor cada vez subía más.

—¿En qué planta duermen los trabajadores? —preguntó.

Blake no respondió y ella deseó darle una patada en la entrepierna con todas sus fuerzas. A decir verdad, llevaba deseándolo muchos años, desde que él incumplió la promesa de volver a buscarla. Si se paraba a pensarlo fríamente, Arizona sabía que no podía culparlo, pues solo era un adolescente cuando se marchó, pero ella se sintió tan... abandonada. La única persona en la que había conseguido confiar en el mundo era él. Lo conocía todo de ella y ella... Ella habría dado la vida por él. Maldito fuera Blake Royal de por vida. Mientras ella intentaba sobrevivir a duras penas, él estaba allí, viviendo la vida de un rey. ¿Cómo iba a buscarla? Pensó mientras observaba su espalda enfundada en un traje a medida. No había más que mirar alrededor para darse cuenta de que tenía la vida que cualquiera pudiera desear. Era guapo, rico, tenía un buen trabajo y... lo detestaba. Lo detestaba tanto que tenía el estómago revuelto, y no como antaño, cuando lo miraba y sentía que todo en su interior revoloteaba, sino de un modo oscuro y cruel. Como si los recuerdos del daño que le causó su marcha se aposentaran ahí listos para hacerla sufrir en cualquier momento.

El primer signo de alarma le sonó al salir del ascensor, cuando vio un pasillo largo, pero con pocas puertas. Muy pocas puertas.

—¿Cuántas habitaciones hay aquí?

Él sonrió de medio lado, pero no respondió. Dios, lo detestaba. La guio hacia el fondo, a la derecha, y abrió la puerta apartándose para dejarla entrar. ¡Aquello no era una habitación! Era un maldito palacio.

Nada más poner un pie en el interior, se adentró en un recibidor que se abría a un salón en el que, a la derecha, había dos sofás en color crema de un aspecto jodidamente caro, un televisor

enorme colgado, una mesa bajita beige en la que, obviamente, no iba a poder poner los pies cruzados. ¡Hasta las malditas lámparas eran elegantes! Justo detrás de uno de los sofás había un escritorio enfrente a un espejo enorme de pared. ¿Por qué había un espejo así? ¿Quién quiere verse mientras escribe o llama por teléfono? Era absurdo. Y opulento, pero no menos que la mesa de cristal con seis sillones que había al otro lado del salón, o la barra de bar con tres taburetes altos y con respaldo de aspecto sorprendentemente cómodos. Ella en su vida había visto un taburete de bar con aspecto cómodo. Y resulta que, junto a la mesa, y detrás de la barra, también había colgados espejos enormes. Alguien tenía un serio problema con el gusto por los espejos...

—Tu habitación está por aquí —dijo Blake acercándose a un extremo del salón, donde abrió unas puertas correderas.

Arizona quiso quejarse, pero antes de conseguirlo se quedó de piedra. En su jodida vida había visto una cama como esa.

—¿Cuánto mide? ¿Dos millas? —preguntó boquiabierta.

Oyó la risa de Blake, grave y varonil, y se arrepintió de haber hablado. No quería hacerlo reír. ¡No quería causar ninguna reacción en él!

—¿Recuerdas cuando nos preguntábamos cómo sería dormir en una *king size*? Pues es maravilloso.

Arizona apretó los dientes, molesta.

—No tengo la suerte de haberlo comprobado.

—Por fortuna, eso cambiará hoy mismo.

—¿Estás tratándome de un modo condescendiente porque ahora eres rico?

Blake se puso repentinamente serio. La miró con tal intensidad que ella se desestabilizó, pero se esforzó enormemente por ocultarlo.

—Jamás te haría eso a ti.

Arizona no respondió. No quería hacerlo, ni seguir con aquella conversación. Por el contrario, siguió observando la habitación. Junto a la cama había un escritorio con otro espejo colgado de la pared. Sí, definitivamente había algún tipo de obsesión allí. Al otro lado, una puerta daba a un baño opulento como ningún otro que hubiera visto nunca. Encimeras de mármol vetado en beige y dorado, una bañera inmensa y cuadrada incrustada en el mármol, con hidromasaje y un espejo justo en la pared en la que estaba. Una ducha con mampara de cristal liso, a través del que se veía un sillón enorme y más hidromasajes y, al fondo, un cuarto especial para una camilla de masajes. ¡Un cuarto dentro del cuarto de baño para darse masajes! Era tan tremendamente exagerado que salió de allí, abrumada.

Había una cómoda grande frente a la cama, dos sillones con una lámpara en medio y, al fondo, un balcón enorme con una mesa y cuatro sillas blancas de hierro forjado. Hasta había un maldito ramo de flores encima de la mesa. Salió y vio que en realidad el balcón era terraza y recorría todo el largo de la suite. Había hamacas mullidas y enfrentadas al exterior para ver el atardecer o amanecer. Era todo tan idílico que sintió que la sangre le bullía. No sabía si fueron las flores, o la cama enorme, la cabina de masajes o los malditos espejos. Lo que sí sabía era que aquello le resultaba demasiado y le era imposible olvidarse de la gente que tenía menos, muchísimo menos. Tan poco que ni siquiera sabían cómo acabarían sus días. Y en aquel instante, viendo todo lo que había conseguido Blake, se preguntó por qué demonios no hacía más por ayudar a todos los que estaban mal. ¿Por qué se había olvidado de que él había sido un niño necesitado? ¿Por qué había podido seguir con su vida como si nada? ¿Cómo si ella no fuera nada? Sintió el pinchazo de las lágrimas tras los ojos, pero los cerró con fuerza, dando la espalda a Blake. No iba a llorar, y menos delante de él. Respiró un par de veces y, cuando recuperó la

compostura, habló.

—No voy a quedarme aquí.

—¿Y eso por qué?

—Porque esto no es una habitación de trabajadores.

—Es evidente. Es mi suite personal.

Arizona lo miró con sorpresa, pero sobre todo indignación.

—No pretenderás que me acueste contigo solo porque me has pillado...

No pudo acabar la frase. Blake se acercó tanto a ella que sintió su respiración en la cara. Tuvo que tragar saliva.

—Jamás usaría algo así para meterte en mi cama, Summer. —Que usara su nombre real removi6 sus cimientos desde la base—. Soy mucho más hombre que eso.

Dio un paso atrás, como si se hubiera dado cuenta de que había invadido por completo su espacio personal, y carraspeó, visiblemente alterado, pero intentando disimular.

—Hay una habitación como la tuya justo al lado. Esa es la mía.

—No... no voy a quedarme aquí —murmuró ella de nuevo.

—Lo harás.

—No, no lo haré. Quiero quedarme con los trabajadores.

Blake suspiró, como si estuviera perdiendo la paciencia.

—¿Repentinamente te encanta compartir intimidad con desconocidos? Porque si de verdad quieres estar con los trabajadores, deberías saber que las habitaciones son pequeñas y compartidas. Algo me dice que no te gustaría mucho compartir intimidad con alguien a quien no has visto nunca, ¿no? Un desconocido.

—Tú también eres un desconocido —lo dijo para hacer daño y funcionó, a juzgar por su expresión—. No me fío de ti.

Él la miró en silencio unos segundos, pero a ella le parecieron horas. Al final, habló con voz grave, distante.

—No tienes que hacerlo. Ni siquiera tienes que verme, si no quieres. Paso poco tiempo aquí. Puedes quedarte aquí el tiempo que dure tu contrato y disfrutar de la puta suite o puedes irte con los trabajadores y compartir espacio con ellos, lo que tú prefieras.

Estuvo a punto de responder, porque no le gustaba nada el tono que había usado, pero justo entonces la puerta se abrió y entraron dos chicos que hicieron que se tensara por completo.

—Aquí estás... —dijo uno de ellos—. ¿Adivina quién ha ganado la apuesta del vestido de Gigi?

Blake no respondió. Seguía mirándola. Y ella no respondió porque... porque no le salían las palabras. Porque todo lo que podía ver era aquellos ojos en los que una vez basó todas sus esperanzas y que ahora ya no significaban nada.

4

Blake



Si había algo que Blake odiaba con todas sus fuerzas eso era que sus hermanos entraran en su apartamento sin llamar al timbre primero. En realidad, no era la primera vez que lo hacían. Todos ellos tenían una copia de las llaves de los apartamentos de los demás para casos de emergencia, y aunque Blake les recordaba que eso no les daba carta blanca para entrar en su piso sin preguntar, lo seguían haciendo constantemente. Brooklyn, el mayor de los cuatro hermanos Royal, estaba de acuerdo con él, sin embargo, Dexter y Lucky, los pequeños de la familia, tenían su propio criterio respecto a lo que significaba el derecho a la intimidad. Daba igual que lo hubieran pillado más de una vez manteniendo sexo con una mujer o que estuviera en la cama intentando descansar después de una larga jornada laboral. Si sus hermanos querían verle, lo demás no importaba.

Y ahí estaban en ese momento Dexter y Lucky, con las americanas colgando del hombro y las corbatas aflojadas. Era obvio que ni siquiera habían pasado por sus propios apartamentos para cambiarse después del trabajo. Al igual que él y que Brooklyn, trabajaban en el hotel.

—Chicos, ahora mismo estoy ocupado —dijo Blake intentando mantener un tono relajado, pues había percibido la tensión en Summer y no quería alterarla más, pero habría usado uno más hostil de haber podido.

—¿Ocupado? —preguntó Dexter. Fue entonces cuando reparó en Summer y sonrió con diversión—: Oh, ya veo. Tienes visita.

—Uhm, una visita muy agradable a la vista —añadió Lucky alzando sus cejas con interés.

—Deduzco, dado que aún lleva ropa, que no interrumpimos nada importante. —Dexter se acercó a Summer, cogió su mano y la besó, ante la mirada aterrorizada de ella. La Summer que Blake recordaba odiaba el contacto físico y, por la forma en la que ella dio un paso hacia atrás, como si se sintiera acorralada, estaba claro que eso no había cambiado—. Dexter Royal, para servirte. Si buscas pasar un rato divertido en Las Vegas, déjame decirte que te has equivocado de hermano.

Dexter le guiñó un ojo y Blake pensó seriamente en sacarlo de su apartamento de una patada en el culo.

—Cierto, porque el hermano correcto para pasarlo bien, soy yo. —Lucky le sonrió de medio lado—. Yo soy Lucky, ¿y tú eres...?

—Summer —dijo Blake.

—Arizona —dijo ella a su vez.

Dexter y Lucky intercambiaron una mirada.

—Ella es Summer —insistió Blake, poniendo énfasis en su nombre, pues sabía que ellos sabrían a qué Summer se refería. En su vida solo había existido una Summer por mucho que hubiera conocido más mujeres con ese nombre. Hay nombres que van ligados irremediablemente a una persona y Summer era uno de esos nombres. Y sus hermanos habían vivido en primera persona todos sus intentos de encontrarla a lo largo de todos aquellos años.

—¿Tu Summer? —Dexter abrió mucho sus ojos azules.

—Yo no soy de nadie —dijo Summer con frialdad, cruzando los brazos como quien levanta un muro protector entre ella y el mundo—. Y me llamo Arizona, así que agradecería que os dirijáis a mí con ese nombre. —Luego, fijó su mirada incisiva en Blake—. Necesito bajar a mi coche. Tengo mis cosas allí.

—Sí, claro —Blake sacó sus llaves del bolsillo interior de su americana y se las ofreció, alzando una en particular—. Debes introducir esta llave en la ranura del ascensor para que te deje acceder a esta planta. Te espero aquí.

Summer le miró sin comprender. Blake era consciente de que dejar que fuera sola a por sus cosas era un riesgo, pues podría largarse sin más, pero, a su vez, sabía que darle aquella posibilidad también era una forma de decirle que confiaba en ella.

Cogió las llaves, salió por la puerta y se quedaron solos.

En aquel lapso de tiempo, Dexter y Lucky se habían servido una copa, sentado en uno de los sofás y observaban a Blake con las cejas alzadas, como si esperasen una explicación sobre lo que acababa de suceder. Justo en ese momento, alguien llamó a la puerta y Blake fue a abrir. Era Brooklyn, el hermano que faltaba.

—Acabo de cruzarme con una chica rubia en el ascensor, ¿sabes quién es? —dijo pasando al interior.

Sirviéndose un poco del whisky que sus hermanos habían dejado sobre la mesa de centro, Blake decidió aprovechar aquellos momentos a solas para explicarles todo: que la había pillado contando en la sala de póker, que no la había reconocido hasta tenerla frente a él y que le había ofrecido trabajo en el hotel durante el torneo para retenerla a su lado.

—¿Y piensas dejar que duerma aquí? —preguntó Brooklyn que parecía consternado tras la explicación—. Blake, han pasado catorce años. Esa chica no es la Summer que conociste. No

sabes nada de ella, ¡vas a meter a una extraña en tu propia casa!

De los cuatro, Brooklyn era el más responsable y reservado. Ejercía de hermano mayor de todos, y eso había acabado marcando su carácter sobreprotector. Cuando catorce años atrás Blake llegó al Hotel Royal Vegas, él y Dexter, que eran hermanos de sangre, ya vivían allí y Brooklyn enseguida decidió acogerlo bajo su ala y cuidar de él. Por todo ello, Blake podía entender que Brooklyn mostrara ciertas reticencias respecto a Summer. ¡Pero se trataba de Summer, joder! Llevaba tantos años buscándola...

—Brook, no es una extraña, ella fue lo más parecido a una familia que tuve durante mucho tiempo. Se lo debo.

—No le debes nada, erais unos críos.

—Le hice una promesa, y no pude cumplirla —masculló.

El recuerdo de por qué no había regresado a Reno a por ella le dolía como una daga clavada en el fondo de su corazón.

—A mí me parece bien que se quede. Si Blake confía en ella deberíamos confiar nosotros también —dijo Lucky que había estirado los brazos sobre el respaldo del sofá y cruzaba una de las piernas sobre la rodilla con ademán relajado. Las pecas de su rostro le daban cierto aire juvenil y travieso que casaba muy bien con su temperamento alocado.

—Pues yo creo que Brook tiene razón en cierta forma —dijo Dexter, pasando una mano por su pelo corto y moreno, idéntico al de Brooklyn. Realmente los dos hermanos eran muy parecidos físicamente, exceptuando el hecho de que las expresiones de su rostro eran contrapuestas. Si la expresión de Brooklyn era seria y comedida, la de Dexter era pícaro e incisiva—. Es decir, Blake la ha pillado contando en la sala de póker. Es una estafadora y los estafadores se ganan la vida mintiendo. Quizás todo esto es un plan para ganarse la confianza de

Blake y conseguir un botín mucho más gordo del que podría ganar haciendo trampas en el póker.

—Exacto. —Brooklyn señaló a Dexter como si hubiera dado en el clavo y fijó sus ojos en Blake—. ¿Y si sabía que eras el jefe del departamento de Seguridad? Sales en la prensa, en las noticias, no sería tan raro que te hubiera visto en algún medio.

—Oh, venga, tíos —Blake se frotó el puente de la nariz sintiéndose cansado, muy cansado—. Esto no es una película de Steven Soderbergh. Summer nunca tramaría una estafa de ese calibre. Además, no tenía ni idea de que me encontraría allí. Lo he visto en su cara. —Suspiró con profundidad y recordó la forma en la que sus ojos brillaron al verle, había sido un gesto demasiado genuino como para fingirlo—. No sé qué ha llevado a Summer a contar en casinos y, de acuerdo, tampoco sé que ha sido de ella los últimos catorce años, pero sí sé que se trata de Summer, la Summer que cuidó de mí cuando nadie más lo hacía. Quiero que se quede, recuperar el vínculo que teníamos y, quién sabe, quizás convertir el Hotel Royal Vegas en su hogar. —Lucky escondió una risita tras escucharle hablar y Blake lo taladró con la mirada. —¿Y tú de qué te ríes?

—De nada, es solo que hablas como si fueras un caballero de brillante armadura y ella una dama que necesita ser rescatada. Y siento decírtelo, pero dudo que esa chica quiera que la rescaten. —Se encogió de hombros.

—Yo no quiero rescatarla. Quiero que se rescate a sí misma.

—De acuerdo, haz lo que quieras, al fin y al cabo, lo harás de igual forma. —Brooklyn alzó las manos como si se diera por vencido—. Pero si va a tener acceso a nuestra planta privada deberías contárselo a papá y a la abuela.

—Supongo que tienes razón —admitió Blake, consciente de que eso no iba a ser sencillo.

En ese momento la puerta del apartamento volvió a abrirse y Summer, arrastrando con ella una pequeña maleta de mano, entró por ella. De nuevo el corazón le dio un vuelco al verla. Era Summer. Su Summer. Y haría lo que fuera necesario para que no desapareciera de su vida nunca más.

Arizona



Se agarró con ambas manos a la maleta, como si pesara, cuando en realidad solo llevaba tres mudas de ropa, una gorra, ropa interior y un par de sujetadores. Era todo lo que tenía. Podía decirse que era muy poco, pero consideraba que llevaba toda la vida vistiendo con vaqueros y jerséis y no tenía mucho sentido tener uno para cada día. Era feliz con tener un par de mudas limpias en caso de necesitarlas y consideraba que seguramente por esa falta de apego a todo lo material podía seguir cada día. Le gustaba ganar dinero, claro, pero le gustaba aún más invertirlo en cosas que sí merecían la pena.

—¿Has dejado el resto abajo? —preguntó Blake.

—Esto es todo lo que tengo.

—¿Eso es todo lo que tienes? —repitió uno de los hermanos.

Arizona lo miró atentamente. Le parecía mentira que Blake tuviera hermanos. Hermanos de verdad, porque puede que aquellos chicos no tuvieran su sangre, pero era más que evidente que había entre ellos una unión muy fuerte. Y lo sabía porque veía en Blake la misma relajación que antaño había visto cuando él estaba con ella y se tenían el uno al otro. Intentó no sentir resquemor, pero lo cierto era que le picaba mucho que él sí hubiera encontrado una familia y ella,

en cambio, se hubiera quedado completamente sola. Aun así, no mostró ni un ápice de las emociones que sentía. Simplemente miró al más joven de ellos, el que había hablado, y sonrió con frialdad.

—Cuando viajas mucho, es mejor mantenerte ligera de equipaje.

—¿Y viajas mucho? —preguntó otro de ellos, el mayor, a juzgar por su postura y actitud.

Estaba siendo todo un hermano protector y eso Arizona podía aceptarlo, e incluso respetarlo, pero a ella no iban a avasallarla. Eso no pasaría nunca, así que alzó la barbilla y tomó su actitud más fría.

—Lo que necesito.

—¿Y cuánto necesitas?

—¿Eso es de tu incumbencia porque...?

Él hizo amago de responder, pero Blake dio un paso adelante, interponiéndose entre ellos y rompiendo la mirada desafiante que estaban dedicándose.

—Ya basta —dijo—. Summer, deja que coja tu maleta y la lleve a tu habitación.

—Soy muy capaz de coger mi propia maleta. Y me llamo Arizona.

—Maldita sea —murmuró entre dientes.

—Maldecir nunca te ha sentado bien. No sé por qué sigues intentándolo.

Estaba siendo altanera e incluso un poco venenosa, lo sabía, pero era una venganza mínima. Además, mirando alrededor, a todo lo que tenía, a Blake no le iría mal que alguien no le siguiera la corriente, porque era evidente que se había rodeado de gente que sabía cómo lamerle el culo.

La risita del más joven, el de las pecas, la sorprendió, porque el sonido en sí fue tan simpático que Arizona sintió ganas de sonreír. Y aquello era imposible, además de peligroso. Una sonrisa, una muestra de simpatía entre aquel grupo de hermanos y ellos aprovecharían para atacar esa vena emocional sin dudarle ni un instante.

—Creo que lo mejor es que te dejemos descansar. Ha sido un día muy largo. Mañana, con calma, te enseñaré esto y firmarás los contratos necesarios para desempeñar tu puesto.

El modo en Blake le habló, serio y profesional, le dolió. No por sus palabras en sí, que podían considerarse muy normales, sino por la frialdad que emanaba de él. Entendió entonces que ella no era la única que sabía jugar a tomar distancia cuando las cosas se ponían intensas.

Blake y sus hermanos salieron de la suite y ella volvió a su habitación, cerró la puerta y se apoyó en ella sosteniendo un suspiro tembloroso. Cerró los ojos un instante y se permitió un segundo, solo un segundo, sentir que le temblaban las rodillas. Enfrentarse a gente no era algo que le apeteciera nunca, pero enfrentarse a Blake suponía para ella un desgaste emocional para el que, por desgracia, no sabía si estaba preparada.

Caminó hasta la cama, pero, cuando estaba a punto de sentarse, se acordó de la enorme bañera y se deslizó hasta el baño. Se quitó la ropa casi por inercia, igual que abrió el grifo del agua caliente. Se metió dentro cuando estuvo llena y se quejó por la temperatura que ella misma había programado. Sin embargo, se quedó allí tanto rato que, cuando salió, todo lo que pudo hacer fue arrastrarse hasta la cama y dejarse engullir por Morfeo en el colchón más cómodo que jamás había probado.

A la mañana siguiente, cuando Blake tocó en su puerta con los nudillos bien temprano, ella ya estaba vestida con un vaquero nuevo, otro jersey y una coleta, porque no quería que el pelo la

distrajera lo más mínimo de su trabajo. Abrió la puerta y sostuvo un gemido. Mierda. Estaba guapísimo. No sabía si era el traje a medida, el perfume amaderado o esa sonrisa blanca y brillante, ligeramente torcida, lo que conseguía que su estómago se contrajera y algo temblara en su interior, pero sabía que, si no se andaba con ojo, se metería en un lío bien gordo, porque las relaciones no estaban en su lista de prioridades nunca, pero tener algo con Blake era incumplir la única promesa que se había hecho cuando se dio cuenta de que él no volvería a buscarla: prohibido confiar en Blake Royal.

—¿Estás bien? —preguntó él cuando caminaban por uno de los pasillos enmoquetados y lujosos.

—Sí, un tanto sobrepasada con el lujo. No estoy acostumbrada a estos niveles.

Blake guardó silencio un segundo, como si intentara elegir bien sus palabras. Igual que hacía en el pasado.

—He visto que tienes poco equipaje.

—La ropa está sobrevalorada y el maquillaje no es lo mío.

—Tampoco lo necesitas. —Arizona lo miró imperturbable y él carraspeó—. Me refiero a que... Da igual. El caso es que me pregunto por qué tienes tan poco equipaje. Anoche me acosté tarde haciendo algunas... averiguaciones.

—¿Es una forma bonita de decir que me has investigado?

—Es una forma elegante de decir que me interesa saber qué pasa contigo.

—Conmigo no pasa absolutamente nada.

—Ganas mucho dinero, Summer.

—Arizona. Me llamo Arizona.

—Ganas mucho dinero, Arizona —dijo él entre dientes, claramente perdiendo la paciencia.

—¿Qué puedo decir? Soy una chica afortunada.

—¿Dónde lo metes?

—No es de tu incumbencia.

—Maldita sea, Summ... Arizona.

Ella sonrió sinceramente por primera vez desde su reencuentro. Había una cosa que no había cambiado. A ella seguía encantándole sacarlo de quicio y él seguía odiándolo tanto como antiguamente.

—Si me disculpas, me gustaría empezar a trabajar cuanto antes, jefe.

Blake la miró mal, fatal, pero la llevó hacia uno de los encargados de explicarle su trabajo y luego, sin muchas ceremonias, se largó dejándola sola y, de nuevo, temblorosa.

La parte buena era que Blake pensaba que su presencia no la alteraba lo más mínimo y eso, pasara lo que pasara, tenía que seguir siendo así. No podía arriesgarse a que él descubriera que, cuando la miraba con sus profundos y preciosos ojos, todavía sentía deseos de refugiarse entre sus brazos y olvidar lo feo que podía ser el mundo.

6

Blake



Blake respiró hondo y llamó a la puerta del despacho de su padre con los nudillos. Una sensación de intranquilidad le recorrió el estómago. De repente se volvió a sentir como catorce años atrás, cuando recién llegado al Hotel Royal Vegas su padre lo llamaba a buscar siempre que se metía en problemas en el instituto, cosa que por su carácter rebelde sucedía a menudo. Le costó adaptarse a aquel centro de élite lleno de pijos idiotas que se creían mejores que el resto por tener un apellido y un fideicomiso esperando en un futuro. No sabía muy bien cómo iba a tomarse lo de Summer, ni siquiera sabía si se acordaría de ella. Catorce años atrás había sido él quien había evitado que volviera a por ella a Reno. Tragó saliva, nervioso y esperó hasta que su padre le pidió que pasara. Entró preparando en su mente la conversación que iba a mantener con él, pero esta enseguida quedó enturbiada por la presencia inesperada de una segunda persona.

—¿Abuela? —preguntó sorprendido. Sentada frente al escritorio de Max, una señora de porte refinado lo recibió con una sonrisa. Iba vestida con un traje chaqueta beige muy elegante y llevaba recogido el pelo grisáceo en un moño alto. Blake siempre había admirado a su abuela porque tenía una presencia vibrante. Fuera donde fuera, siempre se convertía en el centro de atención—. ¿Qué haces aquí? Te hacía en Asia hasta finales de mes.

La pasión de su abuela Abigail era la de viajar. Era una mujer intrépida que había visitado

los rincones del mundo más recónditos. Aunque pareciera por su aspecto que le gustaba vivir entre algodones, lo cierto era que no hacía ascos a vivir experiencias extremas y poco confortables en lugares exóticos tales como selvas amazónicas, desiertos saharianos o monasterios tibetanos.

—He decidido adelantar mi regreso —dijo ella con un encogimiento de hombros—. Creo que estoy algo mayor para hacer viajes tan largos.

Aquella observación sorprendió a Blake. A su abuela le costaba aceptar que se estaba haciendo mayor. Tenía más de setenta años, pero seguía llevando un ritmo de vida frenético.

Se acercó a ella, le dio un abrazo y se sentó a su lado. Hablaron un poco durante los siguientes minutos, pero Blake no parecía muy concentrado en aquella conversación porque su mente no hacía más que divagar en que tenía que hablar con su padre sobre Summer. Abigail pareció darse cuenta de ello, pues se quedó en silencio y le miró con las cejas alzadas.

—¿Te encuentras bien, cariño? Pareces absorto.

—Eh, sí, estoy bien, es solo que... —Se mordió el labio con incomodidad—. Tengo que hablar de un asunto con papá.

—Perdona, he estado acaparando la conversación. ¿De qué quieres hablar?

Los ojos de su abuela y su padre se clavaron en él. Mierda. No quería sacar el tema con su abuela delante. La conocía, se entrometería, porque era incapaz de no entrometerse en algo así, y eso nunca acababa bien.

—Es un tema... privado.

—Oh. —Abigail le miró con los ojos muy abiertos—. ¿Esta es tu sutil manera de decirme que desaparezca?

—Bueno, yo no lo hubiera dicho así, pero...

—Jovencito, soy tu abuela, la matriarca de esta familia, así que estoy convencida de que no hay nada que puedas contarle a tu padre que yo no pueda escuchar.

Desde su lado del escritorio, Max se limitó a lanzarle una mirada de resignación. Si había algo que los hombres Royal no sabían hacer era llevar la contraria a Abigail.

—Está bien —musitó con un resoplido—. Papá, ¿recuerdas a Summer?

—¿Summer? —Su padre negó con la cabeza—. Tendrás que darme más información que esa.

—Vivía en mi casa de acogida cuando me adoptaste, en Reno.

Los ojos de Max brillaron con reconocimiento.

—¿Te refieres a la Summer por la que estuviste a punto de tirar tu futuro lleno de oportunidades por la borda? Sí, la recuerdo, ¿por qué?

Blake bufó. Odiaba que sacara a relucir aquel acontecimiento de su pasado en común. Sin embargo, en lugar de hurgar más en ese error que estuvo a punto de poner en jaque su adopción, dijo:

—La he encontrado, papá.

Su padre le miró con seriedad.

—¿Dónde?

—En el Hotel. Es una historia un poco larga. Summer estaba jugando en la sala de póker y la reconocí. Va a instalarse unos días en mi apartamento y creí que debía decírtelo. —Se guardó

para él la historia completa. Que Summer era contadora profesional era algo que su padre no necesitaba saber.

A su lado, su abuela carraspeó para hacerse notar.

—¿Has metido a una mujer en tu apartamento? —preguntó intrigada—. Interesante, teniendo en cuenta que eres un libertino. Debe ser alguien especial.

—No me definiría como libertino, abuela, pero sí, Summer es especial. Compartimos casas de acogida durante cinco años. Fue mi familia.

—Creí que el detective que contrataste no había podido dar con ella—dijo su padre cruzándose de brazos. Su mentón estaba ligeramente tenso y sus ojos azules lo escrutaban con fijeza.

A pesar de tener casi sesenta, Max Royal seguía siendo un hombre atractivo. Blake sabía que tenía muchas mujeres bebiendo los vientos por él, y no era de extrañar dado su carisma.

—Se cambió el nombre. Ahora se hace llamar Arizona, supongo que por eso no dio con ella.

—¿Confías en ella?

Blake tardó en responder, pero lo hizo con contundencia:

—Sí, papá. Confío en ella más de lo que confío en la mayoría de la gente.

Y no mentía. Puede que hubiera un vacío de catorce años sobre ella que desconocía, pero eso no cambiaba el hecho de que fuera Summer, su Summer. Tenía la intuición de que no habían sido años fáciles, al contrario que él que había sido feliz dentro de los problemas típicos de cualquier joven. Que Max hubiera decidido adoptarlo había sido un golpe de suerte. Aún desconocía el motivo por el que, de todos los chicos de Nevada, hubiera decidido adoptarlo a él,

pero nunca podría agradecerle lo suficiente que lo hubiera hecho.

—Está bien, Blake. Yo confío en ti y en tus decisiones. Me parece bien que se quede en tu apartamento, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Quiero conocerla.

—Pero papá... —se quejó Blake con disgusto.

—Esta noche vamos a cenar en el nuevo restaurante fusión que hemos abierto en el hotel para celebrar que tu abuela ha vuelto. Tráela contigo.

—No sé si es buena idea —dijo con un susurro. Por lo poco que había visto de la Summer adulta, sabía que la gente no le gustaba demasiado, por lo que tener que lidiar con toda su familia al completo no le gustaría nada.

—Os espero a las siete en el vestíbulo —prosiguió su padre como si no lo hubiera escuchado—. Y ahora, por favor, necesito que os vayáis, tengo una reunión en diez minutos y tengo papeleo que preparar.

Con un gruñido, Blake se levantó de la silla y salió del despacho.

Convencer a Summer no iba a ser fácil, nada fácil.

Arizona



Aquella tarde Arizona entró en su dormitorio con un pensamiento dando vueltas en su cabeza: hacía horas que no veía a Blake. No es que esperara encontrarlo en cada esquina, pero...

¡Demonios! Claro que sí. Esperaba encontrarlo en cada esquina porque se habían reencontrado después de años y, el primer día, él parecía de lo más interesado en ella. Arizona asumió que él quería tener algún tipo de contacto personal con ella, pero allí llevaba horas trabajando y él no había aparecido por ningún sitio. Quizá, después de todo, tenía razón y solo quería ofrecerle un trabajo sin dobles intenciones. ¿Y acaso no era eso algo bueno? Buenísimo, sí, porque ella ni quería ni necesitaba tener relaciones con nadie y muchísimo menos con Blake Royal. Por Dios, hasta el apellido de su nueva familia parecía el apellido de alguien importante. Casi como una familia de la realeza. Se le escapó un bufido entre dientes mientras se quitaba la chaqueta y la dejaba sobre la cama. Blake ya no era el huérfano con sueños imposibles que ella había conocido, eso era evidente. Tenía una buena vida, una familia, un gran trabajo y más dinero del que necesitaría cualquier persona. Había construido una vida feliz sin ella, y que eso le escociera hasta el punto de arrancarle lágrimas de los ojos era algo que la molestaba como pocas cosas en el mundo.

En esas estaba cuando alguien tocó con los nudillos en la puerta. Carraspeó intentando

librarse de la emoción y habló con la voz más firme que encontró.

—¿Sí?

—Summer, necesito hablar contigo.

Blake. Tragó saliva. Odiaba que la llamara por su nombre antiguo, pero no por lo que él pensaba. Lo odiaba porque oír su voz llamarla de nuevo era sentir que algo brincaba en su pecho y su respiración se entrecortaba. No estaba lista para asumir que Blake seguía despertando en ella sensaciones y sentimientos que nadie más había conseguido despertar, ni siquiera mínimamente.

Abrió la puerta y se quedó mirándolo con el gesto impasible que usaba para jugar al póker. Sin bajar la mirada, completamente seria y en su lugar.

—Me llamo Arizona.

—Perdona, ha sido la fuerza de la costumbre.

Se apartó a un lado y aceptó las disculpas con un asentimiento de cabeza. Podía entender que para él fuera raro, pero tendría que acostumbrarse. Y pronto. No estaba lista para lidiar con él llamándola por su verdadero nombre constantemente. Le parecía peor tortura que clavarse agujas bajo las uñas.

—Tú dirás.

—Necesito decirte algo que va a cabrearte.

Arizona ladeó la cabeza, estudiándolo.

—¿Y si va a cabrearme, por qué me lo vas a decir?

Él extendió una lenta sonrisa por su cara y a Arizona le temblaron las rodillas. Dios mío,

qué guapo era. De niño ya se lo había parecido, pero el Blake adulto era... No había palabras para describir el magnetismo que desprendía. Ya no era su físico completamente perfecto, sino esa seguridad en sí misma que tan sexy resultaba y...

Apartó los ojos de él. No, no era buena idea seguir ese tren de pensamientos.

—Porque me temo que estoy entre la espada y la pared. O te cabreo a ti, o cabreo a mi familia. Y no sé qué bando me da más miedo. —Arizona lo miró con curiosidad y él suspiró antes de hablar—. Mi padre y mi abuela quieren conocerte.

—No.

La respuesta salió rápida y contundente, pero es que no era algo que estuviera dispuesta a negociar.

—Summ... —Ella elevó las cejas y lo vio apretar la mandíbula—. Escucha, Arizona, mi padre es el dueño de todo esto, junto con mi abuela. En realidad, ella es la que manda en todos nosotros. No puedo, simplemente, negarme. Eres una trabajadora y sabe que compartimos un pasado. Tienen curiosidad, nada más.

—¿Curiosidad por qué? ¿Pretenden que cuente batallitas de cuando los dos éramos huérfanos? ¿Es eso? ¿Quieren detalles morbosos de nuestra infancia juntos?

—No, joder. Ellos no son así, no son malas personas y jamás harían algo por morbo o con un fin desleal. Mucho menos si se trata de mí. Me quieren demasiado.

Aquellas palabras, sin saber por qué, fueron como un puñal en el pecho para Arizona. Seguramente tenía que ver con el hecho de que por primera vez se daba cuenta de que Blake tenía una familia. Una de verdad. No eran solo personas que lo habían adoptado y dado un trabajo. No. Había creado lazos emocionales con esas personas y los consideraba parte de su

vida. Estaban en un pack. Era algo que ella nunca había tenido y, por tanto, jamás entendería. Se sintió estúpida, así que disimuló como mejor sabía: poniendo más distancia.

—No sé qué tiene que ver todo eso conmigo. No creo que cenar con tu familia sea parte de mi trabajo y, si es así, no me lo dijiste ni lo pone en mi contrato. Yo estoy aquí por trabajo, Blake, nada más.

—Tienes que venir.

—Antes prefiero morir.

—Vendrás vivita y coleando.

—¿Es una amenaza?

—No, simplemente te pido, por favor, ya sea por la amistad que nos unió en el pasado o el contrato que nos une en el presente, que no compliques las cosas de más. Todo esto ya es bastante difícil sin que estés poniéndote en plan bravucona y...

—Escúchame bien, Blake Royal, porque solo voy a decir esto una vez: no me pongo en plan bravucona. SOY bravucona. Me da igual que tu padre sea el dueño del hotel y tu abuela la reina de las jodidas Vegas. A mí tú no me das órdenes. Ni tú, ni nadie. Si digo que no voy a ir a la cena, es que no voy a ir, así que ya puedes sacar de aquí tu culo enfundado en un traje hecho a medida y dejarme tranquila, porque ha sido una tarde muy larga y necesito relajarme un poco.

Blake la miró con calma, aparentemente nada impresionado con su salida de tiesto. Arizona ocultó como pudo los signos que indicaban que su respiración estaba agitada y sus nervios apretados en un estómago. Acababa de lanzarse una apuesta en aquella suite y ella todavía no estaba segura de si tenía la mano ganadora o no.

8

Blake



El reloj marcaba las siete menos diez cuando Blake llamó a la puerta de la habitación de Summer con los nudillos. Después de la negativa contundente de Summer respecto a asistir a la cena, a Blake le había bastado recordarle que tenía una grabación suya donde se la veía contar cartas al póker para que cambiara de opinión. Ella lo había llamado extorsionista prepotente antes de encerrarse a su habitación dando un portazo. Quizás Blake no había sido sutil, quizás aquello no le ayudaría a ganarse su confianza, pero había conseguido lo que necesitaba: que le acompañara aquella noche. Las batallas había que ganarlas una a una y, en aquel momento, conseguir que fuera a la cena, era la batalla del momento.

Summer se tomó su tiempo antes de abrir la puerta y cuando lo hizo Blake no pudo evitar alzar las cejas con cierta amargura. Llevaba puestos unos vaqueros desgastados, una sudadera azul con la bandera de Nevada y unas zapatillas viejas que parecían haber vivido tiempos mejores. Blake se había encargado personalmente de elegir un vestido adecuado para la ocasión y de dejarlo dentro del cuarto de baño junto a unos zapatos y una chaqueta elegante. Sin embargo, en vez de eso había decidido ponerse lo que suponía que era su ropa de diario.

—Summer...

—Arizona —corrigió ella con altanería, cuadrando los hombros y mirándolo de forma

retadora.

—Arizona —repitió Blake derrotado, odiaba tener que llamarle por un nombre que no era el suyo—, ¿por qué no te has puesto el vestido que te he comprado?

—¿El que has elegido para mí sin tener en cuenta mis gustos o mi opinión? —preguntó con una sonrisa cínica—. Pues básicamente porque no he querido, señor extorsionador prepotente. Ese vestido tenía pinta de ser escandalosamente caro y tengo una política muy estricta respecto a la ropa que me pongo. No uso nunca artículos de lujo, me parece poco ético teniendo en cuenta que existen prendas mucho más económicas con una calidad igual o superior a la de las marcas pensadas para los ricachones como tú.

Blake tensó la mandíbula. ¿Ricachón? ¿Así era cómo lo veía? Tenía dinero, eso era verdad, pero era algo más que su cuenta bancaria. Se había esforzado mucho para llegar donde estaba. Sacó buenas notas en el instituto para ir a una buena universidad donde acabó licenciándose cum laude. Y eso no había dinero que lo pagara, lo había conseguido con el sudor de su frente, porque quería que Max estuviera orgulloso de él. Max, que había resultado ser no solo el mejor padre que un joven perdido como él podía tener, sino también un amigo y confidente al que respetaba más que a cualquier otra persona. Además, que lo llamara ricachón alguien cuyo oficio en la vida era el de timar a los demás en el póker le parecía bastante injusto.

—Además —prosiguió ella tras unos segundos de tenso silencio—, no voy a disfrazarme de alguien que no soy para gustar a tu familia, Blake. Yo soy esta —se señaló de arriba a abajo—, y así van a tener que aceptarme.

—No pretendía que te disfrazaras, Summ... Arizona. Solo era un puto regalo, algo bonito para que te sintieras cómoda con nosotros. Si prefieres ir vestida así me parece bien, porque estás preciosa igual. —Se frotó el puente de la nariz con aire cansado y la miró, dándose cuenta al instante de un pequeño brillo de emoción en sus pupilas que ella intentó disimular pero que él

captó—. Estarías preciosa de cualquier forma. —Se acercó a ella hasta que su rostro quedó a pocos centímetros del suyo—. Y de cualquier forma van a aceptarte, porque saben lo que significas para mí y harían cualquier cosa por hacerme feliz.

—No me hables así —exigió ella dando un paso atrás, huyendo de su proximidad.

—¿Y cómo te hablo?

—Cómo si fuera importante.

—Eres importante, Summer.

—Arizona —repitió ella.

—Puedes cambiarte de nombre todas las veces que desees, porque te llames como te llames, para mí siempre serás la misma y siempre serás importante.

—Entonces, ¿por qué no volviste a por mí, Blake?

Blake apretó los dientes con frustración, porque aquél no era el momento idóneo para explicarle toda la verdad, no cuando su padre, su abuela y sus hermanos ya estarían esperándolos en el vestíbulo. Su abuela era muy quisquillosa con la puntualidad, y no quería arriesgarse a una reprimenda.

—¿Vamos? —dijo sin más.

Summer no respondió, se limitó a seguirle en silencio. Salieron del apartamento, cogieron el ascensor y en pocos minutos se plantaron en el vestíbulo del hotel. Tal como había previsto, la familia al completo los esperaba ya. Más tenso de lo esperado, hizo las presentaciones pertinentes. No le pasó inadvertida la mirada de soslayo de su abuela. Puede que fuera una aventurera y que respetara las costumbres de las culturas ajenas, pero también era muy estricta

con el *dress code*, y la ropa de Summer parecía fuera de lugar entre los trajes caros de los hombres Royal y el vestido ostentoso que Abigail se había puesto aquella noche. Sin embargo, la actitud de su abuela no achantó a Summer que en todo momento mantuvo una pose orgullosa y altiva. Sabía que aquello era solo una fachada, la conocía, la había visto usar esa misma pose miles de veces con los desconocidos cuando eran niños, pero estaba convencido que detrás de esa enorme muralla que había construido entre ella y el mundo seguía existiendo aquella niña sensible con ganas de ser amada, de tener una familia, de encontrar un lugar al que llamar hogar.

Tras una breve conversación, se encaminaron hacia el hotel nuevo al que su padre había reservado mesa aquella noche.

El Hotel Royal Vegas, al igual que el resto de hoteles importantes de Las Vegas, tenía en sus instalaciones varios restaurantes temáticos para que sus clientes pudieran cenar cada noche en un ambiente distinto. En total había doce, trece con el nuevo restaurante al que se dirigían, del que solo sabía que hacían cocina fusión entre distintos estilos culinarios de distintas culturas. Todos sus restaurantes estaban dirigidos por chefs de fama reconocida, y ese no era una excepción. Poco sabía de la chef en cuestión, más allá de que era francesa, de que se llamaba Jolie Leblanc y de que la había descubierto su abuela en un pequeño restaurante de París en uno de sus viajes. Quizás no fuera una chef de renombre como el resto, pero según su abuela era probar uno de sus platos era como probar un trozo de cielo.

De camino al restaurante ya pudo intuir que sería una noche intensa. Sus hermanos parecían más hiperactivos que de costumbre y no dejaban de intentar llamar la atención de Summer con comentarios jocosos o bromas estúpidas. Muy en su línea. Sobre todo, Dexter y Lucky, que no parecían haber entendido su petición expresa de no avasallarla, petición que había hecho en el grupo de wasap que los cuatro hermanos tenían. Summer parecía tan abrumada que estaba convencido de que en cualquier momento echaría a correr en dirección contraria, atravesando paredes y dejando su silueta en ellas como hacían los dibujos animados. Por suerte eso no

sucedió y llegaron al restaurante sin ningún contratiempo.

Mientras se sentaban en la mesa dentro de uno de los reservados del restaurante de decoración ostentosa, Blake solo podía pensar en las ganas que tenía de que la noche terminara para regresar con Summer a la tranquilidad de su apartamento.

Arizona



Sentarse alrededor de los Royal Blake durante una cena era toda una experiencia. Eso es lo que más en claro sacó Arizona de aquello. Eran ruidosos, pese a que no pudiera parecerlo si los veías a todos con sus trajes caros y estirados. Posiblemente tenía mucho que ver que Lucky y Dexter no pararan de bromear en ningún momento. Podría parecer que eso la haría sentir incómoda, pero sabía bien que Blake estaba enfadado con ellos por comportarse así, se lo notaba en su mirada, pero, de algún modo, que fueran tan inquietos y parlanchines, hizo que Arizona consiguiera relajarse un poco. No demasiado, claro, ella suponía que había logrado un 10% de relajación total a lo largo de la noche, porque las bromas de los hermanos de Blake no servían para camuflar las miradas intensas de Abigail, su abuela. Aquella mujer tenía un modo de mirar que atravesaba. Arizona pensó en algún momento que podría leerle la mente si de verdad lo intentaba y aquello, por imposible que pareciera, se le hizo tan real que solo quería salir de allí. Era lo único que deseaba. Acabar aquello y volver a la seguridad de su habitación: la seguridad de la soledad. Ella no entendía a la gente cuando salía en la tele o los libros alegando que estar solo era difícil. Para ella era lo que había hecho siempre. Era duro, sí, pero su vida era dura en general. Pensaba que no sabría vivir algo de un modo fácil y sencillo.

—Y cuéntanos, Arizona, ¿qué te llevó a cambiarte el nombre?

La pregunta de la abuela de Blake fue tan directa que, por un momento, Arizona solo pudo mirarla en silencio.

—Abuela, no es...

—Quería dejar atrás el pasado —contestó ella cortando a Blake.

En realidad, no sabía bien por qué había dicho la verdad. Podría haber inventado una excusa, pero aquella mujer tenía... algo. Era imposible mentirle. Dios, no, no era imposible, ella jugaba al póker profesional. ¡Su trabajo era saber mentir!

—¿Acaso es eso posible? —preguntó entonces la señora—. El pasado nos hace ser quienes somos.

—Es una frase preciosa, pero no es la realidad.

—¿No? —preguntó elevando una ceja.

—No del todo. El pasado, sobre todo el de la infancia, no se elige. No puedes elegir tu nombre, tu familia o, en mi caso, la ausencia de ella. No eliges ser una niña abandonada, simplemente ocurre. Y durante el tiempo que ocurre eres pequeña y, por lo tanto, no te dejan elegir nada. Por eso, al crecer, todos deberíamos plantearnos si lo que nos tocó de niños nos gusta o preferimos cambiarlo.

—Bueno, yo difiero un poquito.

—Es fácil diferir si lo que le tocó de niña fue bonito. En realidad, debería agregar que la opción de elegir cambiar debería ser dada a los que han tenido una infancia insignificante.

—Nadie es insignificante —dijo Max, el padre de Blake.

—Se equivoca, señor. Algunas personas son totalmente prescindibles. Summer lo era, por

eso dejé de serlo.

—No eras prescindible —masculló Blake—. Eras jodidamente imprescindible.

—Oh, sí, se notó.

La tensión se apoderó de la mesa y Arizona vio el modo en que Blake apretó la mandíbula. Aquello era doloroso para ella, sobre todo porque estaba deseando pasar las yemas de sus dedos por la zona y obligarlo a calmarse. Estaba deseando abrazarlo por completo y pedirle perdón por sus palabras y esa, precisamente, era la razón por la que tenía que dar un paso atrás y salir de todo aquello cuanto antes.

—Si me disculpan, no me apetece mucho tomar el postre.

Se levantó antes de que nadie pudiera decirle lo contrario y aprovechó la confusión para salir, porque algo le decía que si Abigail le ordenaba que se quedara lo iba a hacer.

Se apresuró tanto buscando la salida que, cuando por fin abrió una puerta, todo lo que encontró fue una terraza con vistas a unos jardines maravillosos. Miró alrededor, por si hubiera forma de salir por allí, pero no la había, y volver atrás con la posibilidad de encontrarse con Blake era... insoportable. Tenía que reponerse. Era vital reponerse. Recuperar el control de sus emociones era el primer paso hacia el restablecimiento emocional, lo tenía claro.

—¿Podemos hablar?

Se giró sorprendida al máximo, pues en su intento de recuperar la normalidad se había aferrado a la barandilla de la terraza y no se había percatado de que alguien más salía. Se encontró cara a cara con Max Royal, nada más y nada menos. Tragó saliva, segura de que él iba a ponerla en su sitio por desplantar a su hijo de esa forma, pero Max sonrió y ella, inexplicablemente, se relajó un poco.

—No me apetecía comer postre.

La declaración quedó un tanto ridícula, lo sabía, pero aun así alzó la barbilla y adoptó la pose desafiante que había aprendido años atrás.

—No te culpo, porque no has probado nunca los postres de Jolie, pero algo me dice que, cuando lo hagas, no podrás salir de aquí.

—No soy muy de postres.

—Porque no has probado los de...

—Jolie, sí, me queda claro. ¿Eso es todo?

Estaba siendo una borde, lo sabía, pero es que no quería hablar con nadie y menos con él. No quería porque entonces, quizás, le preguntaría qué le llevó a adoptar a Blake y no a ella, y eso era injusto por muchas razones e innecesario por otras tantas. La realidad fue la que fue, punto.

—Cuando era joven era carterista, ¿sabes?

Aquella declaración la pilló desprevenida.

—¿Perdón?

—Robaba carteras sobre todo a extranjeros despistados. No era difícil, la verdad, porque había muchos. —Una media sonrisa llenó su cara, pero no llegó a sus ojos—. Al principio robaba por necesidad, me decía a mí mismo que era un modo de sobrevivir, pero luego...

—¿Luego?

—Se convirtió en algo peligroso. El gusto por la adrenalina que sentía al hacerlo, el poder conseguir más. ¿Por qué conformarme con las carteras de algunos turistas cuando podía, por

ejemplo, robar un banco? —Arizona contuvo la respiración y esta vez la sonrisa de Max sí fue completamente genuina y preciosa—. No lo hice, mi madre llegó antes.

—¿Tu madre?

—Abigail fue una bailarina más de las deslumbrantes Vegas. Bailaba donde la contrataban y sobrevivía como podía, hasta que se casó con alguien importante. Un Royal. —Arizona abrió la boca de la sorpresa—. La historia es muy larga, solo necesitas saber que me adoptó cuando yo estaba perdido y a punto de entrar en un camino de no retorno, pero no siempre he sido como me ves ahora. No siempre he llevado estos trajes y, desde luego, dentro de mí, sigo sintiendo el miedo de aquel niño carterista que empezó queriendo sobrevivir y acabó perdiéndose entre lo que está bien y lo que está mal.

—¿Por qué me cuenta esto?

Max la miró de un modo que la hizo tragar saliva.

—Eres lista, Arizona. Si quisieras, no tendrías que recurrir a lo que recurres para ganarte la vida.

—Yo no...

—Ahora tienes un trabajo que mereces, y me alegro. Intenta conservarlo, y no te digo esto por mi hijo, porque trabajes en mi empresa o por mí. Te lo digo por ti, hija.

—No me llame “hija”.

La voz le salió tan áspera y ronca que la mirada de Max se suavizó de inmediato, gesto que Arizona odió, porque no quería que se diera cuenta de hasta qué punto le dolía que alguien usara un término familiar o afectivo con ella.

—Ve a descansar. Ha sido un día de muchas emociones.

No le preguntó a qué se refería con aquello, en aquel instante lo único que le importaba era que acababan de darle vía libre para escapar, así que volvió al interior del hotel y corrió sin importarle que pudieran mirarla. Corrió y corrió y no paró hasta que estuvo en su habitación, miró alrededor y, por fin, a salvo de miradas que pudieran juzgarla, rompió a llorar como tantas veces había hecho la niña huérfana que un día fue.

10

Blake



Una semana. Ese era el tiempo que Summer llevaba en el Hotel Royal Vegas. Y ese era el tiempo que Blake llevaba intentando abrir un pequeño hueco en la coraza que Summer había levantado a su alrededor. Para ser sincero consigo mismo, no estaba teniendo mucho éxito con su objetivo. Summer seguía siendo tan terca y cabezota como lo era de niña, con el agravante de que, con la edad, había aumentado varios niveles su cinismo y mala leche.

Después de la cena con su familia, seis días atrás, Blake había intentado hablar con ella. Llamó a su puerta con los nudillos, le preguntó si se encontraba bien y lo único que recibió como respuesta fue un grito pidiéndole de malos modos que se marchara, que quería estar sola. Blake lo entendió, la noche había sido... intensa. No solo porque sus hermanos no hubieran dejado de hablar en ningún momento, sino también porque su abuela había decidido sacar a colación un tema que había removido el pasado. Y sí, Blake quería remover el pasado, reescribir las partes feas y ponerlas bonitas para Summer, pero aquel no había sido el momento adecuado para hacerlo.

Los días siguientes apenas coincidieron. Summer se levantaba temprano, desayunaba fuera, trabajaba en el centro de operaciones junto al resto de los agentes de seguridad, siguiendo las indicaciones de Dave, uno de los hombres en los que Blake más confiaba. Había sido la primera

persona que contrató cuando ocupó el puesto de jefe de Seguridad y era su mano derecha. Sabía que podía contar con él para que vigilara de cerca a Summer. No había querido encargarse él mismo de su formación para no atosigarla, quería darle espacio, que se sintiera cómoda en el trabajo y sabía que su presencia no ayudaría en nada a que fuera así.

—Es sumamente inteligente, Blake. En todas las simulaciones ha descubierto siempre quién era el que estaba haciendo trampas. Y no solo eso. Es muy hábil e intuitiva, es muy buena leyendo el lenguaje corporal de la gente, incluso se anticipa a lo que harán o dirán por un solo gesto o expresión. Ojalá se quede después del torneo. Nos iría genial tener en el equipo a alguien como ella —le había dicho Dave en uno de sus reportes diarios.

No le había sorprendido para nada aquella información. De niña ya había demostrado una habilidad especial para leer emociones ajenas. Qué curioso, sin embargo, que fuera incapaz de leerse a sí misma. O que fuera incapaz de leerlo a él cuando le pedía que confiara.

La cuestión era que el torneo de póker daba comienzo aquella misma tarde y eso significaba que le quedaban cinco días para convencer a Summer para que se quedara. Le había prometido que después de aquel torneo sería una mujer libre y algo le decía que alargar el chantaje no le serviría de mucho. En su momento había creído que una semana sería suficiente para acercarse a ella y demostrarle lo mucho que la había añorado aquellos últimos catorce años, pero en ningún momento le había dejado sacar el tema. Lo trataba como si realmente Summer no existiera, como si la tal Arizona la tuviera presa en alguna parte de su ser para impedirle sentir nada que no fuera rencor.

Aquel día Blake se despertó temprano. Los torneos implicaban un aumento de trabajo y Blake quería comprobar que todo funcionaba correctamente antes de que diera comienzo la primera competición. Durante los torneos de póker la vigilancia se multiplicaba por dos, lo que implicaba la contratación temporal de más agentes de seguridad. No había nada más importante

para un Hotel de Las Vegas que asegurar a sus clientes un Casino libre de robos y trampas. Además de controlar el juego a través de los monitores también tenían agentes infiltrados para un mayor control.

Se duchó y afeitó, se tomó un café de pie sobre la encimera de la cocina mientras leía las noticias relevantes del día y salió del apartamento a toda prisa. Se encontró a Lucky frente a las puertas automáticas del ascensor. Este le saludó con una sonrisa pícara que le hizo fruncir automáticamente el ceño. Cuando Lucky sonreía así, significaba que tramaba algo.

—¿Qué haces esta noche?

En aquel momento el ascensor llegó y ambos subieron. Lucky metió la llave en la ranura y apretó el botón correspondiente a la planta de oficinas donde ambos tenían el despacho.

—Descansar, ¿por qué?

—Chase Gardner ha organizado una partida en su casa. No puedes faltar, vamos a estar todos.

Chase Gardner era el hijo de un empresario muy conocido de Las Vegas y formaba parte del grupo de amigos que los hermanos Royal tenían en la ciudad.

—Lucky, hoy empieza el torneo de póker, no voy a estar de humor para eso. Además, Chase siempre hace trampas.

Lucky sonrió de medio lado.

—Que el jefe de seguridad de un hotel de Las Vegas se deje hacer trampas al póker es patético.

—Lo sé, por eso no voy a ir.

—Oh, venga, tráete a Arizona, si se trata de hacer trampas ella gana seguro —dijo en un tono de voz alegre, como si ganar a Chase haciendo trampas al póker fuera algo digno de admirar. Además, le seguía chocando que la llamara Arizona con tanta normalidad cuando para él, hacerlo, suponía un esfuerzo enorme.

El ascensor los dejó en la planta de oficinas y ambos caminaron por los pasillos sin dejar de hablar.

—No consigo que quiera verme en mi propia casa, dudo que pueda arrastrarla a una casa ajena.

—Con lo cual, querido hermano, deberías empezar a replantearte tu actitud al respecto. No has avanzado nada en estos días, tienes que dejar de esperar a que las cosas cambien por sí solas y pasar a la acción.

—Lucky Royal aconsejándome sobre mujeres. Esto sí que es una novedad.

Se detuvieron frente a la puerta del despacho de Blake.

—Las mujeres se me dan bien, lo que se me dan mal son las relaciones.

—Para que se te den mal las relaciones hay que tenerlas, y creo que eso no va contigo.

—Ni contigo —respondió Lucky con una sonrisa perezosa—. Ni con ningún Royal, en realidad. Creo que el último Royal que colgó el cartel de mujeriego para abrazar la monogamia fue el abuelo al conocer a la abuela.

Blake sonrió. Ninguno de ellos había conocido a Richard Royal, pues este había muerto varios años antes de ser adoptados, pero habían oído hablar tanto de él que tenían la sensación de haberlo hecho.

—Supongo que todos seríamos capaces de sentar cabeza con la persona adecuada.

Las cejas de Lucky se alzaron.

—¿Y esa persona es Arizona?

—No —dijo contundentemente, porque no, él nunca podría llegar a enamorarse de Arizona. Sin embargo, no podía decir lo mismo de Summer, su Summer, esa Summer que había conocido catorce años atrás y que sabía que seguía existiendo bajo capas y capas de falso desinterés y hielo.

Tenía que eliminar las capas, una a una.

Tenía que romper ese hielo.

Pero ¿cómo?

Arizona



Arizona caminó por el pasillo que la llevaba hasta la suite. Sabía que caminaba porque se estaba trasladando de sitio, pero se sentía tan cansada que, en realidad, no le hubiese extrañado lo más mínimo estar arrastrándose. Participar en torneos era intenso para ella siempre, pero en aquel instante pensaba que había algo mucho peor: trabajar en la seguridad de los torneos. No es que no supiera hacer su trabajo, sino más bien lo contrario. Veía tantos gestos fascinantes y captaba tal nivel de detalles en el comportamiento de los demás, que acababa exhausta. Era mucho más fácil ser un jugador y ocuparse solo de sus propios gestos que intentar controlar el de los de toda una mesa. Por suerte, Dave se había revelado como un gran compañero y encargado. Se ocupaba de hacerla sentir cómoda y parecía contento con su trabajo, lo que resultó gratificante. Después de tanto tiempo trabajando en soledad, no podía negar que era bonito tener a alguien con quien compartir una conversación o un café de máquina.

Pensó en Blake, en el modo en que había intentado acercarse a ella y en el millón de veces que había deseado tomarse también un café con él. El mismo millón de veces que se había recordado que era una locura y lo había olvidado. Abrió la puerta de la suite deseando que no estuviera, pero no tuvo suerte. No la sorprendió eso, porque a fin de cuentas compartían las zonas comunes y se habían encontrado muchas veces. Lo que la dejó patidifusa fue el modo en que Blake había recreado lo que habían tenido en el pasado, pero de un modo mejor, mucho

mejor. Cuando eran niños a veces, solo a veces, les daban de cenar pizza y helado. Aquello era como un jodido regalo divino y Blake y ella se atiborraban mientras veían la película de turno en el viejo proyector. Solían ser películas malísimas, pero a Arizona nunca le importó. A ella lo que le importaba era que estaba con él, que estaba cenando algo rico y que, por unas horas, todo era como debía ser. A menudo se prometían uno al otro que, al salir de allí, harían mil noches de cine, helado y una peli que sí les gustara. Una que sí hubieran elegido ellos. Y ahora, ante ella, la mesa frente al sofá estaba servida con dos cajas con pizzas enormes, había refrescos, tres botes de helado de distintos sabores y, en el gran televisor, una imagen congelada. A un lado, con pantalón de chándal, sudadera desgastada y la sonrisa más bonita que ella había visto nunca estaba Blake, con las manos en los bolsillos y mordiéndose el labio inferior, como si temiera que ella saliera corriendo en algún momento.

—Nunca llegaste a decirme qué película querías ver cuando lo consiguiéramos, así que he pensado en *El temible Mr. Cory*. Es de 1957, así que no esperes gran calidad de imagen, pero va de un hombre de origen humilde que intenta ganarse la vida jugando al póker y...

—La he visto —dijo cortándolo. Blake se quedó mirándola sorprendido y ella sonrió—. No todo en mi vida ha sido contar cartas y viajar por el mundo.

No quería decirle que, de hecho, aquella película, entre otras tantas, la ayudó a decidirse por el póker como medio de vida, por surrealista que pareciera. Y aunque no quería, una parte de ella sentía como algún tipo de señal el simple hecho de que él la hubiera elegido. En realidad, que hubiese hecho aquella cena era algún tipo de señal en sí y una gran parte de Arizona quería correr despavorida, pero otra... otra había soñado demasiado todo aquello como para dejarlo ir.

—Ver una película conmigo no te matará, Ari.

—¿Ari? —preguntó confusa.

—Si no puedo llamarte Summer, que es como quiero llamarte, vale, pero entonces te llamaré Ari, porque Arizona es... raro.

—¿Y Ari no?

—En mi cabeza tiene sentido.

Se rio. No quería, pero lo hizo, porque Blake parecía tan confuso que era adorable. Adorable y peligroso, no podía olvidar eso último.

—Supongo que una película no va a matarme —murmuró.

—¿Quieres ducharte y ponerte cómoda antes?

—No, me muero de hambre.

Su cabeza era un caos cuando se sentó en el suelo, al lado de Blake, y atacó un trozo de pizza. Se concentró en comer y se dijo que así sería más fácil. Y lo fue, todo fue bien hasta que ya no le entró más pizza y se notaba la barriga tan hinchada que deseaba soltarse el botón del pantalón para dejarle espacio. Y justo entonces, él colocó un bote de helado por delante.

—Fresa. Solo fresa, sin trocitos, sin sirope. Solo fresa. ¿Aún es tu favorito?

Miró el bote de cartón y sintió unas ganas inmensas de llorar. Lo recordaba. Claro que lo recordaba, era Blake Royal y, al parecer, tenía una jodida mente privilegiada para según qué cosas.

—Ahora también me gusta el de galletas —susurró con un hilo de voz.

—Suerte que tengamos un bote, entonces —dijo señalando otro.

Arizona se rio con un punto de histeria que no supo si él reconocería, pero estaba ahí y ella

lo sabía. Cogió el bote, empezó a comer, aun cuando se sentía a punto de explotar de tan llena como estaba, y cuando llevaba cuatro cucharadas, removió el contenido cremoso del bote de fresa y habló mirando el movimiento que su propia mano hacía, porque era más fácil eso que mirarlo a él.

—Cuando te fuiste dejé de comer helado, aunque nos lo dieran. Era como si no tuviera sentido ahora que ya no estabas. Como si... —tragó saliva, arrepentida al máximo de haber confesado algo así.

—Fue difícil para mí también. —Arizona bufó y él sonrió—. No te culpo por eso. No te culpo por odiarme, pero, si hubiera podido, habría vuelto a por ti.

—No quiero hablar de ello.

Para su sorpresa, Blake asintió.

—Vale, no hablaremos de ello esta noche, pero algún día, tendrás que dejar que te explique lo que ocurrió.

Guardó silencio. No contestó afirmando ni negando nada, porque no sabía si era capaz de hacerlo sin perder la jodida cabeza. Una parte cada vez más grande de ella quería creerlo y eso era un problema, porque por ahí empezaría el camino de la redención. Ya le resultaba difícil resistirse a Blake cuando pensaba que era un capullo. ¿Cómo iba a conseguirlo si empezaba a verlo como un ser humano con sentimientos? No estaba lista para eso. Miró a su lado, vio sus enormes ojos puestos en ella y sintió todo el peso de la atracción. No desaparecía. Era como una maldición y estaba segura de que viviría con ella toda la vida. Podría conocer a otro hombre, podría incluso casarse y tener hijos, aunque no lo hubiera contemplado jamás, y, aun así, si Blake la mirara de ese modo, ella olvidaría hasta su propio nombre y solo querría lanzarse hacia sus brazos. Porque él tenía ese poder. Él hacía que quisiera refugiarse en lo que le ofrecía. Hacía que

ella pensara que, a su lado, estaba a salvo. Y volvía ese pensamiento tan real que casi lo creía, pero entonces recordaba que en el pasado esa seguridad se desvaneció cuando la dejó. Recordaba el dolor del abandono, las lágrimas, el frío y las veces que deseó morir antes de poder salir de aquel lugar y era como si despertara de un sueño. Como si el dolor le hiciera recordar que, por mucho que le apeteciera, no podía confiar en Blake. Y no era por orgullo, rencor o venganza.

Era porque sabía que, si sobrevivió una vez a su ausencia, fue de milagro. No lo conseguiría una segunda vez. Era una cuestión de supervivencia. Por eso se levantó y se encerró en su habitación sin despedirse de él.

Porque si algo había aprendido Arizona a lo largo de su vida es que ella era una maldita superviviente.

12

Blake



Faltaba un día para que terminara el torneo de póker y Blake no había avanzado nada en su relación con Summer. Ella se resistía a abrirse a él. Hubo un momento, durante la cena—recreación que preparó, en el que creyó que lo había conseguido. Abrir una brecha en su muro. Pero no, en cuanto Summer percibió que bajaba la guardia y que le dejaba vislumbrar un poquito de lo que había dentro, volvió a levantar las barreras a toda prisa. Después de eso no había conseguido tener una nueva conversación con ella; lo rehuía. ¿Lo peor de todo? Solo tenía 24 horas para convencerla de que se quedara.

Aquella noche, tras el trabajo, fue al apartamento de Dexter, donde sabía que estaban reunidos sus hermanos. Le habían mandado un mensaje prometiendo cantidades ingentes de alcohol y una cena deliciosa. Nada más entrar por la puerta escuchó el sonido de conversaciones y risas procedentes del salón, donde sus tres hermanos charlaban animadamente sentados en un sofá rinconero pegado a la pared mientras picaban de los distintos platos servidos sobre la mesa de centro.

—Por el olor deduzco que tú no has preparado la cena —dijo Blake ocupando un sitio libre en el sofá. Dexter podía tener muchas facultades, pero ser un buen cocinero no era una de ellas. De hecho, la última vez que intentó cocinar algo, todos acabaron intoxicados, pagando las

consecuencias en sus respectivos cuartos de baño.

—La he comprado en el restaurante de Jolie. Esa mujer cocina como los Dioses.

Todos le dieron la razón. La abuela había tenido mucha suerte de conseguir que esa tal Jolie dejara París para ir a trabajar en su hotel en Las Vegas.

Comentaron los resultados del torneo de póker mientras cenaban. La final se celebraría a la tarde del día siguiente y, aunque ya había un favorito, la cosa estaba bastante reñida. A nivel de seguridad habían tenido que actuar en varias ocasiones. Aquellos torneos solían ser carne de cañón de estafadores y timadores profesionales, pero, por suerte, habían solucionado los incidentes a medida que estos se habían ido presentando sin mayor problema.

—¿Y qué? ¿Cómo va la cosa con Arizona? —preguntó Brooklyn, cambiando de tema y centrando su mirada en él.

Dexter y Lucky también fijaron los ojos en su persona y algo le hizo pensar, por sus intercambios de miradas, que ya habían hablado sobre el tema entre ellos. Era evidente que sus hermanos estaban preocupados por él. La tensión de aquellos días le estaba pasando factura. No conseguía descansar y unas ojeras profundas se marcaban bajo sus ojos.

—Mal. Fatal, en realidad. Sigue dispuesta a marcharse mañana cuando termine el torneo. —Blake se frotó el puente de la nariz con aire cansado—. Esta mañana he hablado con ella para ofrecerle un puesto fijo en el área de seguridad, pero no ha querido ni oír hablar de ello. Sigue enfadada conmigo por abandonarla hace catorce años, y nada de lo que le diga o haga cambiará el hecho de que rompí mi promesa entonces.

Blake sabía que todo el rencor que Summer sentía hacia él, tenía como origen aquella promesa rota. Y no podía culparla de ello. Por mucho que hubiera una razón por la que las cosas sucedieran como sucedieron, nada cambiaba el hecho de que él incumplió su palabra. No regresó

a por ella. Se imaginó a la Summer de trece años esperándolo durante meses, llena de esperanza e ilusión por escapar con él. Iban a empezar juntos una nueva vida, una vida mejor, lejos del hambre, las amenazas, los golpes y los insultos. Habían hablado de eso un millón de veces. Sin embargo, Blake no regresó. Dejó que su esperanza languidciera y que esa nueva vida se convirtiera en humo.

—Blake, puede que eso sea lo mejor. Si no va a perdonarte, ¿qué sentido tiene que se quede? —dijo Brooklyn con un encogimiento de hombros.

—Que me perdone es secundario, Brook. Quiero que se quede porque puedo vivir con su desprecio, pero no con su ausencia. Llevo años buscándola, ahora que la he encontrado no soportaría perderla de nuevo.

—Eso ha sonado muy melodramático, como se nota que eres un Royal —dijo Dexter para rebajar la tensión del ambiente.

—Pues para ser un Royal la capacidad de persuasión la lleva regular —añadió Lucky con una sonrisa ladeada—. Los Royal siempre conseguimos lo que nos proponemos, aunque para ello haya que recurrir a métodos poco ortodoxos.

—¿Qué propones que haga? ¿Secuestrarla?

—Yo estaba pensando más bien en sexo. En horas y horas de sexo satisfactorio.

—Lucky, no estoy de humor para gilipollecés —masculló Blake atravesándolo con una mirada cargada de amargura.

—Hablo en serio —insistió Lucky con un movimiento de cejas sugerente—. La de veces que un cunnilingus me ha ayudado a alcanzar mis objetivos.

—Hermano, estoy contigo —dijo Dexter, e hizo chocar sus copas con una sonrisa pícaro

dibujada en la cara.

—En días como este me alegro de ser adoptado y no compartir genes con estos. —Blake negó con la cabeza.

—Ojalá pudiera decir lo mismo —masculló Brooklyn mirando de reojo a Dexter.

Lucky y Dexter soltaron una carcajada al unísono.

—Blake, tienes que admitir que entre Arizona y tú existe una tensión sexual bastante asfixiante —apuntó Dexter.

Blake no lo negó, en su lugar se dedicó a jugar con los hielos de su bebida removiéndolos con la pajita. Puede que hubiera intentado ignorar la forma en la que Summer lo atraía, pero él mejor que nadie sabía que negar la evidencia no había servido de nada, porque, por las noches, solo, en su habitación, había dejado que las fantasías y su mano derecha dieran rienda suelta a ese deseo reprimido. Aquello no era algo del todo nuevo. Años atrás, siendo solo un niño, ya había sentido esa tensión hacia ella. Al principio de una forma ingenua, intangible, y después con manifestaciones físicas que lo avergonzaban, como cuando se empalmaba en situaciones que tiempo atrás habían sido del todo inocentes, como que Summer se sentara en su regazo o se paseara en ropa interior en su presencia. Sin embargo, ahora, ya no eran dos niños que desconocían el mecanismo del deseo. Ahora, ambos eran adultos y la energía sexual que los oprimía era tan evidente que estaba convencido de que Summer también la notaba.

—Ese no es el punto, tíos, el punto es que mañana se acaba el plazo para conseguir que Sum... Ari —se obligó a corregir su nombre a pesar que en su mente Arizona siempre era Summer— se quede.

—Y yo solo te recordaba que un Royal sabe cómo debe jugar sus cartas para ganar la partida —dijo Lucky.

Después de eso, cambiaron de tema, pero Blake no pudo dejar de pensar en Summer y en el reloj de arena invisible que planeaba sobre su cabeza contabilizando el tiempo que faltaba para que ella se marchara.

13

Arizona



El último día de su estancia en el Royal Vegas, Arizona salió de la suite que había estado ocupando con una sensación extraña en el pecho. Por fin había cumplido su parte del trato y, desde esa noche, en cuanto se proclamara el vencedor del torneo, ella era libre de ir donde quisiera. El mundo volvía a ofrecerse ante ella. Podía elegir destino y, simplemente, dirigirse a él. Seguir con su vida como si nada hubiese ocurrido. Como si Blake Royal no se hubiera cruzado en su camino para cambiarlo todo, una vez más.

La ansiedad. Era eso lo que no estaba acostumbrada a sentir. Tampoco lo esperaba. Pensó durante todos los días que duró su estancia que el último día sería el más feliz en mucho tiempo para ella, pero se descubrió sintiendo que una parte de ella no solo estaba triste, sino que sentía una agitación constante. Incluso, si se concentraba, le costaba tragar saliva con normalidad. Y, aun así, cuando Blake intentó hablar con ella a la hora del desayuno, se limitó a decirle que tenía que tomar un café y marcharse dejándolo con la palabra en la boca. Pasó la mañana trabajando, preparándolo todo para el torneo, que sería aquella misma tarde y con suerte no se alargaría demasiado, porque no estaba preparada para meterse en la madrugada con una partida importante de por medio y Blake rondando por allí, como jefe que era.

Se sentó al lado de Dave y centró su visión en las pantallas.

—No descarto pasearme luego por la sala de juegos —le dijo—. Me encanta la tensión que se respira en una final.

—¿Has ganado muchas?

—Las suficientes para saber lo bonito que es.

—¿Y qué has hecho con el dinero? —Ella lo miró impasible y él pareció incómodo—. Los premios en estas finales son suculentos y tú...

Dejó la frase en el aire, pero ella lo entendió perfectamente. Ella no vestía como una chica que hubiera gastado varios torneos. No tenía un estilo de vida derrochador ni mucho menos, y sus pertenencias cabían en una maleta pequeña, así que era lógico que Dave se preguntara qué había hecho con el dinero. Podría haberle contado que se quedaba con lo que consideraba esencial y donaba el resto, pero no había intimidado tanto con Dave, ni con nadie, en aquellos días. Esa era una información que prefería guardar para sí misma, así que optó por lo fácil: mentir.

—Soy una mujer de gustos caros.

—Pero ¿qué te gusta? No llevas joyas, tu teléfono es bastante antiguo y...

—Si sigues halagándome así voy a caer rendida a tus pies.

—Sería un milagro que tú cayeras rendida ante nadie.

La voz de Blake la sobresaltó y se giró en la silla para mirarlo. Fue una idea pésima, porque su postura, apoyado en el quicio de la puerta, con las manos en los bolsillos en actitud despreocupada y aquella sonrisa matadora, hizo que el corazón de Arizona se saltara un par de latidos.

—Oír conversaciones ajenas es de muy mala educación. ¿Acaso no te lo han enseñado nunca?

—He aprendido muchas cosas. Retengo las que me interesan.

—Oh, y te interesa oír mis conversaciones porque...

—Porque me interesa todo lo que tenga que ver contigo, evidentemente.

A Arizona no le pasó desapercibido el carraspeo estrangulado de Dave, que no podía ocultar su sorpresa. Ni él ni el resto de trabajadores eran estúpidos y ella sospechaba que todos sabían que había algo entre los dos, pero estaba segura de que no tenían ni idea de cuál era el pasado que los unía. Dave no parecía mal tío, pero solía ser torpe en las conversaciones sociales, así que lo habría soltado en algún momento. Y aunque pareciera tonto, una parte de ella se sintió agradecida de que Blake no hubiera contado a todo el mundo quién era ella y de qué se conocían.

—Le comentaba a Dave que quizá luego baje a la sala a mirar el juego en directo.

Blake la miró atentamente sin decir ni una palabra, algo raro en él y que puso los pelos del cuerpo de Arizona de punta. Finalmente sonrió, le enseñó sus preciosos. Y alineados dientes blancos y encogió ligeramente los hombros.

—Me apunto.

—No recuerdo haberte pedido que me acompañes.

—Hasta donde yo sé, no necesito que nadie me pida que pasee por mi hotel.

—Eso ha sido demasiado presuntuoso.

—Soy presuntuoso, cariño, asúmelo.

Arizona puso los ojos en blanco y Blake rio de un modo que hizo que ciertas partes de su anatomía femenina se estremecieran. Dios, debería estar prohibido tener una risa como esa, y mucho más si iba acompañada de un físico como el de Blake. Era demasiado matador.

Ella no respondió, no dijo nada más, pero, cuando pasadas un par de horas quiso aprovechar que no lo veía por ningún lado para ir a la sala, se encontró con que él estaba en el mismo ascensor que ella había cogido.

—¿De paseo sin mí?

Arizona apretó los dientes, convencida de que él la espiaba. ¿Cómo iba a saber, si no, que cogería ese ascensor a esa hora? Tenía que espiarla. O quizá lo que ocurría era que el destino la odiaba. En cualquier caso, se cruzó de brazos y apoyó la espalda en el cristal del ascensor.

—Estaba segura de que podrías verme por las pantallas o alguno de tus súbditos te avisaría de mi presencia. ¿No es así como funciona? Un ejército para ti solito, para que puedan lamerte el culo a placer.

—Eres muy desagradable cuando quieres.

—Oh, ni te imaginas lo desagradable que puedo ser, cielo.

—Sí, creo que sí lo imagino, cariño.

Ella no contestó, porque hacerlo implicaría entrar en una guerra verbal para la que no estaba lista, por mucho que le molestara admitirlo. En cambio, salió del ascensor en cuanto se abrieron las puertas e invirtió prácticamente todo su tiempo en estudiar el juego de los finalistas, disfrutar de la sensación de nervios y tensión y empaparse de las mejores jugadas para practicarlas ella misma a partir del día siguiente, cuando volviera a estar en el lado del jugador.

Por fortuna, no fue un torneo largo. Antes de medianoche el vencedor alzaba su trofeo

orgullosa y, cuando le entregaron el cheque, dio un discurso absurdo sobre las personas a las que agradecía su triunfo. Arizona jamás había hecho eso. No entendía esa necesidad de dar un discurso digno de los Óscars por ganar una maldita partida de póker. Aun así, se guardó para sí misma sus opiniones y, cuando estaba a punto de volver a la suite para hacer su maleta, Blake la interceptó.

—Por favor, Arizona, quédate unos días más.

Lo miró a los ojos, consciente de que, tratándose de Blake, pedirle aquello por favor le había costado lo suyo, pero no cedió. Y no lo hizo porque le apeteciera marcharse. En realidad, le sorprendió mucho ese pensamiento, pero así fue. Lo hizo porque estaba convencida de que quedarse sería poner su corazón en un juego que no podía ganar. Cuando se trataba de Blake, ella siempre perdía.

—Es hora de seguir mi camino, Blake. No me lo pongas más difícil.

—Pero...

—Deja que me marche. Olvídate de mí. Lo hiciste una vez. Sabrás cómo hacerlo de nuevo.

Apresuró el paso para marcharse y, cuando casi estaba en la suite, sintió unos pasos tras ella. Se giró, pensando que sería Blake y dispuesta a pelear, pero a quien se encontró fue a Brooklyn Royal, el hermano mayor de Blake, acercándose a ella con la solemnidad que lo caracterizaba. Era el hermano al que menos había oído hablar, pero algo le decía a Arizona que, cuando aquel hombre quería decir algo, nada ni nadie podía impedirselo.

—Os he oído —dijo sin preámbulos—. Os he oído, y he visto a mi hermano marcharse cabizbajo de vuelta al bar. No has sido muy agradable.

Arizona, lejos de achantarse, elevó una ceja en actitud chulesca.

—¿Y debería serlo porque...?

—Porque estás equivocada y tu actitud de mierda no te deja ver la realidad.

—¿Cuál es la realidad, según tú?

—Blake fue a buscarte, Summer. —Arizona abrió la boca para protestar, pero él siguió hablando—. Te buscó incansablemente. Y te llamo Summer porque es por ese nombre por el que he oído hablar de ti durante años. Años. Jamás se ha olvidado de ti y si dejaras esa actitud de mierda te darías cuenta de que digo la verdad. —Ella se quedó mirándolo boquiabierta, pero él no se detuvo—. Si quieres irte, vete, pero antes deja que hable. Pídele explicaciones, deja que te las dé y si cuando lo haga todavía quieres largarte, bien, pero deja de hacer el idiota y compórtate como la mujer adulta y sensata que pareces casi todo el tiempo.

—¿Casi?

—Cuando Blake y tú estáis juntos, ninguno de los dos consigue ser mínimamente sensato. Es desquiciante, pero todavía no sé si es bueno para vosotros o no.

—Oye, mira, Brooklyn...

—Una charla. Una simple charla. ¿Tan cobarde eres que no puedes soportarlo?

No esperó su respuesta. Se giró, cuan alto era, y caminó sobre la alfombra mientras Arizona observaba su ancha espalda enfundada en aquel traje a medida y sentía que acababa de caer en una trampa mortal, porque por mucho que quisiera, no podía largarse de allí sin concederle esa maldita charla a Blake. Aunque el corazón se le rompiera más, que seguramente lo haría.

Lo haría, porque Arizona era muchas cosas, pero desde luego no era una cobarde y pensaba demostrárselo a todos los malditos Royal.

14

Blake



Blake se quitó la corbata y la lanzó, con desgana, sobre la cama. Después del desplante de Summer, había decidido marcharse a su apartamento para descargar su frustración y amargura a gusto sin tener que soportar los comentarios bienintencionados de sus hermanos. No estaba de humor. De hecho, estaba a un paso de empezar a romper cosas, y eso era algo que no hacía desde que Max lo apuntó a terapia para mejorar su autocontrol. Seguía sin tolerar demasiado bien las emociones negativas, pero al menos ya no rompía cosas. Ahora, como mucho, daba golpes al saco de boxeo que había en el gimnasio equipado del hotel.

Dejó la americana apoyada sobre una silla y se sentó en la cama, sintiéndose, de repente, exhausto. Los torneos de póker siempre suponían una presión extra para él. Como jefe de seguridad sentía una gran responsabilidad durante aquellos días, porque todo se volvía más intenso y cualquier paso en falso podía acabar convirtiéndose en un titular desafortunado en algún periódico importante que dejara en entredicho la reputación del hotel. En esa ocasión, además, a todo eso debía sumarle su situación con Summer. Dios, aquello sí que había elevado sus niveles de estrés al máximo. La incertidumbre sobre si conseguiría o no convencer a Summer para que se quedara, lo había llevado al límite. Y, según parecía, iba a marcharse. Después de tantos años buscándola, después de tantos años soñando con el reencuentro, Summer estaba dispuesta a irse al día siguiente sin mirar atrás.

Tragó saliva con fuerza y notó la sequedad quemándole la garganta. Salió de su dormitorio en busca de algo para beber y, en ese mismo momento, la puerta del apartamento se abrió y Summer entró por ella.

Blake no estaba preparado para un segundo round con Summer. Las batallas dialécticas a las que esta le sometía eran extenuantes, y aún estaba intentando digerir la última. Sin mirarla, se dirigió hacia la cocina, pero no llegó demasiado lejos porque ella le barró el paso mirándolo con los ojos cargados de determinación.

—¿Fuiste a buscarme a Reno? —Blake entrecerró los ojos, sin comprender, y Summer añadió con impaciencia—: Responde, Blake. Hace catorce años, ¿regresaste a por mí?

—Pero ¿cómo...? —empezó a preguntar sintiéndose a cada segundo que pasaba más confundido.

—Brooklyn me lo ha contado. Bueno..., no me ha contado mucho. Solo me ha insinuado que estoy equivocada respecto a ti y que me debes muchas explicaciones. Y aquí estoy, intentando sacar algo en claro. —Su voz sonó estrangulada y vio una chispa prender en el fondo de sus ojos.

Sin embargo, que Brooklyn hubiera abierto la boca sin su permiso, encendió a Blake.

—Joder, ¿es qué en esta familia nadie es capaz de respetar los límites?

—Espero una respuesta, Blake. Regresaste a por mí, ¿sí o no? —Se enfrentó a él, altiva, allanando su espacio personal hasta que sus cuerpos quedaron tan cerca que Blake prácticamente podía sentir el calor que emanaba su piel a través de la ropa.

Que le hiciera esa pregunta, atacándolo de aquella manera, lo puso a la defensiva.

—¿Y qué importa si lo hice? Dime, ¿qué cambiaría eso? Llevo días intentando acercarme a

ti, hablar contigo, y lo único que he conseguido de tu parte hasta la fecha han sido malas contestaciones y desprecio. —Dio un paso al frente acabando de vencer el poco espacio que les separaba—. ¿Mi respuesta a tu pregunta hará que te replantees la decisión de marcharte mañana?

—No —respondió Summer intentando parecer segura de sí misma, pero Blake notó la duda tomando el control de su voz—. Esa decisión está tomada. No hay nada que me ate aquí, Blake Royal, pero necesito saber la verdad sobre esto, porque no quiero irme sin cerrar el pasado del todo.

Blake rio con amargura.

—Hablas de cerrar el pasado como si eso fuera posible, Summer, y no lo es, al menos no para mí. —Apretó los puños con fuerza, con la ira desatada en su interior—. En estos catorce años nunca te he olvidado, ¿cómo se puede olvidar aquello que forma parte de ti? Fuiste familia, Summer, ¡maldita sea! —Se lamió el labio inferior con el enfado tensionándole el mentón, y añadió—: Tú y yo para siempre, ¿recuerdas?

Al decir esas últimas palabras, los ojos de Summer se agrandaron por la sorpresa y el reconocimiento, y como si de repente el aire que los envolvía se hubiera vuelto asfixiante, dio un paso hacia atrás.

—No vuelvas a decir eso.

—¿Por qué?

—Porque me duele —dijo con la voz enroquecida.

—Summer... —susurró al darse cuenta de que, frente a él, Summer estaba bajando todas las barreras.

—Y porque no es cierto.

—Regresé a por ti —dijo de pronto, ofreciéndole, al fin, la ansiada respuesta a su pregunta —. ¿Quieres saber la verdad? Regresé a Reno a por ti, sí, lo hice. O al menos lo intenté. Me escapé de mi habitación de madrugada, cogí un autocar nocturno con destino a Reno y, nada más llegar, me encontré a Max sentado en uno de los bancos de la estación de autobuses. Por lo visto, uno de los trabajadores del hotel me había pillado saliendo a hurtadillas y lo habían alertado, y él, sabiendo de tu existencia, había anticipado mis pasos. Así que condujo toda la noche hasta Reno solo para estar allí cuando yo llegara. Por aquel entonces la adopción ni siquiera estaba formalizada aún, quedaba parte del papeleo, pero él se portó como un padre de verdad. Me pidió que me sentara a su lado y me preguntó por mis intenciones. Fui sincero, porque hay algo en Max que te impide mentirle, y él me dijo algo que siempre recordaré: “¿Qué puedes ofrecerle, Blake? Eres menor de edad, no tienes trabajo ni perspectivas de conseguir uno. Si no puedes ofrecerle algo mejor de lo que tiene, déjala marchar”. Y tenía razón, ¿qué podía ofrecerte yo? En un mundo ideal, lo único importante era estar contigo, pero en el mundo real, eso no era suficiente, no podía darte nada.

Los labios de Summer se separaron suavemente y Blake no pudo evitar pensar en lo apetecibles que le parecían, incluso cuando sus ojos lo atravesaron llenos de furia.

—¿Que no podías darme nada? ¡Yo ya no tenía nada, Blake! Solo te tenía a ti, y me abandonaste. No tienes la menor idea de lo traicionada que me sentí cuando comprendí que me habías mentido, que no regresarías. Y esperé meses, ¡qué digo meses! ¡Esperé años! Tomaste la decisión más beneficiosa para ti, pero no para mí, porque mi vida después de ti fue un infierno. Tú, en cambio, te convertiste en un Royal.

—Me convertí en un Royal, sí, pero en un Royal incapaz de olvidarte.

—Oh, venga. Hay algo de toda esta historia que no me cuadra, Blake. Si tanto pensabas en mí, ¿por qué nunca te pusiste en contacto conmigo? Podías haberlo hecho, por carta, teléfono o

paloma mensajera, pero en lugar de eso optaste por lo más fácil: el silencio.

—No tienes la menor idea de lo que dices. Renunciar a ti es lo más duro que he hecho en mi puta vida.

Habían subido tanto el tono de la conversación que hablaban con las respiraciones aceleradas. Durante unos segundos, se miraron a los ojos, en silencio, interrumpidos solamente por el sonido del aire que entraba y salía de sus pulmones.

—Te busqué —prosiguió Blake—, al cumplir los dieciocho, te busqué, pero desapareciste del mapa. Contraté a un detective privado y me contó que habías pedido la emancipación y que después de eso no había rastro de ti. Supongo que al cambiar de nombre lograste que Summer desapareciera. Fuiste hábil borrando tus huellas. Sin embargo, siempre tuve la esperanza de que volverías a cruzarte en mi camino. No podía ser de otra manera, porque tú y yo estábamos predestinados a reencontrarnos.

—Blake... —susurró Summer que parecía conmocionada por toda la información recibida.

—Sigues sin comprenderlo, ¿verdad? —preguntó, esta vez usando el tono de voz más suave que encontró en su repertorio—. Te quería. Era un niño, no sabía etiquetar sentimientos, pero te quería. Te quería tanto que te dejé marchar porque estaba convencido de que eso era lo mejor para ti, a pesar de que hacerlo me rompió en mil pedazos. Pedazos que, por cierto, aún no he conseguido reconstruir del todo. —Se quedó unos segundos en silencio y luego, añadió—: De hecho, hay una parte de mí, una parte imprudente y poco sensata, que nunca ha dejado de quererte.

Sus palabras quedaron suspendidas en el aire y supo, antes de que Summer hablara, que su mundo estaba a punto de estallar de nuevo. No sabía muy bien hacia qué dirección estallaría. Pero después de haber abierto su corazón de aquella manera, no había vuelta atrás. Estaba a una

jugada de ganarlo o perderlo todo.

Arizona



Arizona miró a Blake sin poder creer que de verdad hubiera dicho aquello. ¿Quererla? ¿A ella? ¿Podía ser eso cierto? Dios, no quería soñar con algo así, pero tenía que reconocer que cada vez le costaba más convencerse de que Blake era un mentiroso. ¿Cómo no iba a costarle si estaba allí mirándola como si ella fuera una especie de aparición divina? ¿Podía alguien mentir mostrando sentimientos tan profundos? Ella misma estaba sintiendo cómo caían sus barreras, lo que era un problema, pero, al mismo tiempo, una liberación, porque de algún modo necesitaba que él viera todo lo que había sufrido.

—Si hubieras venido a buscarme de verdad, yo no sería quien soy, y todavía no sé si eso es bueno o malo —admitió con voz ronca.

—Summer... —dijo en un susurro que consiguió erizarle la piel.

Al ver que no obtenía ninguna queja por el hecho de haber usado su nombre real, Blake alzó la mano y acarició su mejilla con dulzura. Fue como si una descarga eléctrica la recorriera de arriba abajo. De pronto, lo único que le importaba era la necesidad que sentía y que él era quien podía calmar sus ansias, así que colocó una mano en su pecho y trepó por él con suavidad, disfrutando del modo en que los ojos de Blake se agrandaban con sorpresa.

—Tócame —susurró—. Tócame.

Quería decir más, pero no podía, y Blake, al parecer, tampoco lo necesitaba, porque su cuerpo se cernió sobre el de ella en cuestión de segundos. Lo vio acercarse a sus labios y la certeza de que Blake Royal iba a besarla la hizo temblar como una hoja al viento, lo que paró las intenciones de Blake.

—No quiero hacer nada que no quieras.

Aquellas palabras, demostrándole toda la contención del mundo, acabaron de romper el dique emocional de Arizona, que dio un paso al frente y se abrazó a su cuerpo mientras Blake gemía y, esta vez sí, acertaba la distancia entre sus labios. El primer beso fue dulce, tentativo, apenas un roce cariñoso, pero eso duró solo un segundo. Enseguida Blake tomó el control, abrazándola de un modo que la hizo sentir completamente protegida y abriendo su boca con los labios para luego introducirle la lengua buscando la suya. Arizona, o más bien Summer, siempre supo que besar a Blake sería así: demandante, pero no duro. Había tal urgencia en sus besos que ella se contagiaba porque no había nada que deseara más que besarlo a placer hasta olvidar todo lo que habían pasado para llegar a ese punto.

—Te necesito —gimió él—. Dios, Summer, te necesito tanto.

Ella gimió en respuesta, no podía hablar, pero sí que tentó los botones de su camisa, soltándolos y descubriendo el torso de Blake, duro y perfectamente esculpido. Dejó de besarlo un segundo para mirarlo y pasar las manos por él y sintió el modo en que Blake se estremecía, pero no le importaba. Había soñado aquello demasiado como para no recrearse. Besó la zona baja de su cuello mientras sentía con la palma de su mano el modo en que su corazón latía desbocado. Tiró de la camisa para bajarla por los hombros y se preguntó, por un instante, si debería dejar que él tomara el control. Luego se dijo a sí misma que, si iba a acostarse con Blake, no pensaba hacerlo esperando unas supuestas pautas. Lo haría como le nacía a ella, tocaría, besaría y lamería

a placer y contaba con que él hiciera lo mismo, porque si iban a estar juntos solo una vez, quería que fuera totalmente sincera, sin barreras y absolutamente memorable.

—Eres perfecto —susurró—. Eres... precioso.

Vio el destello de los dientes de Blake cuando este esbozó una sonrisa rápida, pero enseguida se distrajo, pues él coló una mano bajo su ropa y acarició directamente su estómago.

—Estoy jodidamente convencido de que aquí, de los dos, el único ser humano perfecto y precioso eres tú. —Se agachó para lamer su cuello—. He soñado con quitarte la ropa y enterrarme dentro de ti desde que volví a verte, Summer.

—Hazlo —gimió, y no sabía si odiaba o no el tono suplicante de su voz—. Blake...

Él no respondió enseguida, pero la sorprendió alzándola en brazos y llevándola hacia la cama de su suite. Al abrir la puerta, Summer reparó vagamente en que era exactamente igual que la de ella, pero luego él la depositó sobre el colchón, comenzó a desnudarla y se olvidó de todo lo demás. Con cada botón que Blake soltaba, la necesidad de ella crecía y se desbordaba. Para cuando estuvo tumbada en ropa interior, con él vistiendo solo el pantalón de traje, Summer estaba tan caliente y ansiosa que apenas se veía capaz de articular palabra.

—Joder.

El modo en que él la miraba, acompañado de esa única palabra, la hizo sentir segura y poderosa. Arqueó la espalda, ofreciéndose, y él gimió, soltando el botón de su pantalón, deshaciéndose de él y quedando frente a ella solo con un bóxer tan hinchado que, esa vez, la que gimió fue ella, provocando la sonrisa de él.

—Ven aquí... —pidió.

—No vas a tener que repetirlo —dijo él abriendo sus piernas y colándose en medio.

—Quítatelo todo.

Blake la miró intensamente, como si buscara algún resquicio de broma en sus palabras o su actitud. Evidentemente no lo encontró, por eso bajó las manos y arrastró su bóxer por sus largas piernas. Su polla quedó a la vista de ella tan espectacular como el resto de su cuerpo y Summer no resistió el impulso de bajar un dedo y acariciarlo a lo largo y ancho, provocando que él jadeara de placer.

—Esto, fuera —dijo tirando de sus braguitas mientras ella misma se quitaba el sujetador.

Quedaron desnudos, no solo de cuerpo, sino también de alma, a juzgar por la mirada que él le dedicó. Blake abrió sus rodillas, se agachó y, cuando Summer se dio cuenta de lo que pretendía, resistió a duras penas sin gemir su nombre en alto. Su lengua se posó entre sus piernas ávida y sin titubear. Quería arrancarle un orgasmo e iba a conseguirlo en un tiempo tan corto que a Summer le parecía un tanto ridículo. Sin embargo, se entregó a las sensaciones, y si tenía el orgasmo más rápido de la historia, que así fuera. Blake lamió, chupó y mordisqueó su clítoris y hendidura hasta que ella estuvo jadeante y suplicó un poco más. Entonces él hizo amago de meter un dedo en su interior y ella lo frenó.

—A ti. Te quiero a ti.

Blake gimió, se alzó y cogió un condón de su mesita de noche. Lo enrolló en su erección en un segundo y volvió a colocarse entre sus piernas, pero esta vez con su polla en la entrada de su vagina.

—¿De verdad quieres...?

Por toda respuesta y antes de que acabara la frase, al propia Summer lo empujó del trasero, introduciéndolo dentro de su cuerpo y gimiendo al sentirlo caliente y vibrante, abriéndose paso en su interior. Ambos gimieron, se besaron y se contorsionaron hasta que él estuvo enterrado en

el fondo de su cuerpo y ella estalló en el orgasmo más glorioso que hubiera tenido nunca mientras Blake la miraba alucinado y con la mandíbula tensa.

—Joder, estar dentro de ti casi hace que me corra. Estar dentro de ti mientras tú te corres es lo más insoportable y maravilloso que me ha pasado nunca.

Ella habría reído en cualquier otro momento, pero estaba demasiado ocupada abandonándose a las mejores sensaciones del mundo. Lo abrazó por el cuello, lo atrajo hacia su boca y alzó las caderas, buscando más fricción.

—Quiero más.

—A tus órdenes, cariño.

Blake empezó a moverse mientras la besaba, acariciaba y le susurraba cuánto la deseaba. Y Summer lo creyó, porque era imposible que hubiese un ápice de mentira en unas palabras que sonaban tan necesitadas como sinceras. Se movió con él, mordiendo su cuello y acariciando su espalda, o su trasero, o su torso según la ocasión merecía, y cuando sintió el segundo orgasmo subir por su columna vertebral, separó su boca de la de él y lo miró a los ojos.

—Córrete conmigo.

Quería que fuera una petición, pero sonó más a súplica y, aun así, no le importó, porque el modo en que los ojos de Blake se fundieron le dijo que había dicho justo lo que él necesitaba oír también.

Blake buscó sus manos, las entrelazó y las subió sobre la cabeza de Summer. Ambos se movieron con la necesidad de sus cuerpos y, cuando estallaron, lo hicieron juntos, mirándose a los ojos y sonriendo.

Y ahí, justo en ese momento, fue la primera vez que Summer se sintió en casa.

Arizona



El sol de la mañana se coló por la ventana de la habitación bañándolo todo con una luz pura y luminosa que agitaba las partículas de polvo en el aire. Arizona abrió los ojos, desperezándose, con la sensación de cansancio y satisfacción recorriendo cada músculo de su cuerpo. Una sonrisa tonta se esbozó en sus labios al recordar todo lo sucedido la noche anterior. Blake se había abierto a ella, y lo había hecho rompiendo todas y cada una de sus barreras hasta colarse en su interior, hasta desnudarla. Se mordió el labio al pensar que, de hecho, la había desnudado de todas las maneras posibles.

Aún medio adormilada, miró al hombre que dormía plácidamente a su lado. La sábana había resbalado por su cuerpo hasta dejarlo prácticamente todo al descubierto. Se le arrebolaron las mejillas al recordar que, apenas unas horas antes, había cubierto con su boca cada centímetro de aquella piel color chocolate. Después de aquella primera vez, dulce pero exigente, Blake y ella habían repetido hasta el amanecer. Dios, el sexo con él había sido maravilloso, casi de otro mundo, nada ver con los otros hombres con los que Arizona había estado. No es que su lista de amantes fuera muy numerosa, pero sí lo suficiente para comparar

Tras aquellos minutos de regocijo, otra emoción, agri dulce, tomó las riendas del momento.

¿Qué se suponía que debía hacer ahora? Hasta la noche anterior había tenido claro que

marcharse era la opción correcta. Ella era una nómada. Desde hacía años, viajaba de aquí para allá sin atarse a nada y nadie. Desde el abandono de Blake catorce años antes, no había habido otro ser humano por el que ella hubiera sentido un mínimo de apego. Y estaba dispuesta a volver a esa vida después del torneo de póker, pero ahora... Ahora que Blake le había confesado sus sentimientos, después de saber que él sí había ido a buscarla, que había querido lo mejor para ella, ya no tenía claro que marcharse fuera la opción correcta.

En su habitación esperaba la maleta con todas sus pertenencias lista para su marcha. Blake dormía profundamente, por lo que podría levantarse de la cama sin que él se diera cuenta y escapar a esa vida cómoda que hacía años que llevaba. No tenía un lugar al que llamar hogar, cierto, pero nunca lo había querido, porque soñar con un hogar era desear cosas con las que Arizona no se sentía cómoda. Había gastado tantas energías en sobrevivir, en ser independiente y tener una vida digna, que todo lo demás había quedado relegado a un segundo plano. De hecho, cuando pensaba en el futuro, no veía nada. Solo un gran lienzo en blanco que no sabía cómo llenar.

Desde que Blake había vuelto a entrar en su vida ese lienzo en blanco había empezado a llenarse de oportunidades, y después de pasar la noche juntos incluso empezaba a ver color donde antes solo había vacío. No quería dar a Blake el poder de llenar sus mañanas, porque le había robado los ayeres, pero no podía evitarlo. Porque lo había dejado entrar de nuevo, le había dejado entrar en su mundo y no se imaginaba huyendo de allí sin despedirse. Le parecía mezquino y cruel. Incluso para ella, que había forjado su carácter hasta acabar convirtiéndose en una mujer dura cuyas prioridades se centraban en su propia persona, actuar de esa manera le parecía egoísta.

Sintió una opresión en la garganta al verse envuelta en esa maraña de pensamientos contradictorios. Llevaba años manteniendo a Summer contenida en el fondo de su ser, sin darle ni voz ni voto a la hora de tomar decisiones, y, sin embargo, ahora parecía emerger con fuerza,

interponiéndose en la voluntad de Arizona. Summer siempre le había parecido una perdedora, alguien que no interesaba lo suficiente a nadie como para querer adoptarla o quedarse con ella. En cambio, Arizona era todo lo contrario. Arizona era una mujer hecha a sí misma que se había inventado su propio presente a base de esfuerzo y trabajo duro. Y una pizca de suerte, eso también era cierto, porque aprender a contar cartas había sido un antes y un después en su vida de adulta. Aquello le había dado estabilidad, le había permitido ayudar a los más necesitados y a dormir en una cámara mullida todas las noches.

—¿En qué piensas? —La voz de Blake la sacó de aquel remolino de pensamientos confusos y la devolvió a la realidad.

Había estado tan concentrada en su debate interno que no había reparado en el hecho de que Blake hubiera despertado y estuviera mirándola de costado, apoyado sobre su codo derecho. Sonreía de medio lado y no pudo evitar fijarse en sus dientes alineados, que acompañaban a la sonrisa más sexy que hubiera visto nunca.

Catorce años antes, a pesar de ser solo una niña, ya había reparado en su atractivo. ¿Cómo no hacerlo? Todas sus compañeras de clase comentaban lo bueno que estaba y lo mucho que la envidiaban por vivir juntos, y ella se limitaba a sonreírles quedamente mientras pensaba en su fuero interno que, por mucho que un hormigueo caliente se extendiera por su pecho cada vez que le veía, solo eran amigos. Casi hermanos.

Sacudió la cabeza. Dios, aquella mañana estaba especialmente dispersa.

—En realidad, en nada —mintió, porque arrastrarlo hasta su cacao mental no era algo que le apeteciera mucho en aquel momento, y más cuando el cuerpo desnudo de Blake le hacía relamerse los labios con ganas de repetir lo que habían hecho durante toda la noche.

—Ajá. —La sonrisa de Blake se amplió y, cogiéndola de la cintura, la pegó más a él, hasta

que sus cuerpos se tocaron—. Me alegro, porque pensar demasiado de buena mañana no es sano.

—¿Y eso quién lo dice?

Blake se mordió el labio, travieso.

—Yo, lo digo yo.

Arizona se carcajeó, aunque la risa se extinguió en el momento que Blake la besó y sintió su erección contra los muslos.

—No sabes lo mucho que me ha gustado verte en mi cama al despertar —dijo Blake con la voz enroquecida. Se posicionó sobre ella, entre sus piernas, y mordisqueó su barbilla de forma juguetona—. Dios, Summer, sé que tenemos mucho de lo que hablar aún, que nos debemos muchas explicaciones, pero si no entro en ti ahora mismo creo que no voy a poder soportarlo. Necesito sentirte. Ahora.

Gimiendo, Arizona rodeó su cintura con las piernas para sentirle más cerca. ¿O fue Summer? Quizás las dos. Porque en aquel momento ya no sabía bien bien cuál de las dos mujeres que vivían dentro de ella era la que mandaba.

Blake había dado en el clavo al decir que tenían mucho de lo que hablar. Arizona tenía un pasado lleno de sombras, y sabía que, tarde o temprano, tendría que compartir esas sombras con él. Le daba pánico, por supuesto, porque era un pasado del que no se sentía orgullosa, pero sabía que, si se quedaba con Blake, si aceptaba su mano, lo tenía que hacer con todas sus consecuencias. Quizás él aprendiera a amar sus partes malas. Pero no tendrían esa conversación ahora, no cuando sus pieles estaban deseando volver a fundirse en uno hasta estallar en mil pedazos.

Ya tendrían tiempo para eso después.

En aquel momento, lo único que importaba era sentir, entregarse, volar.

Arizona



—No puedo creer que me hayas convencido para hacer esto.

Subida en el ascensor mientras este bajaba al vestíbulo, acompañada de Blake, lo miraba de soslayo mientras resoplaba y él se reía entre dientes.

—No puedes resistirte a mis encantos.

Su sonrisa ladina, su actitud chulesca y el modo en que rodeó su cintura para mordisquear su cuello desde un lateral la estremecieron, pero resopló y adoptó una actitud un tanto altanera.

—Tal como yo lo recuerdo: fuiste tú quién acabó suplicando que hiciera eso tan interesante sobre su cuerpo.

La risa de Blake se desató de pura dicha, era totalmente reconocible la felicidad en él y eso, de alguna forma, hizo que Arizona también fuera feliz. Como si sus emociones se reflejaran en ella. No llevaban juntos de forma íntima ni 24 horas y de algún modo ella ya se sentía como si llevaran mil años, aunque disfrutando de la emoción del primer día.

Se habían pasado el día en la cama, habían comido en ella y, ya por la tarde, los hermanos de Blake se habían presentado en la suite dispuestos a saber qué demonios ocurría. Si no entraron

en la habitación fue porque Blake estuvo rápido, se envolvió en la sábana y salió a toda prisa al salón, donde les prometió a la desesperada que esa noche irían a cenar todos juntos al restaurante de Jolie. Ella se quedó en la cama, entre la risa y el susto de que casi la habían visto desnuda, pero pensando que se había librado cuando oyó la voz de Lucky antes de marcharse.

—¡También tienes que venir tú, Arizona, Summer o como quiera que te llames ahora!

Y Arizona rio. Fue algo impulsivo y no lo midió. Rio con todas sus ganas y cuando Blake entró en la habitación la encontró así, de modo que no le resultó difícil convencerla de que no era mala idea cenar con sus hermanos aquella noche. Luego la distrajo con una sesión de sexo maravilloso y el resto era historia.

Ahora estaba en aquel ascensor, vestida con un vaquero y un jersey y mirando a Blake, que se había puesto vaqueros y jersey también, aunque estaba segura de que lo había hecho solo para que ella no se sintiera inferior. Y eso hacía que su pecho ardiera de nuevo y olvidara que, en realidad, estaba molesta con él por distraerla con buen sexo para que no pensara en ese momento.

—No se me dan bien los hermanos.

—Mis hermanos ya te adoran. De hecho, están muy orgullosos porque a ellos sí parecías tolerarlos y a mí no.

—Bueno, yo diría que te he tolerado bastante bien en las últimas horas. —Los dos rieron—. Ahora en serio: si meto la pata, no puedes enfadarte.

—No lo haré, pero no vas a meterla.

—Te he dicho que no...

—Y yo te he dicho que sí —dijo él cerniéndose sobre ella y atrapándola contra la pared del ascensor—. Aunque, pensándolo bien, a lo mejor deberíamos volver a la cama y...

—Creo que necesito un descanso, me duele todo.

Blake, lejos de ofenderse, sonrió pagado de sí mismo.

—Eso significa que el trabajo ha sido bien hecho.

Sonrieron, se besaron y justo en ese instante las puertas del ascensor se abrieron y una voz conocida llegó hasta ellos.

—¿Ahora es mi turno?

Se separaron al instante y se encontraron de frente con Dexter, que sonreía socarrón mientras a su lado, Brooklyn, ponía los ojos en blanco. No había que ser muy lista para saber de quién habían sido las palabras. Era increíble que Brooklyn y Dexter fueran hermanos de sangre. O sea, físicamente eran muy muy muy parecidos, aunque Brook tenía unas arrugas en las comisuras de los ojos propias de las preocupaciones de las que su hermano carecía, pero tenían una personalidad tan opuesta que costaba creer que hubieran sido engendrados por las mismas personas. Brooklyn era responsable y serio mientras su hermano era inmaduro y juerguista. No tanto como Lucky, que tenía el puesto del Rey y nadie estaba ni siquiera cerca de quitarle la corona, pero sí lo suficiente como para que la diferencia fuese notoria. Según Arizona, Blake y Brooklyn eran los modositos y hermanos mayores y los otros los encargados de dar tormento a la familia.

—Me alegro por ti, hermano —dijo Brooklyn con solemnidad.

Blake afirmó con la cabeza en un gesto tan solemne que Arizona no se vio lista para llevarle la contraria o dejar claro que lo suyo no era nada serio. Aunque, ¿a quién pretendía engañar? Era más serio que cualquier relación que hubiera tenido nunca. Con Blake las cosas funcionaban así. Ellos nunca habían sido nada, pero, de algún modo, siempre lo habían sido todo. Sintió la mano de Blake aposentarse en su cadera cuando rodeó su cuerpo para pegarlo a su costado y, al mirar

hacia arriba, lo vio sonreírle de un modo que la derritió por dentro.

—¿Lista para una cena con mi loca familia?

—Creo que ya estuve en una cena.

—Ah, pero no era lo mismo. Ahí no estabas dispuesta a disfrutar y nos odiabas demasiado —dijo Dexter con naturalidad—. Ahora cuento con que mi hermano haya hecho las cosas lo suficientemente bien como para que no quieras salir huyendo en los postres.

Arizona se ruborizó recordando su escapada la vez anterior, pero todos rieron y la hicieron caminar hacia el restaurante. Cuando entraron, se encontraron con que Lucky ya estaba allí, sentado en la mesa asignada. Tenía una sonrisa perenne en la cara y la mirada un tanto nublada, lo que hizo que Blake frunciera el ceño de inmediato.

—¿Estás fumado?

—¿Qué dices? Sabes de sobra que no fumo.

—Pregúntale más bien por lo que ha bebido —murmuró Brooklyn de mala gana.

—¿Estás bebido? —el tono de Blake ya no era serio, sino enfadado.

—Solo di un par de tragos a lo que Chase estaba tomando de un cóctel. ¿Cómo iba a saber que llevaba alcohol? —Miró a Arizona y sonrió—. No te juntes con ese Chase. Es mala compañía.

Arizona rio, no pudo evitarlo. Lucky tenía ese tipo de personalidad juguetona que hacía que las mujeres, incluso las más ariscas, como ella, se sintieran relajadas y se divirtieran en su compañía. Se sentaron y, mientras esperaba que les tomaran nota, Arizona pudo ver a los hermanos en su conjunto. Altos, fuertes, guapísimos todos. Era un maldito espectáculo y ella, al

ser la única mujer sentada a la mesa, era posiblemente objeto de envidia de muchas en el restaurante, pero eso no le importó. De hecho, por primera vez no le importó ser el centro de varias miradas. Y no le importó porque las caricias disimuladas de Blake y las bromas de sus hermanos hicieron un tándem maravilloso. Pidieron la cena y dejó que Dexter pidiera por todos.

—Pasa tanto tiempo aquí que se sabe de memoria la jodida carta —murmuró Brooklyn en tono de queja.

—¿Por qué voy a comer en otro sitio si aquí la comida es extraordinaria? Y cuando la pruebes, Arizona, tendrás que darme la razón.

Una hora después ella reconocía que, en efecto, la comida era buenísima. Ya la otra vez que cenaron allí lo notó, pero estaba tan tensa y tenía tantas ganas de huir que no pudo recrearse. Esa noche, en cambio, saboreó cada bocado e, incluso, se atrevió a probar ciertas cosas del plato de Blake, lo que inmediatamente desencadenó que todos los hermanos se empañaran en que probara también los suyos.

—Estos idiotas no están acostumbrados a que no se les idolatre hasta por lo que no merecen, como la comida —dijo Blake haciéndola reír.

—Ahí tienes razón —señaló Dexter llamando al camarero—. ¿Puedes decirle a la chef que nos encantaría alabar sus platos en persona?

—Por supuesto, señor.

Cuando el camarero se fue, Dexter miró a la mesa y sonrió.

—Reconozco que no termino de acostumbrarme a que una orden mía valga tanto y se cumpla tan rápidamente.

—Mentiroso —masculló su hermano—. Te encanta dar órdenes y te acostumbraste al

segundo día de llegar aquí.

—Creo que aquí el más humilde soy yo —dijo Lucky, y la carcajada fue tan general que sirvió para dar la bienvenida a Jolie Leblanc, la chef.

—Ah, aquí estás, querida. No puedo dejar de alabar tu comida contigo delante. De verdad. ¡Qué maravilla!

Jolie Leblanc tenía un rostro por el que muchas mujeres matarían, porque apenas llevaba un poco de rímel o, si llevaba maquillaje, no se notaba en absoluto, y aun así estaba preciosa. De labios llenos, nariz perfecta y ojos castaños, almendrados y expresivos, cuando sonrió hasta Arizona tuvo que admirar lo guapa que era, y eso que llevaba el pelo recogido en una coleta cortísima y sujeta con varias horquillas que dejaba ver que, con el pelo suelto, este apenas le rozaría los hombros.

—Tú siempre tan atento, mi querido Dexter.

—Eh, quiero que alguien me diga “Mi querido Lucky” —protestó el menor de los Royal—. ¿Si vengo a desayunar, comer y cenar cada día lo conseguiré?

—Tal vez sí, tal vez no. Empieza a venir y lo comprobaremos —contestó Jolie.

Eso valió la risa de toda la mesa. Chica lista, desde luego.

—Es una comida maravillosa —dijo Brooklyn mirándola con la seriedad y solemnidad que lo caracterizaban—. Entiendo que mi abuela insistiera en traerte con nosotros. Eres una joya, Jolie Leblanc.

Jolie lo miró y Arizona fue perfectamente consciente del momento en que pensó lo atractivo que era. ¡Era imposible no pensarlo! Un hombre así nublaba la razón de cualquiera, más aún cuando hablaba de esa forma tan... suya. Si se juntaba con los hermanos era, simplemente,

imposible resistirse.

—Gracias —dijo un tanto cortada—. Si me disculpáis, tengo mucho trabajo, así que... hasta luego.

Se marchó a toda prisa y Arizona miró a Blake, que tenía los ojos fijos en Brooklyn. Sin embargo, cuando la miró, sonrió, besó sus labios pese a los jaleos que les dedicaron sus hermanos y acarició su mentón.

—¿Postre?

Arizona asintió y Blake pidió algo especializado de la carta. Ella no sabría decir qué, porque por dentro no dejaba de pensar en un tipo distinto de postre. Uno que lo incluía a él sin ropa y con la mirada puesta en ella.

Y fue así como, de pronto, a Arizona le urgía acabar aquella cena cuanto antes.

Blake



A Blake siempre le había gustado observar las espectaculares vistas de la avenida Strip a través de la cristalera de su despacho, pero nunca antes las había disfrutado tanto como en aquel momento, teniendo a Summer gimiendo de placer con la espalda apoyada sobre el frío vidrio. Sus intenciones habían sido honestas al llevarla hasta allí, pero las cosas se habían desmadrado sin proponérselo. Todo había empezado con un beso, un beso inocente que dejó de serlo pronto y terminó con Blake de rodillas y Summer con la falda vaquera enrollada en la cintura. Era fácil dejarse llevar cuando se trataba de Summer. Era como si todo el deseo reprimido durante los últimos días hubiera decidido consumirse ahora que estaban juntos. Aunque aún no habían hablado sobre la naturaleza de su relación, una pulsión dentro de él le decía que lo suyo no sería una más en la lista de relaciones esporádicas que acumulaba. No, eso era imposible, porque se trataba de Summer.

—Oh, Blake... —Summer susurró su nombre entre jadeos y él no pudo más que seguir ofreciéndole placer con la lengua. Le gustaba tenerla así, expuesta a él, vulnerable, dispuesta a recibir lo que él estuviera dispuesto a darle.

Lamió, sopló y mordió.

Dejó que su lengua rozara su parte más sensible hasta que el orgasmo se precipitó y Summer

se convulsionó en un orgasmo que acompañó con un grito ahogado. Una risa se escapó de la garganta de ambos cuando Blake se puso en pie y besó suavemente sus labios.

—Cuando me has dicho que querías tratar un tema conmigo en tu despacho, no pensé que te refirieras a esto —dijo ella, mirándolo juguetona.

Dios, estaba preciosa. Los orgasmos siempre la ponían de buen humor. Eso era algo en lo que Blake había reparado en los últimos días. Tras el orgasmo, la Summer altiva desaparecía y su carácter se teñía con una capa de dulzura que le encantaba.

—Juro que no entraba en mis planes acabar así. —Blake volvió a besarla y tuvo tentaciones de darle la vuelta, bajarse los pantalones y penetrarla así, contra la cristalera, de cara a la ciudad. Aunque la polla apretaba con ganas dentro de los pantalones, no lo hizo, porque realmente la había llevado hasta allí con otro propósito. Además, estaban en su despacho, y él nunca practicaba sexo en su despacho. Eso era algo más del estilo de Lucky o Dexter—. Por favor, siéntate. Tenemos que hablar sobre trabajo.

Con una sonrisa ladeada, Blake guardó en el bolsillo las bragas de encaje negro que le había quitado para practicarle sexo oral y se sentó en su sitio. Summer no se las pidió, ni siquiera se quejó. Lo miró divertida a través del asiento enfrente al escritorio.

Solo habían pasado dos semanas desde que Blake reconoció a Summer dentro de la sala de operaciones. En aquella ocasión ambos terminaron en aquel mismo despacho intercambiando una retahíla de reproches cruzados. Deseó entonces que ella se quedara, por eso la extorsionó como lo hizo. Y sufrió, ¡vaya si sufrió! Durante los días posteriores a ese primer encuentro ella se cerró en banda a escucharle. Pensó que la perdía de nuevo, que ella se iría y que su rastro volvería a desaparecer como sucedió años atrás. Sin embargo, un golpe de suerte, o, mejor dicho, un hermano más bocazas de lo debido, había acabado precipitando la reconciliación. Habían aclarado parte de las cosas que ocurrieron entre ellos en el pasado y, aunque había mucho aún

por hablar, estaba convencido de que superarían los tropiezos que la vida estuviera dispuesta a poner en su camino de nuevo.

—Tú dirás, jefe. —Summer cruzó las piernas y sonrió.

¿Estaba enfermo por pensar en las ganas que tenía de sacarla de allí para volver de nuevo a su apartamento? Probablemente. Pero no podía evitarlo. Summer despertaba en él un apetito sexual inaudito.

—Bueno, no voy a alargar esta reunión mucho tiempo, tengo otras... prioridades. —Le lanzó una mirada lasciva que Summer cazó al vuelo causándole una risita entre dientes—. Tu contrato laboral terminó después del torneo como bien sabes, y me gustaría ofrecerte un puesto fijo dentro del departamento de seguridad.

La sonrisa de Summer se desvaneció por completo y sus ojos le interrogaron con cautela.

—¿Estás seguro? No quiero que te sientas obligado a contratarme solo porque nosotros dos estemos... bueno, ya sabes.

—¿Acostándonos? —Blake puso palabras a la indefinición de Summer—. Cielo, llevo días ofreciéndote trabajo. Créeme cuando te digo que no tiene nada que ver con lo que sea que haya entre nosotros. Hace días que quería hacerte esta oferta. Es más, fue Dave quien sugirió que te quería en su equipo.

A pesar de sus palabras, Summer parecía seguir teniendo dudas.

—Yo nunca he tenido un trabajo de verdad, Blake. De hecho, en la última década, no he estado más de dos semanas seguidas en un mismo sitio. Estoy acostumbrada a ir de aquí para allá, a no echar raíces. ¡Jamás he seguido una rutina! —Se mordió el labio visiblemente nerviosa—. ¿Y si no sé hacerlo?

—Aprenderás—. Los ojos de Blake la abordaron con intensidad. La entendía. Los últimos catorce años de la vida de Summer seguían siendo un misterio, pero algo le decía que tras ese misterio se escondía una historia triste.

—¿Y si no me adapto? Blake, ¿y si llevo tanto tiempo sola que soy incapaz de vivir rodeada de gente?

—No has cambiado en absoluto. —Blake sonrió para tranquilizarla, porque Summer parecía tensa y no le gustaba pensar que aquello generase en ella tanto malestar. Se apoyó de un recuerdo de su pasado juntos para reconfortarla—. ¿Recuerdas cuando los West nos compraron aquella bicicleta de segunda mano para los cuatro niños que vivíamos en su casa? Tú te negabas a subirte en ella porque no sabías ir en bici. En vez de querer aprender, te escudaste en tu inexperiencia para ni siquiera intentarlo. Me ofrecí a enseñarte, pero el miedo a caer era superior a las ganas de subirte a aquella bici, por mucho que la mirases con deseo todas las tardes al volver de clase.

—Lo recuerdo —dijo Summer con una pequeña sonrisa—. Y también recuerdo que al final conseguiste que lo hiciera, aunque por el camino me caí de bruces varias veces, rasgué unos vaqueros y la señora West me castigó sin cena durante una semana.

—Te caíste, sí, pero te levantaste cada una de las ocasiones, y, al final, conseguiste el objetivo: aprender a ir en bicicleta.

—No sé a dónde quieres ir a parar con esto, Blake.

—Lo que quiero decir, Summer, es que aprenderás. Te costará más o menos, pero aprenderás. Cuando quieras darte cuenta, el hotel será tu hogar y yo tu familia. Y si por el camino te caes alguna que otra vez y te rompes algún que otro pantalón, no pasa nada, porque al igual que hice entonces, estaré ahí para ayudarte a levantarte.

Notó una chispa de emoción recorrer los ojos de Summer. Quizás había sido muy cursi con

esa última frase, pero realmente lo sentía así. Estaba convencido de que, tarde o temprano, Summer se haría con aquella nueva vida, como hizo él catorce años atrás cuando llegó allí. Solo necesitaba un poco de paciencia y confianza, y quizás Blake no era la persona más paciente del mundo, pero por Summer sería capaz de hallar dicha paciencia de donde hiciera falta.

—De acuerdo. Me subiré a esa bici, entonces.

Blake amplió su sonrisa y le explicó todos los pormenores del puesto y el contrato.

Media hora más tarde, salieron del despacho contentos por haber llegado a un acuerdo. Summer había firmado el nuevo contrato e iban a celebrarlo al apartamento con una nueva sesión de sexo satisfactorio. De camino al ascensor, se cruzaron con su padre y su abuela que, según dijeron, habían quedado para almorzar juntos. Blake aprovechó la ocasión para darles la buena nueva respecto a Summer. Aún no había tenido ocasión para explicarles el cambio que había surgido en su relación, pero no hizo falta, pues los dos desprendían tantas hormonas y felicidad que era obvio lo que sucedía entre ellos.

—Entonces, ¿te quedas con nosotros? Es una noticia fantástica —dijo Max, que venciendo el espacio personal de Summer la abrazó con cariño.

—Yo también lo celebro, cariño —dijo Abigail acariciándole la mejilla, y por la forma en la que sonreía, parecía sincera.

A Blake no le costó ver como ella se sobrecogía ante aquellas muestra de afecto. A él también le chocó en su momento acostumbrarse a los abrazos. Crecer sin un referente adulto que te quiera y te lo demuestre con cariño genera una carencia emocional cuyos efectos perduran. De nuevo, Blake se dijo que era cuestión de tiempo que Summer aprendiera a normalizar todo aquello, como aprendió en su día a montar en bicicleta.

Arizona



Días después de firmar su primer contrato de trabajo indefinido, Arizona entró en el restaurante de Jolie dispuesta a desayunar sola y leer un buen libro. Era fin de semana, tenía la mañana libre y quería pasarla así. Podía haber convencido a Blake de remolonear en la cama y habría estado genial, pero necesitaba un rato a solas, esta vez, para recrearse en la felicidad que bullía en su interior. No, no era felicidad. Era algo mucho mejor. Era paz. Se sentía en paz por primera vez en mucho tiempo.

—Buenos días, ¿aún puedo desayunar? —preguntó a uno de los camareros.

—Sí, y tienes suerte, hoy la jefa anda por aquí para los desayunos.

—¿No suele ser así?

—Normalmente las mañanas son para Charlotte.

—¿Charlotte? —preguntó ella un tanto curiosa.

El camarero señaló una mesa un tanto apartada de las demás, pero cercana a la cocina, donde una niña pequeña dibujaba algo con esmero.

—Su hija Charlotte. Los fines de semana la trae para desayunar, mientras llega su niñera.

—Oh. No sabía que la chef Jolie tuviera una hija.

—Esa niña es su devoción.

El camarero se alejó con una sonrisa y Arizona tomó asiento en la silla de su mesa que quedaba de frente a Charlotte. La observó con curiosidad hasta que Jolie salió para decirle algo y acariciar su pelo con mimo. Era joven. No sabía qué edad tenía, pero en aquel momento Arizona pensó en lo mucho que la admiraba solo por ser capaz de llevar su negocio y a su hija al mismo tiempo. Ella había días en que no sabía cómo gestionarse a sí misma, si tuviera que cuidar de alguien más... No, eso sería imposible. Y sin embargo allí estaba Jolie. Cuando alzó la cabeza y se cruzó con su mirada, Arizona no apartó los ojos de ella. No era dada a disimular y no pensaba fingir que no había despertado su curiosidad, por eso cuando se acercó a ella y directamente se sentó frente a ella, no le importó lo más mínimo.

—¿Cómo es que estás sola aquí?

—Quería un poco de paz y relax en mi mañana libre.

—Has venido al sitio adecuado. Este restaurante tiene desayunos tranquilos, comidas movidas y cenas completamente caóticas. —Ambas sonrieron, pero Arizona volvió a fijarse en Charlotte, que ni siquiera había alzado la cabeza de la mesa en todo aquel tiempo—. Autismo.

Arizona frunció el ceño y miró a Jolie sin entender.

—Perdón, ¿qué?

—Lo raro que notas es el autismo. Charlotte tiene autismo.

Arizona la miró con curiosidad. Era raro que lo soltara así, por las buenas, pero cuando se fijó un poco más, se sintió un tanto tonta, porque vio en Jolie lo mismo que veía en el espejo cada mañana: defensas. Un millón de muros defensivos a su alrededor. Atacar antes de dar

oportunidad de que te ataquen. Ella conocía bien esa norma. Volvió a centrar sus ojos en Charlotte, solo porque quería estar segura de las palabras que elegía, y no habló hasta tener la mente clara.

—Lo único raro que noto en ella es esa cinta tan fea en el pelo. ¿Por qué las madres os empeñáis en hacer peinados raros a vuestros hijos? Todas lo hacéis, sobre todo si son niñas.

Jolie miró a Arizona como si fuera un extraterrestre y ella guardó silencio, porque esa sensación también le resultaba familiar. Esperaba que la juzgara, o que hiciera preguntas morbosas, pero no estaba en la naturaleza de Arizona hacer ese tipo de cosas, de modo que simplemente se quedó allí, esperando que Jolie se recuperase de la impresión y hablara. Cuando lo hizo, su sonrisa iluminó Las Vegas.

—En realidad, es un milagro que aún la tenga puesta. Creo que no se ha dado cuenta, porque ella también las odia.

—Es una chica con buen gusto.

Se rieron y, de algún modo, aquello rompió un millón de bloques de hielo y quedaron frente a frente tal y como lo que eran: dos mujeres fuertes y luchadoras intentando sobrevivir en un mundo que no se lo había puesto fácil a ninguna de las dos.

—Me estoy acostando con Blake. —Jolie se atragantó con su propia saliva.

—Eh...

—Como tú has dicho lo de Charlotte, yo puedo decir esto. A alguien tengo que contárselo, o me volveré completamente loca.

—¿Te estás acostando con Blake?

—Ajá.

—¿Blake Royal?

—El mismo.

—¿Y qué demonios haces aquí y no en la cama con él? —Arizona la miró sorprendida y Jolie bufó—. Ese hombre está para hacerle de todo. Perdón si te molesta.

—No me molesta en absoluto —contestó riendo—. Blake es... Dios.

—¡Sí! Justamente: Dios.

Se miraron, se reconocieron de nuevo y soltaron una carcajada que las unió tanto como la certeza de que estar sola en el mundo no siempre era malo.

En realidad, Arizona no era hipócrita. Le interesaba saber más de la vida de Jolie y Charlotte, pero sabía que debía ir con pies de plomo y ofrecerles el tiempo que necesitaran. Lo que tenía claro era que quería conocer más de ellas, acercarse, y eso en ella era rarísimo, porque llevaba toda la vida haciendo justamente lo contrario, alejarse. Quizás por eso, cuando Jolie empezó a hablar de que era madre soltera y solo estaban Charlotte y ella, la dejó. Porque sabía lo importante que era sentir que por fin puedes abrirte y el miedo que daba intentarlo, pese a las ganas. Jolie habló de su vida pasada, la presente y el modo en que Abigail la encontró en aquel pequeño restaurante de París. Una hora después, Arizona apenas había tocado su desayuno y estaba tan fascinada por la vida de la chef que ni siquiera le salía hacer preguntas. Y cuando por fin decidió hacer una, la niñera de Charlotte llegó y Jolie se disculpó para ir a atenderla y dejar que la niña se marchara con ella.

Fue consciente de la delicadeza con la que trató a su hija y se preguntó cómo demonios lo haría para no derrumbarse a menudo. Y aunque sonara mal, Arizona se sintió un tanto

afortunada, porque había sido desgraciada buena parte de su vida, pero al menos había sido libre de llorar en soledad cada vez que podía. Imaginaba que Jolie no había tenido muchas oportunidades de llorar y desahogarse a solas. Había una persona que dependía de ella, eso ya era aterrador, pero que encima tuviera autismo y, por lo tanto, necesidades especiales, era... Joder, era para alzarle un maldito monumento.

Salió del restaurante, volvió a la suite y, cuando encontró a Blake con los ojos cerrados en el sofá, sonrió de manera automática.

—¿Escaqueándote del trabajo?

Él abrió un solo ojo antes de sonreír y volver a cerrarlos.

—Minisiesta antes de una reunión. Me tienes completamente agotado.

Arizona rio e hizo algo que días atrás no se hubiese atrevido a hacer. Se estiró sobre el cuerpo de Blake, que la acogió de inmediato, y cerró los ojos con la mejilla apoyada en su camisa de firma hipercara.

—¿Puedo dormir contigo?

—Siempre.

Y con una sola palabra, Blake Royal consiguió que se quedara dormida con una sonrisa en los labios.

Blake



No había mejor sensación que aquella. Tener a Summer desnuda, sobre él, era reconfortante. Como una taza de chocolate caliente en un día de frío y lluvia. Como volver a casa después de unas vacaciones que se te antojan demasiado largas

Sonrió contra su pelo y respiró su olor a fresco. Olía a verano, a Summer, a todas las cosas que más le gustaban en el mundo. Y fue en ese momento, justo con el olor de Summer llenando sus fosas nasales, cuando Blake supo que tenían que tener la conversación que habían estado postergando en el tiempo.

Quince días habían pasado ya desde que dio comienzo aquella relación. Aún no habían puesto una etiqueta a lo suyo, y tampoco la necesitaban, porque eran Blake y Summer; no existía una palabra en el mundo capaz de dar cabida a lo que tenían. Sin embargo, había aún demasiadas preguntas sin resolver, demasiadas incertezas.

Deslizando sus dedos sobre la espalda desnuda de Summer, susurró:

—Cuéntamelo —lo hizo con esa voz ronca que se le quedaba tras una sesión de buen sexo.

Summer se removió, bajó de su cuerpo con un movimiento ágil y se sentó a su lado, mirándolo con las cejas levemente arqueadas.

—¿Que te cuente qué?

—Todo. ¿Qué fue de ti después de que yo me marchara?

Lo vio: la vulnerabilidad, los miedos, las dudas. Todo eso envuelto en capas y capas de fragilidad que escondía tras unas murallas muy altas. Summer tragó saliva y tiró de las sábanas hasta tapar su cuerpo desnudo, como si con aquel gesto intentara protegerse de algo intangible que acababa de interponerse entre ellos dos.

Blake se sentó también sobre el colchón y cogió una de sus manos, que en aquel momento se habían convertido en un puño apretado y tenso.

—Eh... cariño... ¿qué ocurre?

—No sé si estoy preparada para hablar de eso, Blake.

—Bien, sabes que no voy a obligarte a hablar de nada que no quieras hablar, pero, a veces, las palabras son un buen bálsamo para curar las heridas.

Summer la miró de soslayo, con una sonrisa apretada que no le llegaba a los ojos.

—Hablas como un terapeuta.

—Eso es porque he ido a muchos.

—¿Has hecho terapia? —preguntó Summer sorprendida.

Blake asintió y se pasó una mano por el pelo, intentando ordenar los recuerdos de los meses posteriores a su llegada al Hotel Royal Vegas.

—Tú mejor que nadie conoces al Blake que llegó aquí con quince años, Summer. Era un chico desconfiado, rebelde y con muy poco autocontrol. Supongo que estaba furioso con la

mierda de vida que me había tocado vivir, y bueno, digamos que no llevaba demasiado bien que quisieran ponerme límites. —Se mordió el labio, rememorando alguna de las escenas que marcaron sus primeros días en el hotel—. Me metía en problemas en el instituto, la liaba en el hotel, me peleaba con Dexter y Brooklyn... Max no sabía qué hacer conmigo. Aún me sorprende que no optara por cancelar la adopción y mandarme de vuelta a Reno de una patada.

—A mí también me sorprende —admitió Summer, cuyos puños se habían ido destensando poco a poco durante la explicación de Blake.

—Siempre le estaré agradecido por la paciencia que ha demostrado conmigo.

—Al pobre hombre deberían erigirle una estatua conmemorativa en alguna parte, porque con los hijos que le han tocado por suerte... —dijo Summer en una medio sonrisa.

—Estoy seguro de que, aunque no nos lo diga, el pobre se ha preguntado más de una vez dónde demonios se había metido al adoptarnos. —Blake le devolvió la sonrisa—. La cosa es que yo la liaba mucho y constantemente, así que, a los dos meses de haber llegado, Max me cogió por banda y me dijo que debía ir a terapia, que era eso o acabar internado en un centro para menores problemáticos, a ver si me metían en vereda.

—Vamos, que te tomaste muy en serio el papel de rebelde sin causa.

Blake asintió.

—Así que acabé en terapia —prosiguió Blake—. Tres días a la semana durante un año entero, hasta que, poco a poco, aprendí a controlarme, a gestionar y expresar mis emociones y a relacionarme con los demás. No te creas que fue fácil, porque tengo un temperamento un poco...

—¿Tocapelotas?

—Difícil —matizó Blake mirándola incisivo—. Ayudó que Max se comportara conmigo

como un padre de verdad desde el primer momento. Se preocupaba por mí de forma genuina, me apoyaba y entendía sin reservas. Max es... el mejor. Me puso demasiado difícil no quererle.

Frente a él, Summer sonrió con aflicción. Era una de esas sonrisas que escondían detrás una historia triste.

—Tuviste suerte, Blake. Yo nunca he sabido lo que significa que alguien se preocupe así por mí.

—Yo me preocupaba por ti —señaló Blake.

—Me refiero a alguien adulto, alguien como un padre o una madre, alguien que te quiera incondicionalmente, hagas lo que hagas, incluso cuando eres un adolescente herido y rebelde que tiene problemas con la autoridad. —Fijó los ojos en Blake y entonces él supo, antes de que volviera a hablar, que había decidido abrirse a él, explicarle su historia—. Encontré a mi madre, Blake. A mi madre biológica —dijo en un susurro.

Blake abrió los ojos con sorpresa. Sabía por la propia Summer que su madre la había dado en adopción poco después de cumplir los siete años. Su madre era una chica joven, la había tenido a los dieciséis, y encadenaba relaciones tormentosas en una especie de bucle infinito. Además, se evadía de los problemas con el alcohol y apenas cuidaba de Summer, por lo que esta muchas veces acudía al colegio con la ropa sucia, sin almuerzo ni dinero para comprarlo. Una de las profesoras puso en aviso a un trabajador de servicios sociales y fue este quien convenció a su madre para que la diera en adopción, pues si apenas podía cuidar de sí misma, ¿cómo demonios iba a cuidar de una hija?

—Pero ¿cómo...?

—Cuando comprendí que no ibas a regresar a por mí, dejé pasar el tiempo y a los dieciséis pedí la emancipación. Durante un tiempo viví en uno de esos pisos compartidos que el Estado

ofrece a los chicos emancipados, pero no me llevaba bien con mis compañeras de piso así que decidí fugarme y empezar una nueva vida. El caso es que, una parte de mí, una parte que se sentía sola y abandonada, se preguntó qué habría pasado con su madre. Esa madre que, pese a no ser una buena madre, me había engendrado y cuidado durante los primeros años de vida. La busqué y... la encontré. —Sus ojos se humedecieron y Blake apretó su mano con entereza, recordándole que estaba a su lado, que la escuchaba y acompañaba en ese viaje emocional que parecía estar llevando a cabo—: No parecía ella. Vivía en una casa bonita, en una urbanización familiar. Tenía dos hijos y un marido que la quería. No quedaba nada de esa mujer que lloraba las penas con una botella de whisky barato en la boca. Era otra. Otra con una buena vida, una buena vida que no quiso compartir conmigo.

—¿Hablaste con ella? —se apresuró a preguntar Blake.

—Sí. Llamé al timbre de esa casa con jardín, barbacoa y columpios, y me abrió un niño de unos siete u ocho años, de pelo rubio como el mío y ojos alegres que fue a buscar a su madre, es decir, la mía. Me reconoció al instante, y se quedó tan impresionada que estuvo a punto de desmayarse y todo. Me invitó a pasar, preparó café y me explicó cómo había evolucionado su vida después de darme en adopción. Según ella, renunciar a mí fue el punto de inflexión definitivo. Se dio cuenta de que no podía seguir así y decidió dejar atrás todo y reinventarse. Fue a una clínica de desintoxicación y, allí, conoció al que después se convertiría en su marido, que era uno de los médicos que la trataban.

—¿Y nunca intentó recuperarte?

Summer negó con la cabeza. Unas lágrimas habían aparecido en sus ojos, a pesar del esfuerzo inmenso que estaba haciendo ella por contenerlas. Blake se las limpió con mimo, dándole tiempo para reponerse antes de continuar.

—Me dijo que pensó en buscarme, pero su marido no sabía nada sobre mí y no quería abrir

viejas heridas. Que creía que me habrían adoptado y que, por tanto, ya era tarde para eso.

—Podía haber ido a Servicios Sociales. Podía haber indagado. Podía...

—Podía haber hecho muchas cosas, Blake, ya lo sé, pero no las hizo porque, en realidad, yo no tenía cabida en esa nueva vida. Es más, cuando su marido llegó de trabajar, me presentó como la sobrina de una de las vecinas y prácticamente me echó de su casa.

—Joder —masculló Blake entre dientes—. Lo siento mucho, cariño, no me imagino lo mal que te hizo sentir descubrir eso.

—Me hizo sentir como si no importara. Como si estuviera defectuosa, ¿quién quiere algo que está defectuoso? —Negó con la cabeza, como si espantara ese pensamiento—. Fue por eso por lo que dejé atrás a Summer y me convertí en Arizona. Y fue por eso que decidí inventarme un trabajo que me permitiera tener una vida decente, sin tener que depender de nada y nadie. No quería un hogar porque todo lo que para mí había sido un hogar había acabado abandonándome. Ella, tú...

—Summer... —la llamó Blake. Elevó su barbilla con suavidad y le obligó a mirarle—. Primero, no estás defectuosa. Eres perfecta. Y segundo, prometo pasar el resto de días de mi vida intentando compensarte por haberte hecho tanto daño en el pasado.

Sin dejarle decir nada, la estrechó entre sus brazos con fuerza, como si pretendiera resguardarla del pasado con ese gesto. Dios, odiaba no poder protegerla del dolor y las heridas que aún sangraban en alguna parte de su ser. Haría lo posible por conseguir que estas cicatrizasen, eso lo tenía claro. Mientras eso pasaba, allí estaría él siempre, dispuesto a poner tiritas y vendajes a esas partes rotas que luchaban por recomponerse.

Arizona



Arizona tocó en la puerta con los nudillos y se echó a temblar, literalmente. Odiaba aquello. Los nervios, la sensación de ser inferior e insuficiente y la ansiedad que le provocaba querer que la aceptaran a toda costa. Tragó saliva y se obligó a recordar las palabras de Blake aquella misma mañana: “Piensa que, sin ella, ninguno de nosotros estaríamos aquí. Está acostumbrada a las personas perdidas”.

Se refería a su abuela, Abigail, por supuesto. Aquella misma mañana había mandado una nota a la suite que compartía con Blake y la había invitado a tomar el té por la tarde. Arizona no sabía qué ponerse y, cuando por fin dio con unos vaqueros y un jersey medianamente aceptables, empezó a dudar de qué decir o cómo actuar. Según Blake, solo tenía que ser ella misma, pero algo le decía que eso no funcionaría.

Sabía que Abigail no se espantaba por una personalidad rebelde, porque todos sus nietos lo habían sido en un momento u otro de su vida. Bueno, Lucky, de hecho, seguía siéndolo. No era eso, sino el hecho de que ambas eran mujeres y, por lo tanto, había cosas que entendían de un modo distinto a los hombres. No en un sentido machista, sino precisamente a causa de eso. Sobrevivir en un mundo ideado y moldeado para la comodidad y seguridad de los hombres era difícil para todas las mujeres, pero si te quedabas en la calle sin nada, tenías que andar con pies

de plomo. Arizona no recordaba las veces que había rechazado ofertas de prostitución, algunas muy tentadoras, porque mentiría si dijera que, en medio de alguna noche hambrienta, no se lo llegó a plantear, pero cuando aquello ocurría apretaba los dientes y se recordaba que podía seguir adelante. Podía sobrevivir sin recurrir a vender su cuerpo, o al menos lo intentaría hasta la extenuación.

La puerta se abrió, arrancándole los pensamientos que estaba teniendo, y se sorprendió encontrándose frente a frente con Abigail. Arizona esperaba que abriera la puerta alguien del servicio, pero debía haber supuesto que ella la sorprendería ya desde el inicio.

—Pasa, querida, el té está servido.

Se adentró en el salón como quien lo hace en una cueva habitada por osos hambrientos. Abigail vestía un kimono hecho de algo que parecía seda y se antojaba de lo más suave. Lo llevaba atado a la cintura y, aunque debajo se intuía que iba vestida, era un modo informal de recibir a alguien ajeno a su familia. Tragó saliva. En realidad, si atendía a lo que solía decirle Blake, ella también era familia ya.

Se sentó en la terraza, donde le indicó la abuela de Blake. La observó servir el té y se preguntó si aquello no sería una encerrona para convencerla de dejar a su nieto. Sin embargo, cuando ella tomó asiento y comenzó a hablar, Arizona se dio cuenta de lo absurdo del pensamiento.

—Quizás debería haberme vestido de un modo más formal para recibirte, pero normalmente, cuando voy en casa, estoy en kimono. Además, algo me decía que necesitabas relajarte y se me ocurrió que, de esta manera, te sería más fácil verme como a una persona normal.

—No tenía ni idea de que había estudiado la carrera de psicología.

Nada más decirlo Arizona se arrepintió, porque odiaba cuando su parte irónica ganaba a la coherente y educada, pero Abigail, lejos de ofenderse, soltó una carcajada e hizo un gesto divertido con la mano.

—Oh, te sorprendería la de cosas que se aprenden observando a las personas desde lo alto de un escenario.

—¿Se refiere a su época de bailarina? —Ella asintió y Arizona no se contuvo de preguntar—. ¿Cómo fue todo aquello?

—Oh, aquella época fue... rara, y alocada y caótica y completamente preciosa. Bueno, puede que no “completamente” porque, como en todo, tuve que luchar contra muchas cosas, pero fue muy bonita y encontré la primera piedra de mi nueva vida. —Arizona guardó silencio mientras daba un sorbo a su té y Abigail se ponía aún más cómoda—. Richard Royal me encontró bailando y, desde que lo vi por primera vez, sentí que eso es lo que haríamos siempre: bailar. Ya fuera en un escenario, en una pista de baile, en la cama... Bailar con él era todo lo que yo quería y lo supe la primera noche.

—Debía ser un hombre especial, a juzgar por cómo habla su familia de él.

—Su recuerdo se ha hecho tan vívido que, incluso los que no lo conocen, pueden valorarlo como miembro de la familia. ¿Hay algo más bonito? —Arizona sonrió, estando de acuerdo, y entonces el rostro de Abigail se tornó serio y lanzó un suspiro hondo—. Sé que crees que no puedo entender la vida que has tenido, pero te equivocas. Cuando era niña no estuve en un orfanato, como tú, pero porque no tuve esa suerte.

—¿Suerte? ¿Tiene idea de lo que fue crecer con...?

—Tengo idea de lo que fue crecer con un padre maltratador. Soportaba palizas casi a diario. Bebía, golpeaba todo lo que se ponía en su camino y, en algún momento, lo único que parecía

provocarle cierta satisfacción era hacerme daño. Huí de casa en cuanto pude sin dinero, ni ropa, ni futuro alguno a la vista. Fue raro que decidiera esconderme en Las Vegas, teniendo un padre alcohólico, adicto al juego y a todo lo insano del mundo, pero creo que lo hice precisamente por eso.

—No sé si la entiendo.

—Él no me buscaría en un lugar como este. Nací en Paradise, California. El desierto no es lo mío. O eso podría pensar él. No sé, ahora lo pienso y en realidad aquello tenía fugas de todo tipo, pero estaba desesperada, necesitaba dinero y las luces de este lugar me atrajeron entre la oscuridad en la que vivía. Empecé a bailar en un cabaret el segundo día de llegar. No era un buen cabaret y, por no tener, no tenía ni el respeto de mi jefa, pero aprendí mucho de aquello. Sobre todo, aprendí todo lo que no debía hacer. No preguntar, no oír, no mirar cuando algo importante ocurría frente a mí. Me convertí en alguien que llamaba la atención por sus movimientos y, al mismo tiempo, se hacía invisible cuando las situaciones lo requerían. Eso me hizo ganar contactos. Cuando llegué al cabaret en el que conocí a Richard había vivido tantas experiencias que pensaba que estaba de vuelta. Cuando él se acercó a mí por primera vez, no me pidió dinero, ni una noche de sexo, confundiéndome con una prostituta, ni un beso. ¿Sabes qué pidió Richard Royal? —Arizona negó con la cabeza y la sonrisa de Abigail se volvió dulce como la miel—. Un baile. Él solo quería un baile conmigo.

—Eso es precioso.

—Y presuntuoso. Sabía muy bien que era todo lo que necesitaba para hacer que cayera rendida a sus pies.

—Oh, ¿tan guapo era? —La carcajada de Abigail resonó en la terraza.

—¡Y mucho más, querida! Era guapo por fuera, pero, mejor aún: lo era por dentro. Sé que

mucha gente me juzgó y me sigue juzgando por casarme con él tan deprisa. No creen que yo lo amara, sino que me aproveché de él para heredar su fortuna. Lo que no saben, es que daría todos mis bienes de buen grado por volver a bailar con él una canción. Solo una serviría...

De pronto, la pena invadió los ojos de la abuela de Blake y Arizona se encontró redescubriendo una faceta que no conocía. Es más, se encontró compadeciéndose de ella y queriendo animarla, porque era obvio que sufría, así que dijo lo primero que se le pasó por la cabeza.

—Me encantaría poder bailar con Blake algún día.

Se mordió el labio en cuanto lo dijo, porque ni ella misma sabía bien qué quería decir. En cambio, Abigail sonrió, asintió una sola vez con la majestuosidad de una reina y le guiñó un ojo.

—Yo diría, querida, que vosotros dos tenéis muchos bailes pendientes.

Y así, con un té, una charla profunda y una sonrisa fue como Abigail Royal consiguió hacerse un hueco en el corazón de Arizona.

Blake



El Club Paradise era uno de los Clubs nocturnos más conocidos de Las Vegas. Era propiedad de Edward Lauder, padre de Hunter Lauder, amigo íntimo de los hermanos Royal. Solo tres personas habían conseguido infiltrarse en el exclusivo círculo de los Royal: el mencionado Hunter Lauder, Chase Gardner, conocido por hacer trampas en las timbas que organizaba en su casa y por ser heredero de una de las mayores fortunas de la ciudad, y Archie Waldorf, hijo del propietario de uno de los ranchos especializados en la cría de caballos más respetados del país. Aquella amistad se remontaba a la época del instituto, amistad que se había mantenido y reforzado a través de los años. Más de una década de juergas, partidas de póker y escándalos compartidos unían sus vidas. Esto fue, en resumen, lo que Blake explicó a Summer dentro de su coche, de camino al Club.

Blake había escogido aquella noche para presentar a Summer en sociedad. Quizás porque se cumplía un mes desde que habían iniciado aquella relación. O quizás porque quería demostrarle con gestos y no con palabras lo importante que era para él. Blake sabía que había vencido muchas de las barreras de Summer, pero también sabía que, en alguna parte de su ser, la desconfianza seguía sobrevolándola. Y la entendía, por supuesto que la atendía. A él le pasó lo mismo catorce años atrás. Le costó comprender que lo que estaba viviendo era real y que no desaparecería, que formaba parte de una familia y que jamás volvería a estar solo. Fue difícil

cambiar el chip y conectar con aquella nueva realidad. Y Summer tenía que transitar también por ese mismo camino.

El punto era que Blake estaba deseando que sus amigos conocieran a Summer. También tenía algo de miedo, las cosas como son, porque al igual que sus hermanos, sus amigos podían llegar a ser cargantes. Sobre todo, Chase, quien tenía buzón en vez de boca, y cuya facilidad para sacarle de sus casillas era digna de estudio para el mejor de los psicoanalistas.

Aparcaron el coche en el parking del Club y entraron en el edificio de fachada moderna y minimalista saltándose la larga cola que había en el exterior. Ser amigo del hijo del propietario del local tenía sus beneficios.

Una vez dentro, fueron arrojados por la tenue iluminación del espacio. El Club estaba formado por una pista de baile, que en aquel momento estaba llena de gente bailando al ritmo frenético de la música que estaba sonando, y distintas mesas y sillas dispuestas a lo ancho y largo del lugar, perfectas para tomar una copa y charlar un rato relajadamente. Cruzaron el espacio esquivando a la muchedumbre. Blake notó los dedos de Summer estrechar con fuerza los suyos, como si temiera perderlo entre la gente. Sabía que Summer no llevaba muy bien las aglomeraciones, y que estar allí suponía un esfuerzo enorme para ella, así que apretó el paso en dirección al reservado de siempre. Fue allí donde encontró a sus hermanos y a sus tres amigos, charlando animadamente, con una copa en la mano.

El primero en verlo fue Chase, que se levantó del sofá donde estaba sentado para estrecharle la mano con ademán amistoso. Llevaba el pelo castaño oscuro algo más largo de lo habitual y una sonrisa traviesa ascendía hasta sus ojos también castaños.

—Vaya, vaya, pero, ¿qué ven mis ojos? ¿Blake Royal nos ha honrado con su presencia? — Fingió sorpresa agrandando los ojos de forma teatral—. ¿Cuánto hacía que no nos veíamos? ¿Un mes? Me alegro de que nos hayas hecho un hueco en tu apretada agenda.

—He estado... ocupado.

—Ajá, ocupado... —Fue entonces cuando los ojos de Chase repararon en Summer que aún se encontraba un paso por detrás de él.

Blake también la miró. Llevaba un vestido ceñido de color negro, con la espalda al descubierto, y la melena rubia recogida en un moño bajo, sencillo y elegante. Estaba preciosa, como siempre, y no parecía nerviosa, aunque su mirada altiva, a conjunto con sus hombros en tensión, eran la demostración de que, en realidad, solo era una pose. La conocía lo suficiente como para saber que odiaba las situaciones que la sacaban de su zona de confort, y estar frente a gente desconocida mirándola, era una de esas situaciones.

—Ella es Summer. Summer, ellos son Chase, Hunter y Archie. —A medida que dijo los nombres de sus amigos, estos fueron levantando la mano, uno a uno, a modo de saludo. Sus tres amigos, al igual que los hermanos Royal, eran hombres atractivos. De físicos fuertes y poderosos. Archie era moreno, tenía la piel tostada y una barba recortada que perfilaba su mentón anguloso. Hunter, al igual que Chase, era castaño, pero llevaba el pelo mucho más corto que él y una barba de días que ensombrecía su mentón. La expresión de Hunter era dulce y amable y contrastaba con la expresión burlona de Chase y la expresión seria e intensa, casi oscura, de Archie.—. Ya te he hablado de ellos.

—Espero que en buenos términos —intervino Chase, dibujando una sonrisa ladina en sus labios—. ¿Me equivoco al pensar que tú eres la distracción que ha tenido tan ocupado al canalla de nuestro amigo?

Para su sorpresa, la expresión de Summer se suavizó y una sonrisa divertida ocupó su rostro.

—Puede que sí, o puede que no, Chase. Una señorita nunca responde a ese tipo de preguntas.

Aquella respuesta arrancó una carcajada a Chase que colgó sus brazos sobre los hombros de Blake y Summer para arrastrarlos con él al sofá donde estaban sentados.

—Me gusta esta chica, Blake, me gusta. Tiene carácter.

Durante la siguiente media hora charlaron un poco de todo. Como siempre, Lucky, Dexter y Chase competían por llevar la voz cantante. Al fin y al cabo, los tres tenían caracteres parecidos, eran extrovertidos, charlatanes, un poco vacilones y les encantaba ser el centro de atención. Brooklyn, Hunter, Archie y Blake, en cambio, eran más comedidos.

—¿Te ha contado Blake como nos hicimos amigos? —preguntó Chase en un momento dado a Summer.

Summer negó con la cabeza.

—Por todos tus muertos, Chase, cierra la boca —rogó Blake exasperado, consiguiendo con ello el efecto contrario, que Chase tuviera aún más ganas de contarle y que Summer se muriera de ganas de que lo contase.

—Oh, venga, Blake, si es una anécdota genial —dijo Chase guiñando un ojo a Summer—. Todo empezó en su primer día de clase, con un puñetazo y una nariz rota. El puñetazo fue de Blake, por supuesto, y la nariz rota fue la mía.

—¡No! —exclamó Summer mirando a Blake boquiabierta.

—Eh, cuenta la historia completa —se quejó Blake—. Si hice eso fue porque antes, este imbécil —señaló a Chase—, puso pegamento en la silla de mi pupitre y los pantalones se me desgarraron al levantarme.

—Fue una broma de bienvenida —se defendió Chase.

—Pues tuvo muy poca gracia.

—Fue tronchante, pero tú nunca has tenido mucho sentido del humor, las cosas como son.

—¿Y cómo acabó eso germinando en una amistad? —intervino Summer.

—Bueno, digamos que el director consideró que ambos éramos merecedores de una sanción, así que nos castigó después de clases durante un mes entero. Un mes en el que, codo con codo, tuvimos que limpiar los baños de todo el instituto. No hay nada que una más a dos personas que el asco compartido.

Aquella anécdota hizo reír a todos. Incluso Blake sintió una punzada de añoranza por aquella época pasada. A pesar de lo duro que fue adaptarse a su nueva vida, los años que pasó en ese instituto de niños pijos, fueron felices, porque por primera vez en su vida pudo comportarse como un adolescente cualquiera sin preguntarse constantemente quién le acogería a la mañana siguiente y si dicha persona le trataría como un ser humano o una carga de la que quisiera deshacerse. Solo sentía no haber podido compartir con Summer aquella felicidad.

Después de la batallita de marras, vinieron muchas más. Summer los escuchaba con atención, entre divertida y fascinada, y verla así, pasándoselo bien entre toda aquella gente que, a pesar de todos sus defectos, quería, hizo que el pecho de Blake se hinchara como un globo. Porque no había nada que él deseara más que eso para Summer, que echara raíces, que conectara con los demás. Sabía, porque ella misma se lo había contado, que había encontrado en Jolie a una amiga incipiente. Y también sabía, porque se lo había explicado su abuela, que quedaban de vez en cuando para tomar té y hablar. Además, sus hermanos la adoraban y su padre la había acogido bajo su ala como si fuera una hija adoptada más. Era buena en su trabajo, una amante entregada y una amiga fiel. Summer era, en opinión de Blake, perfecta, solo que ella aún no lo sabía.

Arizona



Soltó una carcajada, igual que el resto de la familia. Bueno, todos menos Brooklyn, que fue el destinatario del desafortunado chiste de Lucky.

—Te lo digo en serio, hermano, eres como un jodido actor de cine y actúas como un monje tibetano. ¿Hay alguna razón para que seas tan jodidamente serio? La vida te sonríe, eres guapo, rico y...

—Lucky, deja en paz a tu hermano —dijo Max.

—Yo solo digo que no entiendo por qué anoche no se fue con aquella preciosidad y...

—Aquella preciosidad solo quería mi cuerpo por quién soy.

—¡Exacto! —exclamó Lucky—. ¿No es genial?

Arizona volvió a reír. La noche anterior, cuando salieron todos juntos, una chica despampanante se había acercado a Brooklyn con la clara idea de acabar la noche en su cama. A Arizona le sorprendió mucho ver que este la rechazaba. Le sorprendió para bien, porque la chica estaba un poco desesperada por tirarse a un Royal y cualquier otro hombre habría aprovechado la situación. No era la primera vez que Arizona pensaba que Brooklyn Royal tenía una integridad

que llamaba la atención, sobre todo para ser tan rico y guapo. No es que todos fueran así, sabía que era un poco clasista, pero dado su pasado tendía a juzgar antes de tiempo. No se justificaba, pero era así.

—Hiciste muy bien —dijo Abigail a su nieto.

—Bien lo hice yo, que recogí los pedazos de su corazón roto y los reconstruí en mi cama —añadió Lucky.

Todos volvieron a reír, incluida ella. Miró a Blake, que negaba con la cabeza mirando su plato, como si pensara que su hermano no tenía remedio. En opinión de Arizona, a Lucky lo único que le ocurría es que era muy joven y todavía estaba en éxtasis al descubrir el tipo de vida que llevaba después de la infancia que había tenido. No es que supiera mucho de su pasado, pero si algo había aprendido en aquel tiempo con los Royal, es que Max buscó chicos conflictivos y de pasados oscuros para salvarlos de su vida y darles una segunda oportunidad. Podría decirse que era fácil hacer algo así teniendo dinero, pero ella sabía bien que todo no era el dinero. Max se había encargado de dar luz a unos chicos que todo lo que veían era oscuridad. Hacía falta un corazón muy puro para responsabilizarse de vidas tan frágiles y conflictivas y ella había aprendido en aquel tiempo a convertir su rencor en comprensión, o eso le gustaba pensar. Por fin sentía que el odio dejaba paso a algo más limpio y puro. Años atrás, al descubrir que Blake había sido adoptado, Arizona se preguntó por qué nadie la adoptaba a ella. Se sintió herida por no haber sido ella la elegida, incluso llegó a pensar que estaba rota y que por eso nadie la quería, porque la gente no quiere cosas que están rotas. Aquella misma mañana Max le había dicho que ojalá la hubiera adoptado a ella también y Arizona se había echado a llorar con tanta rapidez que se avergonzó en el acto. Él la abrazó, la besó y le preguntó si quería ser su hija adoptiva simbólica desde ese instante. A Arizona nunca le había ocurrido algo tan bonito, a excepción de Blake, que observó aquella escena un poco emocionada. Aceptó, por supuesto, y quedaron en cenar en familia para celebrarlo. Y allí estaban, en el restaurante de Jolie, celebrando que, por

fin, tenía una familia. Todo era tan perfecto que Arizona sentía un pellizco de miedo dentro. Intentaba no darle importancia y pensar que todo iba bien, porque así era, pero no podía evitar pensar que, cuando se tiene todo, puede perderse demasiado pronto. Como un castillo de arena desmoronándose con una torrencial. ¿Y si aquello era un sueño? ¿Y si acababa cuando apenas había comenzado? Tragó saliva y se obligó a recuperar un ritmo de respiración normal. No, aquello no pasaría. Esta vez todo saldría bien porque se lo merecía, y no solo ella. Miró a Blake, que buscaba su mano por debajo de la mesa, y entrelazó sus dedos pensando que él también lo merecía. Puede que en lo económico a él le hubiera ido mucho mejor, pero ella podía sentir lo solo que se había sentido sin ella. Por fin lo sentía y era un sentimiento tan bonito que no quería perderlo por nada del mundo. Quizás fue eso lo que la impulsó a estrecharse contra él, buscar su oído y susurrar junto a él.

—Te quiero, Blake Royal.

Blake se quedó helado, pues ella nunca lo había dicho tan claramente. De hecho, fue consciente de que toda la mesa se había quedado en silencio, así que Arizona supuso que, después de todo, no lo había susurrado tan bajo. Blake enmarcó su rostro entre las manos, sonrió y la miró a los ojos de una forma que hizo que su alma se elevara de puro gozo.

—Yo también te quiero, Arizona.

—Summer —susurró ella.

—Summer —repitió él un poco emocionado.

La besó con dulzura, sabiendo que no podía decir nada que superara aquello. Oyó los aplausos de la familia y se debatió entre la vergüenza y la felicidad extrema. Se decantó por lo segundo cuando se separó de Blake y vio a Max pidiendo a Jolie, que se había acercado a la mesa para saludar, una botella de su mejor champán.

—¿Qué celebramos? —preguntó ella con una sonrisa.

—La vida, la familia y la felicidad. ¿Te parece poco? —preguntó Max—. De hecho, trae una copa para ti.

—Oh, yo no...

—Mi familia está viviendo en tu restaurante y entre tu comida unos momentos tan felices que te ruego encarecidamente que te unas a nosotros y brindes por los Royal.

Arizona no supo si la convencieron sus palabras o el hecho de que, después de todo, Max era su jefe, pero Jolie volvió un par de minutos después con una botella que Arizona prefería no saber cuánto valía y copas para todos. El encargado de descorcharla fue Max, pero cuando lo hizo pidió que Arizona acercara su copa en primer lugar.

—Bienvenida a la familia, hija. No podríamos estar más orgullosos de añadirte a los Royal.

—Una digna Royal —dijo Abigail alzando la copa en su dirección y haciendo que Arizona se echara a llorar.

—Por los Royal —añadió Blake alzando su copa cuando estuvo llena y rodeando sus hombros con un brazo, dejándole claro que ahora ella estaba incluida en ese brindis.

—Y por las manos de Jolie —añadió Max—. Que elaboran los manjares que siempre nos acompañan en momentos especiales.

Jolie se sonrojó tanto que Arizona estuvo a punto de sonreír. La había conocido más desde que entablaron aquella conversación y, por primera vez, se preguntaba si podría ella tener una amiga fija. Una amiga de verdad. Cuando la vio buscarla con la mirada y sonreírle, supo que sí, que lo había logrado.

En aquel instante fue tan feliz, que sintió más miedo que nunca, porque ella mejor que nadie sabía lo efímero y frágil que podían ser los buenos momentos, pero, aun así, aquella noche se obligó a pensar solo en lo bueno.

Aquella noche se permitió, por primera vez, dejar de ser Arizona para ser Summer Royal.

Blake



Era un día lluvioso, uno de esos días en los que las luces y colores de Las Vegas quedaban apagados por un manto de color plomizo. Blake solía decir que era como si alguien, desde el cielo, apretara un botón capaz de bajar la intensidad del mundo exterior durante unas horas. Los días de lluvia, las calles de la ciudad se vaciaban de gente, gente que, en lugar de visitar los destinos turísticos más comunes, preferían quedarse en su hotel para disfrutar de un rato de Casino o de alguna actividad programada que este les ofreciera. Los días de lluvia, por tanto, eran días de gran movimiento dentro del Hotel Royal Vegas.

En aquel momento, Blake estaba en su despacho, cumplimentando un informe sobre un incidente ocurrido en la zona de Spa hacía apenas unas horas. Un hombre visiblemente ebrio había intentado abusar de una de las usuarias del hotel. Por suerte, todo había quedado en un susto. Los agentes de la zona habían podido actuar antes de que nada grave sucediera. Pero ese tipo de sucesos, además de parecerle repugnantes, suponían mucho trabajo extra que debía realizar.

Estaba con la mirada fija en la pantalla del ordenador, cuando alguien llamó a su puerta. Poco después, su abuela, con el semblante serio y preocupado, entró en la estancia.

—Blake, ha ocurrido algo terrible. —Su voz se tornó trémula y el labio superior tembló. Se

sentó frente a su escritorio y con las cejas arrugadas, dio una vuelta más al fular color naranja que llevaba alrededor del cuello, en un tic nervioso—. Alguien ha entrado en mi apartamento y ha robado el colgante que me regaló tu abuelo el día de nuestra boda.

Blake parpadeó, sorprendido. Sabía perfectamente de qué colgante estaba hablando, un colgante diseñado por un joyero ruso del siglo XIX. Estaba conformado por un genuino zafiro de color azul de gran tamaño que, según parecía, había sido propiedad de un zar. Según Abigail, su abuelo había ganado ese colgante en una partida al póker con un magnate ruso de negocios muy turbios, y, según los especialistas, era una pieza única de valor incalculable.

Hacía años que Blake había aconsejado a su abuela que guardase el colgante en una cámara acorazada, fuera del hotel, porque dicho colgante podía ser un reclamo para ladrones de guante blanco, pero Abigail se había negado a alejarse de la joya, que le recordaba a su difunto marido y que ya consideraba una reliquia familiar. La joya estaba expuesta en una vitrina y conectada a un sistema de seguridad de alta sensibilidad que era supervisada desde el centro de operaciones del hotel.

—¿Estás segura? —preguntó Blake notando la boca seca.

—He ido esta mañana a clase de Pilates y, a la vuelta, el colgante ya no estaba.

Sus ojos se humedecieron en aquel momento y Blake notó la congoja en su voz. Lógico, no era solo por el precio de la joya en sí, sino por el recuerdo que esta suscitaba en su abuela. Tenía un gran valor sentimental.

—Vale, abuela, tranquila. Voy a descubrir qué ha pasado.

Tras intercambiar un par más de frases, Blake acompañó a Abigail a su apartamento para constatar que, efectivamente, la vitrina estaba vacía. Una opresión le llenó el pecho. Solo un ladrón experto podía haber perpetuado el robo sin ser descubierto. Pensó en el reportaje que hizo

su abuela con la joya puesta en una revista femenina seis meses atrás. En dicha revista mostraban a Abigail como un ejemplo de mujer fuerte y empoderada de nuestros tiempos.

Con el nudo presionando su garganta, se dirigió al centro de operaciones para hacer las comprobaciones pertinentes. Buscó a Summer con la mirada, pero no la encontró. Preguntó a compañeros suyos si la habían visto, pero todos coincidían en que hacía rato que esta se había marchado a hacer unas gestiones y que aún no había vuelto. No le dio importancia, pidió a Dave que le ayudara en su cometido y juntos entraron en la salita que solían usar cuando querían revisar las grabaciones de las cámaras de seguridad en privado. La salita estaba conformada por una mesa con un ordenador. Lo primero que hicieron fue buscar las imágenes del apartamento de Abigail donde se visualizaba la vitrina con la joya. Se sorprendió al descubrir que había un vacío de cinco minutos en esas grabaciones, era como si alguien hubiera congelado las imágenes durante ese tiempo. Se veía la vitrina con la joya en un momento y, al siguiente, la joya había desaparecido por arte de magia.

—Dave... —susurró Blake cada vez más nervioso, pues sabía lo que aquello significaba.

—Lo sé —reconoció él que parecía tan nervioso como él—. El robo lo ha perpetrado uno de los nuestros.

Blake asintió. No podía creerse que, entre sus trabajadores, hubiera un ladrón. Se levantó, aflojándose la corbata y se pinzó el puente de la nariz, empezando a notar una fuerte presión en las sienes.

—Muéstrame las imágenes del pasillo que van desde el ascensor hasta el apartamento de Abigail.

Dave obedeció y, segundos después, se abrió en el monitor una nueva ventana donde se mostraban las grabaciones solicitadas desde distintos ángulos. Dave apretó un botón para pasar

las imágenes a cámara rápida hasta que en una de esas imágenes apareció Summer. El corazón de Blake dio un salto dentro de su pecho cuando Summer, vestida con el uniforme de trabajo, pasó de largo su propio apartamento y el de sus hermanos y se detuvo frente al de Abigail.

Miedo. Sintió miedo. Cuando Summer sacó una llave del interior de su bolsillo y entró en el apartamento de Abigail, el miedo se volvió espeso y lo envolvió.

—Vuelve a poner las imágenes —ordenó Blake frotándose desesperadamente la cara.

Un picor intenso recorría cada poro de su piel mientras el pensamiento de que Summer podía haber robado aquella joya atenazaba su mente.

Dave volvió a pasar las imágenes. No había duda. Summer había entrado en el apartamento de su abuela justo a la hora en la que habían robado el colgante.

—Lo siento, jefe —murmuró Dave incapaz de mirarle a la cara.

—No puede ser, ella no haría algo así —dijo abriéndose la americana con necesidad de librarse de aquella sensación asfixiante que le recorría por dentro.

—Yo también estoy sorprendido, pero Summer es la ladrona, no hay duda: las imágenes no mienten.

Una ristra de pensamientos se amontonó en su mente. Pensó en la casualidad de encontrarla en el Casino después de catorce años sin verse. Pensó en la desconfianza de Brooklyn en un principio y en las palabras de Dexter avalando aquella hipótesis inicial: “Es una estafadora y los estafadores se ganan la vida mintiendo. Quizás todo esto es un plan para ganarse la confianza de Blake y conseguir un botín mucho más gordo del que podría ganar haciendo trampas en el póker”.

¿Y si habían tenido razón? ¿Y si en realidad su reencuentro, su relación y todo lo que había

venido después había sido solo una farsa?

Sacudió la cabeza como si con el movimiento pudiera deshacerse de aquellos pensamientos tan horribles. No podía ser verdad, Summer no podía haber robado aquella joya.

—Tiene que haber alguna explicación —musitó entre dientes, para sí.

—Jefe, entiendo que estés pasando por una fase de negación, no debe ser fácil descubrir que la mujer a la que amas es una ladrona, pero si tenemos en cuenta sus antecedentes, no resulta tan extraño.

Blake apretó los dientes y su mandíbula se tensó. Ser contadora de cartas no la convertía en ladrona. Ella le había explicado que había adoptado aquella profesión como medio para sobrevivir, ¿quién no hubiera hecho lo mismo si se hubiera encontrado en su lugar?

—Ella no ha podido robar el colgante, Dave.

—Entonces, ¿por qué las grabaciones dicen lo contrario?

En aquel momento, llamaron a la puerta de la salita y esta se abrió. Se quedó de piedra al ver a Summer aparecer al otro lado. Sonreía, y sonreía con una inocencia que le resquebrajó por dentro.

Arizona



Arizona entró en la sala donde Blake y Dave la esperaban. Iba sonriendo, pensando que sería algo del trabajo y luego podría invitar a Blake a pasear. Había descubierto, con el paso de los años, que dar paseos bajo la lluvia la calmaba, y que lloviera en Las Vegas era algo tan inusual que quería aprovecharlo, y quería hacerlo con él. Desde que su relación se había formado Arizona había sentido cómo se resquebrajaban sus murallas. Había conseguido dar acceso a Blake, y eso le parecía maravilloso, pero también un tanto aterrador. Aun así, no era momento de pensar en ello.

—Me han dicho los chicos que me estabas buscando. ¿Qué ocurre?

—Tenemos un problema enorme. —Arizona no se había fijado hasta ese momento en la cara de Blake, que denotaba una tensión del todo inusual en él.

—¿Qué problema?

—Han robado la joya estrella de mi abuela. No solo por su valor económico, sino también sentimental.

Arizona lo miró boquiabierta.

—¿No estaba a resguardo en una caja fuerte?

—Estaba vigilado y conectado al servicio de seguridad, pero... lo han robado desde dentro.

—¿Desde dentro?

—Uno de los nuestros.

La cara de Blake cada vez estaba más tensa, y no era para menos. Se acercó a él de inmediato y puso una mano en su brazo, intentando reconfortarlo de alguna manera. Odiaba verlo perder la compostura.

—¿Estás seguro? Puede ser alguien de fuera. Los ladrones hoy día están especializados y...

—Oh, por favor —dijo Dave en un tono que no gustó nada a Arizona—. Deja de fingir.

Arizona lo miró con una mezcla de confusión y sorpresa.

—¿Perdón?

—Tenemos la grabación, Summer. Te hemos visto entrar en el apartamento de Abigail. ¿De dónde demonios has sacado una llave? ¿La robaste?

—No sé de qué demonios estás hablando, Dave, pero yo no he hecho nada.

—Ah ¿no? ¿Y qué me dices de esto?

Se movió rápidamente hacia la pantalla y el teclado, accionó algunas teclas y, a los pocos segundos, Arizona se vio entrando en el apartamento de Abigail con una llave, en efecto. Aun así, no entendía porque algo tan simple como eso la hacía sospechosa de un robo tan grande. ¡Ni siquiera de uno pequeño! Se giró para dejar las cosas claras con Dave, pero entonces reparó en Blake.

—Esta mañana has entrado en el apartamento, has robado la joya y...

—¿Qué? ¡No! —exclamó volviendo su atención a Dave—. ¡Por supuesto que no! Ese video es de otro día.

—¿Otro día? ¿Qué día?

—¿Qué más te da? Abigail me pidió que me ocupara de algo y lo hice, fin de la historia.

—Ya... como excusa, es bastante pobre, Summer.

—No me llames Summer —dijo ella con los dientes apretados.

—Oh, cierto, perdón. Se me olvidaba que ese es un derecho reservado para los que comparten cama contigo.

La indignación recorrió el cuerpo de Arizona en oleadas. Y no solo por las palabras de Dave, que eran duras y desagradables en exceso, sino por la falta de acciones de Blake. Arizona siempre había pensado que odiaba a los hombres que se interponían en las peleas de sus mujeres o novias. Creía que eso las hacía a ellas débiles y que la mujer, hoy día, no necesita la ayuda de ningún caballero de pacotilla, pero lo cierto era que allí, frente a Blake, viéndolo ser testigo del trato que Dave le estaba dando sin hacer nada, Arizona deseó como nunca que la defendiera. ¡Que saltara de inmediato dejando claro que eso era totalmente impropio de ella y jamás haría algo así! Quería que Blake la defendiera con uñas y dientes, no solo ante Dave, sino ante el personal del maldito hotel al completo, porque imaginaba que las acusaciones no iban a pararse en Dave. Pero Blake no hizo nada de eso. Él, simplemente, se quedó allí mirándola como si intentara leerle el alma. Y eso fue mucho más duro de asimilar que las palabras de Dave. Dios, eso fue mucho peor que todo lo que habían vivido hasta entonces, porque en el pasado, Blake había confiado en ella ciegamente, incluso cuando se marchó. Fue ella la que perdió la confianza en él. Cuando volvieron a verse, él la contrató sin dudar, pese a saber que era una chica que se

dedicaba a hacer trampas en el póker. Nunca pareció importarle la fama que ella pudiera tener, o su pasado, pero en aquel instante, mirándolo dolido y dudando, Arizona se dio cuenta de que había vivido una mentira.

Ellos no podían estar juntos. ¿En qué había estado pensando para creer que sí? Tenían un pasado demasiado turbio. Ella tenía un pasado oscuro, negro y lleno de las cosas más feas que nadie pueda imaginar y él, a pesar de haber sido rescatado, en el fondo seguía siendo un hombre deseoso de tener una vida normal y sin escándalos. Aquello sería un escándalo, estaba claro, pero no iba a quedarse a averiguar si, finalmente, Blake la señalaría con dedo acusador. No lo haría por miedo. No le importaba quedar como una cobarde, porque por una vez en la vida, Arizona no quería luchar, ni defender su integridad, ni convencer a nadie, y mucho menos al hombre del que estaba enamorada, de que ella jamás haría algo tan grave, y mucho menos a alguien de su familia.

Así que, ante la perspectiva de ver a Blake dudar, a Dave dar gritos sin ton ni son y sabiendo que pronto aquella sala se llenaría de gente que no la trataría mucho mejor, Arizona hizo lo único que se le ocurrió; lo que mejor sabía hacer, en realidad.

Salió de la habitación y huyó sin volver la vista atrás. Lo hizo sin vacilar, con la barbilla en alto y el corazón tan destrozado que estaba segura de que no había milagro capaz de reconstruirlo.

Y, en cualquier caso, tampoco quería hacerlo.

Blake



Cuando Summer abandonó la sala, Blake se sentía tan abrumado que no supo reaccionar. Se quedó inmóvil, con la mirada fija en la imagen congelada de Summer entrando en el apartamento de Abigail. Pensó en lo que ella le había dicho, que esas imágenes pertenecían a otro día, y decidió hacer una comprobación. Le pidió a Dave que le cediera el sitio para sentarse él frente a la pantalla y, visionar, fotograma a fotograma, la grabación.

—Jefe, estás perdiendo el tiempo. Es evidente que la ladrona es ella. ¿No has visto lo rápido que ha huido cuando se ha visto acorralada?

—Tú cállate, Dave —dijo Blake cortante, desviando unos segundos la mirada del monitor para clavarla en él—. Que sea la última vez que hablas a Summer con ese tono, ¿entendido? En esta empresa no se hacen tratos de favor a nadie a cambio de sexo.

Dave no respondió, aunque una expresión de fastidio ocupó su rostro que en aquel momento parecía muy cansado.

Blake volvió a fijar la mirada en la pantalla y accionó los botones para que el vídeo se reprodujera de nuevo en la línea temporal en la que había sucedido supuestamente el robo, a las 10.33 de la mañana. Los fotogramas parecían coincidir como piezas de un rompecabezas

perfecto unos con otros, pero entonces... entonces reparó en algo. Un trozo de papel que, mágicamente, desaparecía de un fotograma a otro. Con el corazón acelerado, amplió aquel trozo de fotograma y retrocedió la grabación varias veces hasta constatar que Summer había dicho la verdad: aquellas imágenes pertenecían a otro día. El trozo de papel tirado en el suelo desaparecía justo en el momento en el que Summer salía del ascensor y no volvían a aparecer hasta que, minutos después, volvía a entrar en él, por lo que era obvio que alguien, alguien con grandes conocimientos de programación, había cortado y pegado esas imágenes con intención de inculparla.

Aquel descubrimiento fue una liberación tal para Blake que, de golpe, notó como los hombros le pesaban menos. No es que hubiera desconfiado de Summer, no al menos de forma consciente, pero con aquellas pruebas incriminatorias en su contra, la duda había hecho mella. Y ella lo había notado, lo había notado y se había marchado de allí dolida por su sospecha.

Sin más dilación, se levantó de la silla para ir en su busca y aclarar las cosas. Sabía que aún tenía que investigar lo que había sucedido, pero ya tendría tiempo de eso luego.

—¿Dónde vas? —preguntó Dave mirándolo con recelo.

—A buscar a Summer. Ella no ha robado la joya. Estaba en lo cierto. Alguien ha manipulado la grabación para hacernos creer que era culpable.

Si Dave tenía algo que objetar al respecto, no pudo manifestarlo, porque Blake salió del centro de operaciones tan rápido que dejó una estela de viento a su paso. Tenía un solo objetivo en mente: encontrar a Summer. Encontrar a Summer y pedirle perdón por esos segundos de incertidumbre.

Buscó por los pasillos, preguntó al personal, pero nadie la había visto, así que decidió ir directamente a su apartamento. Quizás, con el disgusto, se había escondido allí.

Nada más entrar en el piso, notó algo distinto en el ambiente. Se fijó en que sus zapatos no estaban tirados en la entrada, como siempre. Su abrigo tampoco estaba en el colgador. Una sensación desagradable le recorrió el estómago y se dirigió rápidamente al dormitorio que, desde hacía semanas, compartían. Lo que se encontró fue desolador. Summer había recogido todas sus cosas dejando armarios y cajones abiertos. Parpadeó confuso, como si no acabara de comprender la imagen que le devolvía sus retinas. ¿Summer se había marchado? ¿Sin despedirse? ¿Sin decir nada?

Durante las siguientes horas intentó encontrarla sin éxito.

Su coche no estaba en el aparcamiento, era obvio que había abandonado las instalaciones, así que cogió el suyo y recorrió la ciudad en su busca. La lluvia chocaba contra el parabrisas sin tregua y la sensación de desesperación era tal que un agujero negro se acomodó en su estómago.

Cuando la noche cayó sobre Las Vegas, se dio por vencido. Summer no estaba en ningún sitio conocido. Summer... se había esfumado. Al desconfiar en ella había hecho que las murallas que había conseguido derribar a base de esfuerzo y tesón volvieran a levantarse.

Sintiéndose perdido y sin rumbo, Blake aparcó el coche frente a un pub, lanzó varios billetes sobre la barra y le pidió al camarero que le llenara la copa de whisky cada vez que esta estuviera vacía. Necesitaba perder la noción del tiempo y la realidad. Necesitaba olvidar. Necesitaba dejar de pensar que por su culpa había vuelto a perder a la única mujer que le había importado en su vida.

En algún momento de la noche, perdió la conciencia.

Despertó varias horas más tarde sobre el suelo del cuarto de baño de su hermano Brooklyn.

Estaba tumbado de lado, sobre una toalla, y un olor rancio le hizo arrugar la nariz. Le dolía la cabeza como si tuviera a mil enanitos golpeándole desde dentro. Hacía años que no tenía una resaca de esas proporciones.

Se levantó del suelo con cierta dificultad y descubrió con desagrado que el olor putrefacto provenía de la ropa que aún llevaba. Vómito. Era vómito.

—Buenos días, Bella Durmiente —dijo Brooklyn abriendo la puerta del baño. Se asomó bajo el umbral y Blake deseó con inquina intercambiar su cuerpo con el de él. Parecía descansado, descansado y limpio. Al menos él no tenía marcas de vómito en su ropa.

—¿Cómo he llegado a aquí?

—¿No recuerdas nada?

—Lo último que recuerdo es estar bebiendo en aquel bar —dijo con los ojos entrecerrados por la molestia que le causaba la luz en los ojos. Dios, había olvidado lo molestas que eran las resacas.

Brooklyn se cruzó de brazos, con esa expresión de suficiencia de hermano mayor que tanto le sacaba de quicio.

—Digamos que a la hora del cierre estabas tan borracho que apenas podías tenderte en pie. El camarero intentó sonsacarte donde vivías para meterte en un taxi, pero como no colaborabas llamó al primer contacto de tu agenda. Tuviste suerte de que ese contacto fuera yo y no papá. Menudo disgusto se hubiera llevado el pobre.

—Joder, lo siento.

—¿Qué ha pasado, Blake? —preguntó Brooklyn sin paños calientes, con las cejas levemente arrugadas—. Ya sabes que en el hotel los rumores vuelan, y no sé qué creer.

—¿Qué rumores?

—Dicen que Summer robó el colgante de la abuela.

—¡Mienten! —Blake notó cómo la presión de la cabeza aumentaba a causa de la resaca. Se frotó las sienes antes de añadir—: Ella no lo robó, fue toda una trampa.

—¿Te parece si te das una ducha, preparo café, llamo a los demás y nos lo explicas en calma mientras desayunas algo?

Blake asintió y media hora más tarde estaba sentado en la isleta de cocina de Brooklyn tomándose un café bien cargado con un ibuprofeno y algo de pan para asentar el estómago. Dexter y Lucky habían acudido a la llamada de Brooklyn enseguida, y los tres hermanos escuchaban las explicaciones de Blake sin interrumpirle.

Cuando Blake dejó de hablar, Lucky intervino:

—Tenemos que encontrar a Summer, Blake, pero, antes, tenemos que descubrir quién robó el colgante de la abuela y perpetró esta calumnia. Tenemos que limpiar su nombre y su reputación, se lo debemos.

Los cuatro hermanos estuvieron de acuerdo en eso y decidieron organizarse para desenmascarar al culpable lo más rápido posible.

Fueron días complicados en el Hotel Royal Vegas. Días de interrogatorios, de teorías conspirativas, de sospechar de todo el mundo. Blake había hecho pasar por su despacho a toda la plantilla del departamento de Seguridad con la intención de que, a base de preguntas, consiguiera desenmascarar al culpable. Estaba seguro de que el ladrón tenía que ser uno de sus hombres,

pues solo alguien con conocimientos especiales podía haber hecho semejantes cambios en las grabaciones de las cámaras de seguridad. Sin embargo, no sacó nada en claro. Todos tenían una coartada perfecta para la hora y el día estipulados.

Estaba empezando a perder la fe, cuando, una mañana, Jolie se presentó en su despacho para hablar con él.

—No sé si hago bien de contarte esto, Blake, pero hay algo que me ronda por la cabeza desde hace días. Quizás es una tontería y no tiene nada que ver con el robo, pero... creo que debes saberlo —dijo ella. Jolie estaba al corriente de todo, pues tanto él como sus hermanos confiaban en ella—. La mañana en la que robaron el colgante de Abigail, Dave y yo chocamos en la puerta de uno de los ascensores del vestíbulo del hotel. Los dos íbamos con prisas, él por salir y yo por entrar. Sostenía algo entre las manos y, con el golpe, cayó al suelo. Se puso muy nervioso, me gritó de muy malos modos, y se apresuró a recoger lo que había caído con una actitud un tanto extraña.

Blake escuchó a Jolie completamente fuera de lugar. Dave llevaba desde el principio defendiendo que no se había movido del centro de operaciones durante la mañana del robo, por lo que aquella nueva información arrojaba muchas dudas.

Tras agradecer su aportación a Jolie, se dirigió a la salita privada del centro de operaciones y visualizó, de nuevo, las grabaciones de la mañana en cuestión. Con sorpresa, descubrió que estas habían sido manipuladas. También habían manipulado las grabaciones de los ascensores, pues aquel encuentro entre Jolie y Dave no aparecía por ninguna parte.

Fue entonces cuando algo dentro de Blake hizo clic. Una certeza. La certeza de que todo ese tiempo había estado buscando en el lugar equivocado...

Encontraron la joya dentro de la boca de un lenguado, en el refrigerador de Dave. Blake había ordenado a los agentes correspondientes que hicieran un registro exhaustivo, a pesar de que Dave se tomó aquello como una ofensa personal. Gritó, lo insultó, le juró que estaba cometiendo un gran error. Pero nada de eso impidió que sus hombres encontraran la joya.

Por lo que pudo saber más tarde gracias al informe de la policía que se lo llevó detenido, Dave había robado la joya para saldar unas deudas que había contraído a causa de su adicción al juego. Por lo visto, Dave tenía intención de inculpar a Summer desde el principio, por ello insistió tanto en contratarla. Sabía que su pasado oscuro sería un antecedente creíble para que su plan funcionara.

Para Blake, descubrir que el ladrón de la joya de Abigail había sido su hombre de mayor confianza, fue un golpe duro. Dave era su mano derecha, siempre le había creído un hombre honesto y de confianza, ¿cómo había estado tan equivocado?

En todo caso, la joya volvió donde debía: dentro de la vitrina de Abigail, a buen resguardo.

Aquella misma noche, tanto Blake, como sus hermanos y su padre, se presentaron en el apartamento de Abigail para celebrar su hallazgo. Blake tenía pocas ganas de celebraciones. Llevaba días sin dormir bien, días de echar en falta a Summer, días de querer dejarlo todo para ir en su busca. Si no lo había hecho era porque tenía una obligación para con su familia.

—Hijo —le llamó su padre en un momento de la noche en el que este se había alejado del grupo para mirar absorto a través de la ventana—, ¿cómo te encuentras?

Blake se encogió de hombros.

—Contento por la abuela...

—¿Pero? —dijo Max adivinando su duda.

—Pero no puedo dejar de pensar en Summer.

—Siento mucho todo lo que ha pasado. Summer no se merecía que nadie le hiciera algo así.

Los labios de Blake esbozaron una sonrisa triste.

—De pequeño me gustaba pensar que a las personas buenas no les pasaban cosas malas, y viceversa, que las personas malas, tarde o temprano, acababan recibiendo su merecido, pero, con el tiempo, me he dado cuenta de que eso no es así. Da igual de qué modo actúes o cuáles sean tus intenciones, la justicia divina no existe. Y, si no, fíjate en Summer. Es una de las personas más buenas que conozco y no le han dejado de pasar cosas malas. Y yo me pregunto: ¿por qué? ¿Por qué a ella?

Max asintió despacio, colocó una mano sobre su hombro y le miró con cariño.

—Entiendo lo que quieres decir, pero no estoy de acuerdo contigo en todo. A Summer le han pasado cosas malas, de acuerdo, pero no todas han sido malas, porque también le has pasado tú.

—¿Yo? —Blake soltó una risa amarga—. Yo que la abandoné una vez y que la he vuelto a fastidiar ahora.

—Cometer errores nos hace humanos.

—La he perdido, papá. La he perdido de nuevo.

Max sacó algo del bolsillo del pantalón y se lo tendió, con una pequeña sonrisa. Era un papel doblado. Blake lo cogió sin entender, lo desdobló y leyó una dirección en él.

—¿Qué es esto?

—Ya sabes que tengo contactos en la policía, así que, con una foto suya y el número de la

matrícula de su coche, encontrarla ha sido fácil. Lleva dos días hospedándose en un motel de carretera, yo de ti no tardaría mucho en ir a por ella, no se cuándo se marchará.

Una oleada de gratitud se expandió por el pecho de Blake. Nunca podría agradecer lo suficiente a Max todo lo que había hecho por él desde el día que lo acogió. Nunca.

Con el corazón en la garganta, lo abrazó.

—Gracias, papá, gracias.

—No me des las gracias y corre a por ello, hijo. Corre y tráela de vuelta a casa.

Arizona



Arizona miraba el papel pintado descascarillado de la pared de enfrente y se preguntaba por qué había elegido aquel motel de carretera en vez de uno un poco mejor. Encontró la respuesta rápido: allí sería más difícil que Blake la encontrara. No sabía si iba a buscarla, suponía que sí, pero tal y como estaban las cosas, podía ocurrir que Blake pensara que era una ladrona y agradeciera que se marchara sin hacer ruido. De hecho, habían pasado días y no sabía nada de él. Y sí, vale que había apagado el móvil y no había dicho adónde iba, pero era un hombre con contactos. Si quisiera encontrarla, ya lo habría hecho.

La pregunta era: ¿Quería ella que la encontrara?

Por un lado, no había nada que deseara más, quería que él fuera a buscarla, le confesara su amor y de paso le dijera que nunca había dudado de su integridad y mucho menos había pensado que ella podía, de verdad, robarle a Abigail. ¡No, con el cariño que le había cogido! Al inicio su relación sí había sido un poco más tensa, pero en aquellos instantes Arizona adoraba tomar el té con ella y que le hablara de su pasado, de su matrimonio y del modo en que había conseguido superar cada bache del camino. La abuela de Blake se había convertido en una inspiración para ella y nunca se le habría pasado por la cabeza traicionar su confianza de ese modo.

Por otro lado, y justamente debido a esto, no quería que Blake la encontrara. Por mucho que él dijera, ella había visto el modo en que la había mirado. Había dudado, aunque solo fuera por unas décimas de segundo. El dolor que Arizona sintió en el pecho fue tan lacerante que le extrañaba no haber sangrado ahí mismo, frente a él. Quería ser madura y comprender los hechos; entender que todo apuntaba hacia ella de forma sospechosa y que lo lógico era que Blake dudara y le preguntara, pero su parte más sentimental, esa que había estado enamorada de él toda la vida, no era capaz de entender cómo era posible que ella confiara en él una y otra vez y él, en ella, no.

Y así, dando vueltas sobre el mismo tema una y otra vez, llevaba lo que parecía una eternidad. No había comido, porque no sentía hambre, ni se había duchado, pese a saber que le iría bien para calmar sus nervios. Se había limitado a quedarse sobre la cama de colcha vieja, mirar el papel pintado descascarillado y pensar. Solo eso. Podía parecer fácil, pero, en realidad, se necesitaba de mucha paciencia y valentía para pensar en algo tan trascendental como el futuro inmediato. ¿Qué haría? ¿A dónde iría? ¿Se quedaría en Las Vegas o, por el contrario, buscaría su futuro en otro lugar? Quizás podría pasar un tiempo en Chicago. No lo conocía y algo le decía que podía ser una ciudad que la enamorara. O a lo mejor debería buscar algo más tranquilo; un pueblo perdido en medio de la nada donde empezar de cero y ser, simplemente, Arizona. Sin pasado, sin nada que la atara. Eso era lo que siempre había querido desde que recuperó su libertad con la mayoría de edad. Sin embargo, allí sentada se dio cuenta de que, en realidad, ella pensaba que ya había encontrado su sitio en el mundo y lo mejor de todo era que no tenía que esquivar el pasado. Había conseguido perdonar y seguir adelante. Había logrado...

Frunció el ceño al sentir unos golpes en la puerta. Se tensó de inmediato, ella no estaba esperando a nadie y, por descontado, no había comentado dónde estaría porque ni siquiera se había despedido.

—Summer, sé que estás ahí, ábreme la puerta, por favor.

La voz de Blake se coló en la habitación y Arizona sintió el corazón martillearle en varios puntos a la vez. Principalmente en la base de la garganta, donde el pánico empezaba a cerrarle las vías respiratorias. Miró a su alrededor deseando poder huir, pero la única ventana de la habitación daba al mismo corredor en el que estaba la puerta, así que sería inútil salir por ahí.

—Summer, tenemos que hablar. Por favor, cielo, abre.

Por un momento, Arizona contempló la posibilidad de no contestar y simplemente dejar que se aburriera, pero se corrigió enseguida. Ella no era una cobarde. No lo había sido nunca y no lo sería ese día. No tenía por qué esconderse, porque eso solo la haría parecer más culpable, así que se levantó, ordenó a sus piernas temblorosas caminar hacia la puerta y abrió con la barbilla alzada en actitud desafiante.

—Si vienes a por la joya de tu abuela, deberías saber que ya la he vendido al mejor postor —dijo de modo irónico.

Comprendió, un segundo tarde, que, si Blake dudaba de ella, ponerse a la defensiva de ese modo no la ayudaría en nada, pero no podía evitarlo. Ella no iba a rogarle que la creyera. Era inocente y no tenía por qué convencer a nadie de ello, porque su conciencia estaba limpia.

Blake la miró con lo que le pareció arrepentimiento. Arizona se fijó en que estaba demacrado y tenía los ojos tan rojos que de inmediato supo que había dormido tan poco como ella.

—Tienes todo el derecho del mundo a actuar así. No te culpo, sé que pensarás que soy un cabrón y te aseguro que yo mismo me he dicho cosas mucho peores en estas horas, pero necesito que me escuches.

—¿Por qué?

—¿Por qué? —preguntó él, aparentemente confundido.

Arizona cruzó los brazos en actitud beligerante y lo miró desafiante.

—Eso he preguntado: ¿por qué tengo que escucharte?

—Porque vengo a pedir perdón por haber dudado de ti y no haberte defendido cuando Dave se encaró de ese modo contigo.

—Entiendo... ¿Y qué te ha llevado a la conclusión de que soy inocente? —Blake guardó silencio y ella siguió—. Habéis encontrado al ladrón, ¿no es cierto?

—Eso no es relevante ahora.

—Por supuesto que lo es. De no ser así, tú no habrías venido a buscarme ni estarías aquí hablando de mi inocencia de un modo tan seguro. Has descubierto que no fui yo y te sientes como una mierda. —Su cara de culpabilidad se lo confirmó—. Lárgate, Blake.

Comenzó a cerrar la puerta, pero él se lo impidió.

—No, por favor, espera. Necesito que me escuches.

—No tengo nada más que escuchar. Dudaste de mí cuando más necesitaba que alguien creyera en mi inocencia. Me dejaste a la deriva, como hiciste cuando éramos niños. Me abandonaste de nuevo, aunque no lo hicieras físicamente. Te quedaste allí mirando mientras Dave decía todas aquellas cosas horribles.

—Estaba en shock, pero nunca dudé de ti.

—Sí lo hiciste. Me creíste capaz de robarle a tu abuela y...

—No, no es cierto. O no del todo. Durante un segundo, un solo segundo, me pregunté si

podía ser posible, pero luego me di cuenta de que tú jamás harías algo así, y para que lo sepas, mi familia piensa como yo. Todos creemos en tu inocencia.

—Eso es porque habéis encontrado al culpable —susurró ella, con la voz mucho menos firme de lo que le gustaría.

—Es irrelevante.

—No lo es. Si creyeras en mi inocencia, habrías venido antes.

—Invertí todo mi tiempo en dar con el ladrón y lamentarme por haberte perdido. Me emborraché hasta perder el conocimiento después de buscarte durante horas y... —Su cara de dolor fue suficiente para ablandar un poco el corazón de Arizona—. Pensar que te había perdido de nuevo me produjo tal dolor que me costaba respirar. Yo solo... déjame recompensarte. Déjame demostrarte que nunca más dudaré de ti. Summer, por favor, ven conmigo a casa.

—Yo no tengo casa —dijo con voz temblorosa.

—La tienes. Tu casa está conmigo, igual que la mía está contigo. —La miró tan profundamente que Arizona tembló—. Summer, no soy perfecto. Sé que mereces mucho más de lo que yo puedo darte, pero estoy aquí, dispuesto a intentar cumplir tus expectativas. No puedo prometerte que lo logre siempre o que, a veces, no merezca tu amor, pero aun así seguiré intentando hacerlo lo mejor posible cada día. Por favor, vuelve conmigo. Deja que te demuestre el resto de nuestra vida que puedo estar a la altura de alguien como tú.

Arizona intentó mantener la calma, pero era realmente difícil cuando el amor de su vida, el hombre al que había querido más que a nada en el mundo, estaba allí plantado diciéndole lo que siempre había ansiado oír. Lo miró profundamente y se hizo la pregunta más importante de su vida:

¿Podía perdonar una vez más, entregarse a él y confiar en que, esta vez, todo saldría bien?

Blake



Blake miró embobado a Summer, no solo por lo increíblemente bonita que era, sino por el modo en que ella pensaba a toda prisa. Pese a estar en una situación tan delicada, adoraba ver los engranajes de la mente de Summer en acción. Era de pensamientos rápidos. Blake estaba convencido de que, si tuviera el privilegio de estar en su mente un día por arte de magia, acabaría mareado. Eso era algo que le había venido muy bien para contar cartas y jugar al póker, pero en el aspecto emocional no era lo más recomendable, porque probablemente estaba valorando pros y contras y Blake no era tonto. Sabía que tenía muchas posibilidades de que ella no lo perdonara. ¿Y acaso podía culparla? Se había ganado a pulso que ella lo odiara. No había tenido bastante con fallarle una vez, muchos años atrás, sino que había vuelto a fallar. Blake se prometió allí mismo no volver a caer en lo mismo si es que ella conseguía perdonarlo. Fallaría en otras cosas, pero nunca, ni una sola vez, pondría en entredicho su honor. Ni siquiera un segundo, como había sido el caso.

—Blake, yo... Quiero perdonarte.

—Lo sé —dijo, porque era cierto. Sabía que ella quería perdonarlo, pero todo lo vivido y su desconfianza natural jugaban en contra.

—No sé si puedo soportar que vuelvas a dudar de mí en un futuro. No sé si...

—No pasará. —Adentró un pie en la habitación y, cuando ella no le impidió entrar, ganó un poco de confianza—. Podemos hacer esto, Summer. Estoy completamente seguro de que podemos hacer que funcione.

—Eso pensaba yo, pero está claro que siempre hay algo que falla y...

—Los fallos entran dentro de la normalidad. —Ella lo miró confundida, pero no se detuvo—. No somos perfectos, cariño. Yo no lo soy, desde luego, y tú tampoco. Es cierto que dudé por una milésima de segundo, no de ti en sí, sino de la situación. Sí, lo admito, porque soy humano y ante situaciones estresantes actúo de forma impredecible, pero tú tienes que trabajar tu confianza.

—¿Estás culpándome a mí?

—No, joder, en absoluto. Solo digo que la vida no trata de ser perfectos todo el tiempo. No tenemos que ser intachables constantemente. Somos seres humanos, Summer, y los seres humanos cometen errores. Esta vez he sido yo, pero en el futuro puedes ser tú y entonces me encantaría que vinieras a por mí y me hicieras ver las cosas con perspectiva. Entiendo tu dolor y te prometo que me arrepiento como no te imaginas. Quiero prometerte que nunca más te haré daño, pero la verdad es que no tengo la certeza de ello, y no por eso te amo menos. Te amo, Summer. Esa es la única realidad inamovible. Te amo como no he amado a otra mujer y como estoy seguro de que no amaré nunca a nadie, pero no soy perfecto, y si vuelves conmigo, debes saber que, aunque intentaré hacerte feliz cada día, vendrán rachas malas y eso no significa que te quiera menos, solo que soy un ser humano, igual que tú.

Era arriesgado abrirse así, Blake lo sabía, pero confiaba en que Summer pudiera ver lo mucho que le había costado y se diera cuenta de que, lo que le había dicho, lo sentía de verdad. Podía no ser el hombre perfecto, pero estaba convencido de que ellos debían estar juntos; que lo suyo era un amor para toda la vida. No podía ser de otra forma. Después de tanto sufrimiento, ambos se merecían el uno al otro.

—Vivo con el miedo —dijo Summer con voz temblorosa—. Tengo miedo de que me falles, de fallar yo misma. Tengo miedo de que un día, al abrir los ojos, mi realidad cambie, como ha pasado esta vez. Tengo miedo de que con cada cosa que ocurra yo esté en el punto de mira y tengo mucho mucho miedo de no estar a la altura de los Royal.

—Oh, cariño, eso no pasará jamás.

—No son más que una niña callejera con un pasado oscuro y demasiada desconfianza encima. Siento que hasta mi alma está rota en pedazos.

La voz con que admitió aquello partió a Blake en dos. Tanto, que cuando habló, su voz sonó tremendamente grave.

—Por fortuna, los Royal somos expertos en reconstruir almas rotas. Y no hablo solo de mí. Tienes un hogar, Summer. Ahora lo tienes, igual que tienes una familia que está esperando por ti.

—Eso no es...

—¿Cierto? —acabó la frase por ella—. ¿Y entonces por qué te he encontrado gracias a mi padre? ¿Y por qué lo último que me ha dicho él es que te encuentre y te lleve a casa? —Las lágrimas de Summer surcaron su precioso rostro y Blake no soportó más la distancia. Se acercó a ella, pasó los pulgares por sus mejillas y limpió cada rastro de agua salada que vio—. Te quiero, Summer. Quiero darte una familia, un hogar, y quiero que tú también me lo des a mí. Por favor, cariño, vuelve a casa.

Ella no se apartó, pero lo miró fijamente sin hablar por lo que a Blake le pareció una eternidad. Después de aquello iba a necesitar un buen trago para temblar sus nervios, estaba seguro, pero si ella volvía con él, bien merecía la pena todo, incluido el desasosiego que se agarraba a su tripa amenazando con estrangularle el estómago si ella no decía algo pronto.

—No puedo prometerte que no vaya a desconfiar más de ti —susurró entonces—. Quiero volver contigo, pero no sé si puedo confiar ciegamente.

—No tienes que hacerlo. No quiero que hagas nada a ciegas, ni siquiera confiar. Fíate de tu instinto, de los hechos y del amor que te tengo. Lo demás... ya irá viniendo. No quiero que te pongas una venda en los ojos por mí, Summer. Quiero que disfrutes la vida conmigo, a mi lado, y hacer yo lo mismo.

Su sonrisa... Joder, su sonrisa iluminó aquel motel de mala muerte y Blake sintió que por fin se abría la esperanza dentro de él.

—Solo volveré con una condición.

—La que sea.

—Quiero una subida de sueldo.

Blake la miró con la boca abierta, pero entonces Summer se pinzó el labio inferior con picardía y no pudo más que soltar una carcajada y abrazarla, feliz de volver a recuperarla, porque sabía que eso había sido su forma de abrir la puerta a la relación de nuevo.

—Tengo libre el puesto para ser mi mano derecha. ¿Qué me dices?

Eso hizo que se apartara de Blake y lo mirara sorprendida.

—¿Y Dave? —La cara que puso Blake dijo todo lo que había que decir—. ¿Fue él?

—Sí. De hecho, tengo la certeza de que insistió en que te contratáramos solo para poder culparte cuando perpetuara el robo. Se lo montó bien, hay que reconocerlo. De no ser por Jolie...

—¿Jolie?

—Te lo contaré todo —le dijo con una pequeña sonrisa—. Pero ¿qué tal si nos vamos a casa y lo hablamos allí tranquilamente? Estoy como loco por sacarte de este sitio.

—¿Qué le pasa a este sitio? —preguntó con fingida inocencia. Blake alzó las cejas y ella rio—. Te has vuelto un acomodado, por lo que veo.

—No, lo que pasa es que me gusta pensar que estás a salvo y este sitio no parece el más seguro.

—Sé cuidarme solita.

—No tengo ninguna duda, cariño. Lo decía más bien porque no quiero morir de preocupación, aunque sé que no es necesario que me preocupe. —Ella rio y él tiró de su mano para pegarla a su cuerpo—. Dime que puedo besarte ya.

—Si tengo que decírtelo yo, es que eres menos observador de lo que pensaba, Royal.

—No me gustaría romper alguno de tus límites.

—Oh, en cuanto a límites, normas y promesas, las he roto todas yo solita.

—¿Tenías muchas?

—Solo una importante.

—¿Puedo saber cuál?

—Prohibido confiar en Blake Royal.

La miró, deshecho con su sinceridad y más enamorado que nunca, pero también un tanto triste.

—Bueno, no he hecho muchos méritos para merecer tu confianza.

—No, pero creo que voy a romper esa norma, porque algo me dice que, con nuestros más, y nuestros menos, confiar en ti empezará a ser una buena idea.

—¿Sí? Tienes razón, Blake, no somos perfectos, y ahora comprendo que, en realidad, no quiero que lo seamos. Quiero estar contigo y que confiemos el uno en el otro, pero entiendo que eso lleva tiempo y dedicación. Solo espero que los dos luchemos cada día por nuestra relación con uñas y dientes.

—Cariño, eso puedes darlo por hecho.

—En ese caso... ¿Qué esperas para llevarme a casa?

Blake soltó una carcajada, la besó como llevaba deseando desde que supo que se había marchado y entrelazó sus dedos con los de ella para sacarla de allí. No tenía ni idea de lo que le depararía el futuro, pero tampoco le importaba, siempre y cuando Summer estuviera en él.

Epílogo

Summer



Summer guardaba pocos recuerdos felices de su infancia. Cuando pensaba en su niñez, un sentimiento agri dulce se apoderaba de ella. Sus primeros recuerdos estaban marcados por el alcoholismo de su madre y las relaciones tóxicas que esta mantenía con hombres que, lejos de quererla, se aprovechaban de ella para vivir a su costa. Luego, cuando su madre decidió que el estado asumiera su tutela, la cosa no mejoró. Se sentía sola, perdida, echaba de menos tener una figura de apego que la arrullara por las noches cuando la tormenta azotaba las ventanas y las sombras se convertían en monstruos que acechaban su cama. Durante años, saltó de casa de acogida en casa de acogida, sin encontrar un lugar definitivo en el que poder sentirse a salvo. Veía como otros niños y niñas de su edad eran adoptados por familias deseosas de darles un hogar. Pero a ella nunca le tocaba eso. A ella nunca la elegían. Y, entonces, un día, en una nueva casa de acogida, conoció a Blake.

Summer aún no sabía explicar muy bien qué sucedió entre ella y Blake para que su relación creciera a la velocidad que lo hizo. Quizás fue que ambos eran niños heridos, niños que se sentían abandonados, niños que necesitaban con urgencia unos brazos a los que poder llamar hogar. Fuera como fuera, el vínculo que unió a Summer y Blake enseguida alcanzó un grado de intimidad y complicidad tan fuerte que estaba destinado a perdurar en el tiempo.

Durante años, Blake fue la brújula de Summer, el ancla, su lugar seguro. Daba igual que las casas de acogida a las que les destinaban fueran horribles o les trataran mal, porque estaban juntos, porque se tenían el uno al otro, y eso era lo único que importaba.

Los años pasaron, Blake dejó de ser un niño para convertirse en un adolescente rebelde, Summer dejó de ser una niña para convertirse en una adolescente recelosa. En algún momento, en aquel lapso de tiempo, Summer comprendió que sus sentimientos por Blake habían dejado de ser inocentes y puros para convertirse en algo más. Nunca se lo dijo. Prefería mantener ocultos sus sentimientos antes que poner en peligro su relación con él. Porque Blake era su familia, la única persona que tenía en el mundo, y no estaba dispuesta a perderla por algo tan efímero y caprichoso como el amor.

Sin embargo, a veces, cuando, por las noches, antes de quedarse dormida, jugaba a imaginarse el futuro que les aguardaba, no podía evitar soñar en un desenlace feliz para ellos dos. Soñaba con besos, con caricias, con planes de vida juntos y muchas carcajadas como banda sonora para todos aquellos momentos. Soñaba con una casa propia, gente que los quisiera y una boda íntima en algún lugar bonito.

Habían pasado catorce años desde que Summer soñó con ese futuro posible por última vez. Durante todos aquellos años, aquel futuro proyectado había quedado completamente descartado por un presente un tanto oscuro. ¿Quién le hubiera dicho que, en algún momento, todos esos sueños pudieran hacerse realidad?

Esa era la pregunta que Summer se hizo cuando, al salir de la capilla del Hotel Royal Vegas junto a su nuevo y flamante marido, una lluvia de pétalos rojos les dio la bienvenida junto a un coro de voces que gritaban: “vivan los novios”.

Tres días fue el tiempo que necesitaron para organizar aquella boda tras su regreso a la ciudad. Blake le había pedido matrimonio en un momento de debilidad mientras hacían el amor,

y ella había dicho que sí llevada por el orgasmo y la promesa de más orgasmos como ese en el futuro. Después de la euforia postcoital había tenido sus dudas, por supuesto, pero estas habían acabado enterradas bajo la certeza absoluta de que Blake Royal era el hombre de su vida.

Puede que para muchos su boda estuviera llena de carencias debido a su premeditación, pero a Summer se le antojaba perfecta. No necesitaba un vestido pomposo ni una celebración lujosa para ser feliz. Su vestido era sencillo, de corte imperio, se había maquillado y peinado ella misma, y los zapatos que llevaba eran un préstamo de Jolie que usaba el mismo número que ella. Respecto a la celebración, habían decidido hacer la ceremonia en la capilla del hotel y el banquete en el restaurante de Jolie. Tampoco eran muchos invitados. A lo sumo cincuenta entre amigos, familia y algunos trabajadores del hotel.

La ceremonia fue bonita y el menú que preparó Jolie un regalo para el paladar. Comieron, brindaron, rieron, se besaron, bailaron, se llenaron la cara de tarta y disfrutaron como nunca.

Horas más tarde, en un momento de descanso, observando a toda aquella gente pasándose lo bien a su costa, Summer se sintió plena. Plena, satisfecha, radiante. Y, entonces, notó una sensación extraña, algo parecido a una despedida. Notó como Arizona, la mujer desconfiada y fría que llevaba años acompañándola, abandonaba su cuerpo, la miraba a los ojos con cierta pena y le decía adiós. Fue una sensación abstracta, incorpórea, pero tan potente que, durante unos segundos, perdió la noción de la realidad.

—¿Estás bien, cariño? —preguntó Blake, abrazándola por detrás y depositando un beso en su hombro.

Summer esbozó una pequeña sonrisa, besó su mandíbula fuerte y sonrió.

—Sí. Creo que nunca he estado mejor en toda mi vida.

Compartieron una sonrisa cómplice y fijaron la mirada en la pista de baile, allí donde todos

sus seres queridos bailaban con ganas. Una escena en cuestión llamó su atención. Dexter y Jolie bailaban agarrados en el centro de la pista. Él la cogía de la cintura, ella apoyaba la mejilla en su pecho. Parecían realmente cómodos el uno con el otro.

—Esos dos parecen muy acaramelados, ¿crees que hay algo entre ellos? —preguntó Blake.

Summer no pudo decir nada, porque Brooklyn, que apareció de pronto, se le adelantó:

—Por supuesto que no, ni en un millón de años Dexter podría aspirar a una mujer como ella.

Blake intercambió una mirada significativa con Summer.

—Hermano, ¿eso que noto en el tono de tu voz es envidia?

—¿Envidia? ¿Yo? Para nada. —Cambió el peso de una pierna a la otra y arqueó una ceja—. Es más, estoy en el lado opuesto de la envidia. Estoy con la indiferencia. Porque eso es lo que siento: indiferencia. —Y con la excusa de ir a por una copa, se alejó de ellos, refunfuñando en voz baja.

—¿Brooklyn y Jolie? —preguntó Summer siguiendo a su cuñado con la mirada.

—Quien sabe. —Blake se encogió de hombros—. Hace un año te hubiera dicho que no había mujer en la tierra capaz de perturbar el ánimo de Brooklyn Royal, pero eso creía de mí mismo y aquí estoy, así que, ¿por qué no?

Summer asintió despacio y sonrió. La música sonaba alta y a su alrededor todo el mundo parecía feliz. Max y Abigail hablaban animadamente con unos amigos de la familia. Jolie y Dexter seguían bailando en el centro de la pista. Brooklyn se había sentado junto a Charlotte y parecía estar compartiendo confidencias con ella. Lucky había desaparecido hacía rato con una de las camareras de Jolie. Chase, Hunter y Archie conversaban entre ellos mientras buscaban con la mirada a mujeres dispuestas a intercambiar algo más que palabras. Todo el mundo parecía

disfrutar. Todo el mundo parecía pasarlo bien. Y por primera vez en su vida, Summer supo lo que se sentía al tener una familia, pues nunca antes la felicidad ajena le había llenado de tanto gozo.

Por fin, después de tanto buscar, sin ser consciente de lo mucho que lo ansiaba, lo había encontrado: un hogar, una familia, un lugar en el que sentirse a salvo.

—Blake Royal, gracias por este final feliz.

Blake sonrió, la apretó con fuerza contra él y susurró:

—Tú y yo para siempre, ¿recuerdas?

¿No quieres perderte ninguna de nuestras novelas?

¡Hola! Somos Emma Winter y Ella Valentine, las autoras de esta novela. Queremos darte las gracias por disfrutar de esta historia.

Si te ha gustado esta novela, te pediríamos un pequeño favor: deja tu valoración en Amazon. Para ti serán solo 5 minutos, a nosotras nos animará a seguir escribiendo.

Por otro lado, si quieres estar al día de todo lo que publiquemos puedes seguirnos en nuestras redes sociales:

Ella Valentine:

Instagram: <https://www.instagram.com/ellavalentineautora/>

Facebook: <https://www.facebook.com/ellavalentineautora/>

Emma Winter:

Instagram: <https://www.instagram.com/emmawinteraautora/>

Facebook: <https://www.facebook.com/Emma-winter-autora-101258521556593/>

También puedes seguirnos en nuestras páginas de autor de Amazon para que sea el propio Amazon quién te avise de nuestras nuevas publicaciones ;-).

<https://www.amazon.es/Ella-Valentine/e/B07SGG42T8>

<https://www.amazon.es/Emma-Winter/e/B088WT38K9>

¡Muchas gracias!

Novelas anteriores de EyE

-Serie Lemonville

Un canalla con mucha suerte (Lemonville 1): La historia de Lemon y James. [Leer aquí](#)

Un irlandés con mucha suerte (Lemonville 2): La historia de Autumn y Liam. [Leer aquí](#)

Una chiflada con mucha suerte (Lemonville 3): La historia de Italia y Asher. [Leer aquí](#)

Un hermanastro con mucha suerte (Lemonville 4): La historia de Matt y Enya [Leer aquí](#)

-Serie Deseos Navideños

Un novio multimillonario por Navidad [Leer aquí](#)

Una canción millonaria por Navidad [Leer aquí](#)

Novelas anteriores de Emma Winter

-Serie Millonario

Un trato millonario: [leer aquí](#)

Un juego millonario: [leer aquí](#)

Un highlander millonario: [leer aquí](#)

Un highlander atormentado: [leer aquí](#)

Novelas anteriores de Ella Valentine

-Serie Multimillonario&

Multimillonario & Canalla: [leer aquí](#)

Multimillonario & Rebelde: [leer aquí](#)

Multimillonario & Libre: [leer aquí](#)

-Serie Las chicas de Snow Bridge

La chica que perseguía copos de nieve: [leer aquí](#)

La chica que cazaba estrellas fugaces: [leer aquí](#)

La chica que leía novelas de amor: [leer aquí](#)

-Autoconclusivas

Posdata: te odio: [leer aquí](#)

Multimillonario, soltero y sexy: [leer aquí](#)

